BIBLIOTECA CLASICA

ODAS

DE

PÍNDARO

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

CON CARTA-PRÓLOGO Y NOTAS

POR EL ILMO. SEÑOR

D. IGNACIO MONTES DE OCA

Obispo de Linares (Méjico)

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1893

ODAS

DE

PÍNDARO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA».

Paseo de San Vicente, núm. 20.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LVII

ODAS

DE

PÍNDARO

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

CON CARTA-PRÓLOGO Y NOTAS

POR EL ILMO. SEÑOR

D. IGNACIO MONTES DE OCA
Obispo de Linares (Méjico)

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
Calle del Arenal, núm. 11

1893

A. 1824-73.

Ἀεί δ' ὠν ἐνόμευε

Cantando apacentaba su rebaño.

MOSCO, IDIL. III.

CARTA-PRÓLOGO

Á

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Querido amigo:

Al fin remito á V. la versión de Píndaro, con tanto ahinco solicitada y hace mucho tiempo ofrecida; pero no va manuscrita, como V. la espera, sino impresa con bellos tipos en la capital de la que fué Nueva-España. A pesar de las ventajosas proposiciones de los editores de Madrid, prevaleció en mi ánimo un sentimiento de patriótica vanidad, y quise que la primera traducción métrica española del Príncipe de los líricos saliese á luz en la misma México que vió nacer al traductor. Buena ó mala, llena un vacío en la literatura castellana, que intentaron en

vano colmar Berguizas y Canga Argüelles, habiéndose limitado á trasladar á nuestro idioma las catorce Olímpicas. He tenido, además, la ventaja de poder atender yo mismo á la impresión, habiendo venido de mi diócesi á esta capital á asuntos eclesiásticos, que no me han impedido dedicar algunas horas á la revisión de los trabajos tipográficos.

No por esto retiro á nuestros amigos mi consentimiento para hacer en España una nueva edición; ni mucho menos relevo á V. del compromiso de escribir un prólogo que sirva de amparo á mis versos en su vuelo por el antiguo Continente. Ninguno más que V. tiene el derecho, y el correlativo deber, de ser mi introductor; pues á V. debe Píndaro el traje español que acabo de ponerle. Es cierto que, hace veintitres años, cuando yo era aún colegial y V. estaba casi en la cuna, me vino la primera idea de traducir al gran Lírico, y puse, en efecto, en castellano algunos versos de la Nemea III. Es cierto también, que al dar á luz los Bucólicos, dos colegas de la Academia Mexicana me excitaron á llevar á cabo mi antiguo propósito, el uno diciéndome con Virgilio: *Paulo majora canamus;* el otro regalándome un ejemplar de las Olímpicas en griego, y exigiéndome su devolución en castellano. Fué V., empero, quien dió el impulso final, con su lisonjera

carta de setiembre de 1878. Entonces traduje las Olímpicas XI y XII, y no volví á poner mano á la obra hasta que nos vimos en Madrid en marzo de 1880. Entonces recordará V. que vertí, á toda prisa, la Pítica XII, las Nemeas IV y VIII, y la Ístmica III. El juicio favorable que me dieron usted y nuestros amigos Fernández-Guerra, Tamayo, Nocedal, Collado, Valera, etc., cuando las leí en la tertulia literaria de la calle de Valverde, me animaron en la empresa; y durante la travesía del Océano, en mayo del mismo año, quedaron terminadas la Pítica VII y la Ístmica VI, y empezada la Istmica IV.

Píndaro, como V. bien sabe, es un autor tan profundo, tan oscuro á veces y tan difícil de interpretar, que para entenderlo y hacerlo entender al público profano se necesita consagrarse á su estudio con toda el alma y con todas las fuerzas. Teócrito, Mosco, Bión, Anacreonte, se traducen jugando, y su fácil lectura distrae y hace olvidar penas al amante de las letras. Con Píndaro es menester hacer á un lado, ante todo, amargos recuerdos y extrañas ocupaciones, transportarse por completo al mundo ideal, y absorberse todo entero, sin divagar en lo más mínimo, en su lectura é interpretación. Usted que conoce cuán importantes y laboriosos son los deberes de mi augusto ministerio, comprenderá

también cuán difícil ha sido para mí semejante tarea, y á cuántas interrupciones habrá estado sujeta.

En efecto, sólo el 30 de julio de 1880 terminé la Nemea III, empezada hacía cuatro lustros. El 11 del mismo había acabado la Nemea V, y el 12 la II; en todo el mes de agosto sólo pude consagrar algunos instantes á la versión de la VI, y en setiembre traduje el resto de las Nemeas, que terminé el 10 de octubre. No pude reasumir mi trabajo hasta el año siguiente, en que del 7 al 13 de enero vertí las seis Ístmicas que me faltaban.

Del 20 de febrero al 14 de marzo del mismo año de 1881 trasladé á nuestra lengua todas las Píticas, excepto las cinco primeras. Entonces, como escribí á V. en esa época, al emprender la traducción de la difícil y larguísima Pítica IV, *el carro de mi musa quedó atollado en el fango*, y me ví obligado á imitar á algunos caminantes y arrieros cuando les sorprende la estación de las lluvias en estas regiones tropicales; lo abandoné, hasta que, cesando los aguaceros, quedase el camino expedito.

Durmió Píndaro en mi biblioteca el resto de marzo, todo abril, mayo, junio y los primeros veinticuatro días del caliente julio. El 6 de agosto, de las Píticas sólo faltaba la famosa IV, y el 7 puse mis manos, tem-

blando y casi avergonzado, en la Olímpica XIV, que V. tradujo, y que yo sólo interpreté por no dejar incompleta mi versión.

Favorable en extremo me fué el mes de setiembre: veinte días me bastaron para poner en castellano las once Olímpicas que me faltaban. Volví entonces á la Pítica IV, de que sólo cien versos llevaba traducidos, y el 24 del mismo dí cima á la entera versión.

Con tantas interrupciones, mi trabajo tiene que ser muy desigual; y si á las fechas que acabo de consignar hubiera añadido los nombres de los diversos lugares en que (durante la visita pastoral las más veces), consagré á las letras mis noches insomnes y mis siestas solitarias, más me compadecerían V. y el lector.

Ya que, invirtiendo el orden debido, empecé por hablar de la traducción y del traductor, agotaré el asunto antes de disertar sobre el autor y el original. Mi versión es de poeta y no de gramático. He tenido constantemente á la vista varias ediciones; pero al compararlas, he adoptado el texto que más bello me ha parecido, aunque fuese el menos genuino. En los muchos pasajes que, como observa á menudo Heyne, *necesitan un adivino más bien que un traductor*, he hecho las *adivinanzas* que más poéticas he juzgado. Creo que ningún erudito me echará en cara esta libertad. Casi no hay dos versiones igua-

les de esos pasajes tan difíciles de entender; y los comentadores más autorizados cambiaban á cada paso de modo de ver, y corregían en una edición lo que en la anterior habían escrito. ¿Qué ha de hacer el poeta en semejantes circunstancias, sino inclinarse á lo más bello?

Hay en mi libro gran variedad de metros. Sabe V. cuánto desconfío de mi destreza en manejar el verso suelto. Con todo, en obsequio de V. especialmente, á quien tanto fastidia la rima, la hice á un lado en tres odas; y en la Olímpica VIII y en la Pítica III procuré con todo empeño ajustarme á la letra y trasladar fielmente los epítetos, frases y giros griegos. Bastante me he servido de tercetos, y no sé hasta qué punto habré tenido razón: en la Olímpica I adopté esta combinación sólo por no seguir á Fr. Luis de León (que empleó la canción Petrarquesca en esa oda, la única que tradujo), á Berguizas ó á Canga Argüelles, que hicieron uso de la silva.

Empecé en octavas la Pítica IV, verdadero canto épico, imitando en ello al italiano Borghi. Presto me cansé de su prolongado retintín, y juzgando que el lector se cansaría lo mismo que yo, introduje, á estilo de las leyendas románticas, diversos metros. ¿Qué le parece á V. esta trasgresión de los preceptos clásicos? En una versión, por ejemplo,

de los Argonautas de Apolonio Rodio ó de la Odisea de Homero, ¿podría seguirse el mismo método?

Largas disertaciones han hecho los comentadores de Píndaro, y en especial Augusto Boeck, que tengo á la vista, sobre los metros de nuestro Poeta. Mucho nos hablan de los ritmos *Jónico*, *Dórico*, *Frigio*, *Lidio*, *Mixolidio*, *Eólico*, etc., etc. Detiénense á encomiar la gravedad, templanza, igualdad y severidad varonil del ritmo Dórico; y en el Lidio encarecen la dulzura, suavidad y armoniosa ternura. Confieso á V. que quise al principio imitar los metros del original, y según la diversa clasificación de las odas en Dóricas, Eólicas, Lidias, etc., así servirme de versos mayores ó cortos, de estancias largas ó breves. Algo lo conseguí, sobre todo en las piezas en que prevalece el suavísimo ritmo Lidio, y que aparecen en mi traducción en versos anacreónticos, unas veces asonantados, otras veces en estrofitas con sabor de endechas. Pero no es practicable en lo general este método, ni lo aconsejo á los futuros traductores.

Debo igualmente disuadirlos de la división griega en estrofas, antiestrofas y epodos, sobre todo si los últimos han de contener diverso número de versos que las primeras. Yo hice un ligero ensayo en la Olímpica XI, pero el éxito infeliz que el famoso D. Fran-

cisco de Quevedo Villegas tuvo en una tentativa análoga, me dejó escarmentado para siempre. Además, no se obtiene la ventaja de traducir estrofa por estrofa, y hacer que cada antiestrofa y epodo de la versión corresponda á los del original. En griego se puede terminar una estrofa sin que se complete el período, pero no así en castellano. En la traducción del Idilio II de Teócrito lo intenté una sola vez, y no estoy del todo satisfecho. En la espléndida oda á Diágoras de Rodas traduje estancia por estancia; pero no pude ceñirme al original hasta el extremo de dejar el sentido incompleto, y tuve que sacar de su lugar varios versos que en las estrofas castellanas habrían parecido remiendos heterogéneos. Me permito hacer estas observaciones, hijas de mi propia reciente experiencia, no sólo á los futuros intérpretes de Píndaro, sino también á V. y nuestro Valera, esperando no les sean del todo inútiles en la versión de los coros de Esquilo y de Sófocles, cuya traducción aguardan con ansia las letras castellanas.

No sabré decir á V. precisamente qué texto he seguido. La edición que más me ha acompañado es la de Londres de 1814; pero he tenido también á la vista otras dos de Londres, dos de Leipzig, una de Padua y otra de Glasgow. Me han servido mucho las versiones latinas en prosa de Heyne y de

Boeck, la paráfrasis Benedictina, las traducciones inglesas de Turner, Moore y West, y la italiana de Borghi. He consultado algunas otras en diversos idiomas, que han caído á mis manos, y si más hubiera logrado reunir, más habría estudiado. Si al traducir á los Bucólicos me bastó muchas veces la pequeña edición de Boissonade, para interpretar á Píndaro me habrían parecido pocas cuantas se han dado á la estampa, y cuantos manuscritos encierran las bibliotecas europeas.

He sido muy parco en las notas. Salva una que otra excepción, he evitado repeticiones, que las habrían hecho interminables. ¿A qué repetir, por ejemplo, la historia de Perseo cada vez que se hace alusión á sus aventuras? Tampoco he creído necesario asentar hechos ó fábulas bien conocidas, y que en todo caso se encuentran fácilmente en cualquier manual ó diccionario mitológico. He omitido, por tanto, enumerar los trabajos de Hércules, dar los nombres de las Musas, clasificar á las ninfas, y otras cosas semejantes.

Apartándome de la opinión y práctica de usted y de muchos alemanes é ingleses, he dado á las divinidades griegas los correspondientes nombres latinos. A mi modo de ver, poco importa que el Zeus, la Hera, el Cronos ó el Hermes helénicos, no sean exactamente los mismos que el Júpiter, la Juno, el Saturno ó el Mercurio romanos. Estamos acos-

tumbrados á confundirlos; la generalidad de los lectores conoce á los últimos é ignora á los primeros, y el adoptar el método que repruebo traería confusión y disminuiría la belleza de la poesía. Además, ¿no tenemos el ejemplo de Virgilio mismo, de Ovidio y de los poetas antiguos? ¿No llaman Venus á la madre de Eneas, que en Homero es Afrodite, Minerva á la deidad tutelar de Atenas, Vulcano al Hefestio que fabricó las armas de Aquiles, Marte al mismo dios Ares que dirigía los combates frente á Troya? No obstante, en uno que otro caso llamo Atena á Minerva, Artemis á la cazadora Diana, Hermes al mensajero de los Dioses; y viceversa, doy á las Musas el nombre poco usual y exclusivamente itálico de Camenas. También me tomo, no raramente, la libertad de alterar algún tanto las terminaciones de los nombres propios, cuando así conviene á la armonía ó al ritmo.

He dejado los títulos de las odas, tales como se encuentran en el original; pero tuve tentaciones de suprimir el género de certamen en que eran vencedores los héroes que celebra el poeta. Se me antoja que una de las razones porque Píndaro se lee tan poco, es la idea que tales títulos sugieren al vulgo, de que sólo canta su musa golpes y heridas, hazañas de carreteros ordinarios y de púgiles de baja ralea.

¡Cuánto se engañan los que tal se imaginan! ¿Cómo haremos para que se persuada el mundo profano de que las lides atléticas y las carreras á caballo ó en carro (fuera de la alta estimación en que las tenían los antiguos) daban ocasión á que cantase nuestro poeta batallas, hazañas y aventuras gloriosas de ilustres varones, de semidioses, de divinidades? ¿Cómo disipar, por el contrario, la preocupación de algunos literatos nada vulgares, que afirman que las victorias y los héroes que pretende celebrar Píndaro, no forman sino un asunto muy secundario de sus cantos? Olvidan estos críticos que los Griegos consideraban al hombre, no como individuo, sino como miembro de su familia y de su república. Bajo este aspecto, toca al vencedor cuanto se refiere á sus antepasados, á la historia de su ciudad natal, á las leyendas relativas á la fundación de la misma, y á sus misteriosas relaciones con dioses y diosas.

No sé si habrá V. leído en cierto autor, por otra parte de gran mérito, que «*Píndaro cambia á menudo de metro, llevado por el poético entusiasmo.*» Se figuró el censor, al ver los versos, ya cortos, ya largos de nuestro poeta, que tenía delante alguna de aquellas leyendas que después escribieron Víctor Hugo, Espronceda ó Zorrilla, en que sin orden alguno se recorren todos los metros,

desde el raro unisílabo hasta el cansado alejandrino. Destruyamos, amigo mío, las falsas ideas que haya engendrado tan temeraria y falsa aseveración. Si hay algo regular y ordenado desde el principio hasta el fin, son las odas de Píndaro. Aunque éstas entre sí no se parezcan, las estrofas y antiestrofas de cada una constan de igual número de versos (al grado que se pone con cifras este número al principio de cada estancia); y si bien el epodo difiere de aquellas, todos los epodos de un canto, cuando los hay, son idénticos.

No puedo yo menos que deplorar con V. y con todos los amantes de las letras, la pérdida de los cantos procesionales (πρωσόδια), los himnos de vírgenes (παρθένεια), la canciones bailables (ὑπορχήματα), las cantilenas báquicas (σκολιὰ), las odas encomiásticas á Príncipes (ἐγκώμια) y los lamentos fúnebres (θρῆνοι) que sabemos que escribió Píndaro y que no han llegado hasta nosotros. Sin embargo, no convengo con aquellos que creen que valían más que los himnos triunfales que poseemos, y que éstos no nos dan sino una ligera idea del valer de Píndaro. ¿No le parece á V. que tiene razón el alemán Müller cuando afirma que los ἐπινίκια deben haber sido decididamente superiores á los demás, puesto que multiplicándose sus copias llegaron hasta la edad presente? «En todo caso, añade, estas odas, por la gran variedad de sus asuntos y

estilo, compensan ampliamente la pérdida de las otras clases de poesía lírica.»

Y con justicia. ¡Qué pensamientos tan sublimes, qué máximas tan puras, qué ideas tan profundas adornan las poesías del gran Lírico! Parece á veces que estamos leyendo los Libros Santos. Pasajes hay dignos de Moisés, y otros que se podrían intercalar en el libro de Job, sin que se notase la diferencia. Vemos repetida la historia de José, casi al pie de la letra, en varios cantos, aunque aplicada á héroes mitológicos; y las frecuentes invectivas contra la envidia, la calumnia, la adulación, la mentira, parecen calcadas en los escritos inspirados de Salomón.

Y, sin embargo, nada menos que eso. Siempre fué verdad lo que él cantaba con tristeza en la Nemea VIII, y entonces

Cual hoy, se conocía
La blanda adulación, la artera maña;
El chisme, la falsía,
Y la calumnia vil, que el brillo empaña
Del mérito sublime.

Estas bajas pasiones acibararon la vida del gran Lírico, y disminuyeron la alegría de sus triunfos. Con todo, no atribuyo á la envidia, ni menos á la ignorancia de los jueces, el que Píndaro haya sido vencido por Corina cinco veces en certámenes poéticos. Prescindiendo de su juventud, pues apenas había

nacido en Tebas el año 520 antes de J. C. y la poetisa era mucho mayor que el vate imberbe, era natural que los encantos y la maestría en recitar de la agraciada contendiente, hiciesen resaltar sus versos mucho más que los del inexperto mancebo. En las academias de Italia, en que es tan común ver á poetisas tomar parte en justas literarias, ¡desdichado el varón á quien toca pronunciar sus lucubraciones después de alguna hermosa versificadora! He visto á eminentes poetas deslucirse en semejantes circunstancias; y los espectadores más doctos poco atendían á sus palabras, embriagados con el recuerdo de la dulce voz que acababa de resonar en sus oídos. Algo parecido debe haber pasado con la encantadora Corina; si bien, por otra parte, el mismo Píndaro nos demuestra que la galantería no era virtud favorita entre sus contemporáneos. De otra suerte, ¿cómo habrían tolerado que llamara á su afortunada competidora, aunque el nombre del inmundo animal no tuviera el feo significado que hoy se le atribuye, especialmente en Italia?

¿Tuvo Píndaro por padre á Daifanto ó á Escopelino? ¿Debió, en verdad, á la enseñanza de su madre Mirtis la destreza en versificar que han admirado los siglos? ¿Fueron realmente maestros suyos Simónides y su futura rival Corina? ¿Murió á los cincuenta y seis ó á los ochenta y seis años de edad?

No quiero ni puedo entrar en el fondo de estas cuestiones. A V., querido Marcelino, tan familiarizado con el polvo de las bibliotecas, toca dilucidarlas; y espero ver pronto un estudio, como los que V. acostumbra, sobre el gran poeta que tanto trabajo me ha costado interpretar.

«Píndaro, dice Quintiliano, es el príncipe de los nueve poetas líricos griegos, sobresaliendo por su inspiración, su magnificencia, sus sentencias, sus figuras. Es felicísimo en la riqueza de sus expresiones y la variedad y abundancia de sus asuntos, y se deja llevar, si así puedo expresarme, por un torrente de elocuencia, de tal suerte, que Horacio juzga que nadie es capaz de imitarlo.»

Esta maravilla de la lírica poesía es la que yo he osado manejar con mis indóciles manos, y revestir con el tosco traje español que yo mismo he cortado. Que nadie me tache de temerario. A V. debo el haber acometido la empresa; á V. el haberla llevado á cabo; y á V. puedo aplicar los siguientes versos de nuestro Píndaro (Pítica X) que me servirán de respuesta á los que censuren mi osadía:

Yo de Torace en el amor confío,
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga
De las Musas me puso en la cuadriga
Con ardor exigiendo el canto mío.

Creo que ya es tiempo de bajar del brillante carro de las hijas de Apolo, y que no volverá V. á hacerme empuñar sus doradas riendas. A V. y á sus discípulos toca enriquecer nuestra literatura con las versiones de los clásicos griegos de que aun carece. Yo creo haber contribuído ya con un contingente proporcionado á mis fuerzas, traduciendo en verso castellano los Bucólicos, y ahora el Píndaro, que remito á V. y pongo bajo sus auspicios. Reciba V. en prenda de invariable amistad, este volumen, en cuya compañía quisiera de buena gana cruzar los mares y dar á V. un abrazo, quien se repite

Siempre suyo,

IGNACIO MONTES DE OCA.

México, febrero 15 de 1882

VIDA DE PÍNDARO.

Píndaro, príncipe de los poetas líricos, fué Tebano, del pueblo de Cinoscéfalas, entre Tespias y Tebas, en Beocia. Su padre fué Daifanto; otros dicen que Escopelino ó Pagondas: algunos conjeturan que éste último fué su padrastro, y no falta quien llame al segundo su tío. Tuvo por madre y primera preceptora á Mirtis ó Mirto, y nació, poco más ó menos, el año 520 antes de Jesucristo, contando de 37 á 40 cuando la armada de Jerjes fué vencida frente á Salamina. Su principal maestro, no sólo en la poesía, sino en pulsar la lira, fué Laso de Hermione, célebre poeta, autor de famosos ditirambos. Tuvo también por preceptor á Simónides, el lírico más insigne de aquellos tiempos; aunque, si esto es cierto, poco imitó el fogoso discípulo al suave y templado maestro.

Cuentan los antiguos que, siendo aún niño, un enjambre de abejas formó en la boca de Píndaro un panal de dulcísima miel; presagio de su futura preeminencia sobre los poetas líricos de todos los siglos y paises. Casó con Megaclea (que otros llaman Timoxena), y tuvo un hijo varón, á quien dió el nombre de su abuelo Daifanto, y dos hijas llamadas Protómaque y Polimetis.

Fué religioso en extremo, y se distinguió por su singular veneración á Rhea, Apolo y Pan, y quiso que la casa de su habitación, en Tebas, se hallase situada junto al templo de la misma Rhea. Su pureza de costumbres, su hospitalidad, patriotismo y mansedumbre, lo hicieron muy popular; y gozó del favor de varios príncipes, especialmente de Alejandro (hijo de Amintas I) de Macedonia, de Gerón de Siracusa, y de otros cuyas hazañas cantó. Venció en un certamen musical á Mirtis, y fué cinco veces vencido en justas poéticas, por Corina de Tanagra, que algunos afirman había sido su maestra.

Por haber llamado á Atenas *celebérrima, espléndida, gloriosa, y baluarte de Grecia*, Λιπαραὶ καὶ ἀοίδιμοι Ἑλλάδος ἔρεισμα κλειναὶ Ἀθῆναι, lo multaron en mil dracmas los Tebanos, entonces en guerra con los Atenienses; pero éstos, al saberlo, le regalaron doble cantidad. Fué el único entre sus conciudadanos que mereció ser admitido á los sacrificios de Apolo, y participar de sus sagrados banquetes; y la sacerdotisa de Delfos le asignó, además, la mitad de las primicias ofrecidas á aquella divinidad. Tuvo una muerte plácida á los 65 ú 85 años de su edad, en una reunión sa-

grada (quizá las fiestas de Juno) en Argos: sus hijas trasladaron á Tebas sus restos mortales.

Los Atenienses le erigieron una estatua de bronce. Cuando los Lacedemonios tomaron á Tebas, respetaron únicamente la casa de Píndaro; y otro tanto hizo más tarde Alejandro el Grande, cuando incendió la misma ciudad.

ODAS OLÍMPICAS.

ODA PRIMERA.

Á GERÓN, REY DE SIRACUSA,

VENCEDOR EN LAS CARRERAS DE CABALLOS.

Nada hay mejor que el agua: brilla el oro
Como luciente llama en noche oscura
Entre las joyas de real tesoro.

¿No ves ¡oh Musa! en la celeste altura
Que en medio al solitario firmamento
Ninguna estrella como el sol fulgura?

Si celebrar victorias es tu intento,
A la Olímpica lid lleva tu lira;
Que otra no habrá más digna de tu acento.

Ella á los vates el cantar inspira
Del Tonante en honor; con que resuena
La augusta casa do Gerón respira;

Rey que á Sicilia (de ganados llena)
Mientras la flor de las virtudes liba,
Con cetro bienhechor rige y ordena.

La música dulcísima cultiva,
Y, brillante cantor, el arpa hiere
Con que el poeta en el festín cautiva.—

Descuelga ya del clavo que la adhiere
A la pared, la cítara de Doria
¡Oh Musa! si cantar tu numen quiere

Del Alfeo y Ferénico la gloria.
¡Noble bridón! corrió sin acicate
Y á los brazos llevó de la victoria

A su dueño, de Pisa en el combate.
¡Ah! Con razón del Rey siracusano,
Sus corceles al ver, el pecho late.

Su fama admira el pueblo fuerte y sano
Que Pélope de Lidia condujera;
A quien amó Neptuno soberano,

Después que en la purísima caldera
Volvió á formar su cuerpo Cloto santa
Y el hombro de marfil le dió hechicera.

Mil maravillas hay; y al hombre encanta
Fábula que de bella se gloría,
Más que verdad cuya crudeza espanta.

Tal hermosura da la Poesía
Y tanta autoridad, que hace creible
Lo que antes imposible parecía.

Mas la posteridad es infalible
Juez. Hable de los Númenes el sabio
Sin proferir jamás calumnia horrible.

¡Hijo insigne de Tántalo! el agravio
De repetir antiguas falsedades,
No te hará, no, mi reverente labio.

Cuando, correspondiendo á sus bondades
En Sípilo á banquete sin mancilla
Convidó tu buen padre á las Deidades,

El dios, cuyo tridente al ponto humilla,
Sobre sus yeguas de oro, enamorado,
Te trasportó de Olimpo á la alta silla,

Do el tierno Ganimedes fué llevado
Por el águila, el néctar delicioso
A propinar á Jove destinado.

Buscábante con rostro congojoso
Tu madre y sus amigos por doquiera;
Mas todo en vano. Entonces envidioso

Vecino, murmuró que en la caldera
Hecho pedazos mil, en agua hirviente
Tu cuerpo sumergió venganza fiera,

Y tus miembros, en mesa irreverente
Colocaron los Dioses, su apetito
En tí cebando con horrible diente.

Yo blasfemias tamañas no repito.
¿Cómo acusar á un dios de intemperancia?
Es el murmurador siempre maldito.

Si algún mortal se vió desde la infancia
Colmado de riquezas y de honores,
Por los que habitan la celeste estancia,

Ese Tántalo fué; mas de favores
Gozar no supo su soberbia loca,
A sus débiles fuerzas superiores;

Y sobre su cabeza enorme roca
Suspende Jove: aterrador castigo
Que á una inquietud eterna lo provoca.

Y esta vida sin techo y sin abrigo,
De la sed y del hambre los tormentos,
Y de insomnio sin fin, lleva consigo.

El néctar y ambrosía tuvo alientos
De robar á los Dioses inmortales,
Y dar como vulgares alimentos

En eterno festín, á sus iguales,
Los que inmortal lo hicieron. ¡Loca empresa!
¿Qué se oculta á los ojos celestiales?

Por crimen tal lo arrojan de su mesa
Sus divos padres; y sobre él de muerte
La sentencia común, de nuevo pesa.—

Su juvenil mejilla apenas vierte
La flor del primer bozo, cuando ansía
A gloriosa doncella unir su suerte;

Mas antes de pedir á Hipodamía
Al Príncipe de Pisa, á la ribera
Del mar, va solitario en noche umbría;

Y al que en el ponto bramador impera
Con el áureo Tridente, el joven llama;
Y el Numen de las aguas salta fuera.

«¡Neptuno (dice), si de Venus ama
Tu ardiente pecho los preciosos dones,
Hoy tus favores sobre mí derrama!

»Ya de Enomao, trece corazones
La lanza atravesó; de su hija el lecho
Negando á los espléndidos varones.

»Su férrea punta aparta de mi pecho;
Y á Elis volando en rápida cuadriga,
A la victoria llévame derecho.

»Aborrece el peligro y la fatiga
Imbele corazón; mas el valiente
Que de morir la certidumbre abriga,

»¿Cómo será posible que indolente,
Sin gloria y sin honor, vejez oscura
En paz inútil á aguardar se siente?

»De la victoria pende mi ventura,
Y emprenderé la lid: á mis afanes
El anhelado triunfo tú asegura.»

Dijo: y no fueron súplicas inanes.
Neptuno lo agració con carro de oro
Y alados incansables alazanes.

Ganó á Enomao el virginal tesoro,
Que seis héroes le dió, de las fulgentes
Virtudes, gratos al celeste coro.

Y hoy día, á funerales esplendentes
Cabe su altar y túmulo, á la orilla
Concurren del Alfeo extrañas gentes.

De Pélope la prez de lejos brilla
En la Olímpica lid, de ligereza
Y de atléticas fuerzas maravilla.

¡Dichoso aquel que ciñe su cabeza
Con el lauro del triunfo! De dulzura
Vida eterna, y de paz, para él empieza.

Place al mortal felicidad que dura
Más que otro galardón. Al caballero
Cuyo bridón cual vencedor figura,

Con Eólicos himnos tejer quiero
Corona triünfal. De altos loores
Otro más digno señalar no espero.

¿Quién de los más esplendidos señores
Los corceles como él doma robusto,
Ó conoce del arte los primores?

Tu numen protector, ¡Gerón augusto!
Con tal afán sobre tu gloria vela,
Que ordena los sucesos á tu gusto.

Que presto entonaré, tu ardor revela,
Himno más dulce á tu veloz cuadriga,
Si no te deja su eficaz tutela.

De Cronio la región, que el sol abriga,
Palabras me dará: flecha volante
Me guarda en su carcaj la musa amiga.

Es de mil modos el mortal brillante:
La regia dignidad es la suprema;
No aspires á pasar más adelante.

Conserva hasta la muerte la diadema:
Cual la presente, espléndidas victorias
A mis cánticos den sublime tema,

Y admire Grecia por doquier mis glorias.

ODA SEGUNDA.

Á TERÓN, REY DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Himnos, que de la lira
Monarcas sois y dueños!
¿Qué semidiós, qué numen,
Cuál héroe cantaremos?
De Júpiter es Pisa,
Y estableció los juegos
Olímpicos Alcides
Cual bélico trofeo.

Hoy celebrar el triunfo
Con voz sonora debo
Que la veloz cuadriga
Donó á Terón excelso,

Varón hospitalario,
Columna de Agrigento,
Flor de gloriosa raza,
Señor de vasto reino.

A esta sagrada margen
Trajo destino adverso
A sus mayores, astros
Del siciliano suelo.
Propicia la fortuna,
Oro y favor perpetuo,
De ingénitas virtudes
Les dió por justo premio.

¡Hijo de Rhea, Jove,
Que diriges el cielo,
Y el más alto certamen,
Y el cristalino Alfeo!
Por mi cantar movido,
A sus ilustres nietos
Conserven tus bondades
El heredado imperio.

Mas ¡ay! justo ó injusto,
Lo que pasó, ni el Tiempo
A deshacer alcanza,
Aunque de todo es dueño.
Con mejor suerte, olvido
Vendrá: cuando consuelo
Manda el Hado, perece
Del mal hasta el recuerdo.

De Cadmo, á mi discurso
Sirven de noble ejemplo,
Las vírgenes augustas
Que tanto padecieron;
Pero de las cuitadas
Cedió el enorme duelo
De bienes más durables
Bajo el precioso peso.

Aunque del rayo herida,
De Olimpo bajo el techo
Vive Semele hermosa,
La de gentil cabello.
Minerva la ama siempre,
Jove la adora tierno,
Y su hijo (que de hiedras
Se corona) Liéo.

Vida inmortal de numen
Ino en el ponto inmenso
Lleva con las marinas
Hijas del gran Nereo.
El hombre de su muerte
No sabe ni el momento,
Ni si un día felice
Querrá engendrarle Febo.

Las olas de la vida
Con incesante juego,
Ya dan prosperidades,
Ya dolores sin cuento.

El Hado así propicio
Sonrió á tus abuelos,
Haciéndolos dichosos,
Y grandes, y opulentos.

Mas antes la desgracia
Manchó el hogar paterno,
Desque el fatal Edipo
Con homicida acero
Atravesó á su padre
Layo, sin conocerlo,
El oráculo antiguo
De Pitona cumpliendo.

Erinis mira el crimen,
Y en fratricida duelo
Destruye vengativa
Sus vástagos guerreros;
Tersandro sobrevive
A Polinices muerto,
Famoso en la palestra
Y en combates sangrientos.

1 Él fué de los Adrástidas
Vengador y renuevo;
Progenitor del grande
Hijo de Enesidemo,
A cuyo triunfo, cantos
Encomiásticos debo
Consagrar, de mi lira
Con los sonoros ecos.

Terón en Pisa cıne
Su frente sola. En Delfos
Y el Istmo, con su hermano
Divide los trofeos
Que á sus cuadrigas áureas
Concede fallo recto,
Al verlas doce veces
Girar con raudo vuelo.

El gozo que da el triunfo
Destierra el humor negro.
Riqueza que acompaña
A la virtud y al mérito
A la victoria al hombre
Lleva por mil senderos,
Y, astro luciente, excita
Noble ambición su fuego.

No ocúltase á quien goza
Tal bien, lo venidero:
Sabe qué penas sufren
Las almas de los muertos;
Crímenes cometidos
De Jove en el imperio,
Castiga inexorable
Un juez en el Infierno.

Cual de día, en las noches
Alumbra el sol al bueno.
¡Cuán superior su vida
Es á la del perverso!

Labrar no necesita
El ingrato terreno,
Ni atravesar los mares
En busca de sustento.

Al lado de los Dioses
Que venera el Averno,
Los que guardaron fieles
Sus santos juramentos
Sin lágrimas disfrutan
Reposo sempiterno,
Mientras al malo afligen
Terríficos tormentos.

Y á los que por tres veces
Cambiando mortal velo,
Sin pecado en el mundo
Y en el Orco vivieron,
De Júpiter les abre
El benigno decreto
Camino de Saturno
Hasta el alcázar regio.

¡Oh, cuán bella es la isla
De los santos recreo!
La bañan perfumadas
Las brisas del Océano;
Brillan doradas flores,
Ya sobre el verde suelo,
Ya en los copudos árboles,
O ya del agua en medio.

Guirnaldas entretejen
Y sartas con sus pétalos,
Con que alegres circundan
Frente, manos y cuello,
Los bienaventurados
Que á aquel paraje ameno,
De Radamanto envía
El fallo justiciero.

Saturno, que disfruta
El más sublime asiento
En Olimpo, y de Rhea
El conyugal afecto,
Por asesor lo tiene;
Y entrambos concedieron
Estancia en aquella isla
A Cadmo y á Peleo.

Allí condujo Tetis,
Ablandando con ruegos
El corazón de Jove,
A Aquiles, cuyo acero
Derribó á la columna
Invicta de Ilión, Héctor,
Y á Cicno, y de la Aurora
Al vástago moreno.

Mil dardos voladòres
En el carcaj reservo
Pendiente de mis hombros,
Que disparar deseo;

Pero tan sólo el sabio
Puede entender mis versos,
É intérpretes sufridos
Requiere el vulgo necio.

Al cielo eleva al vate
Su natural talento;
Pero aquel á quien forma
Estudio sin ingenio,
Insoportable graźna
Como estúpido cuervo
Que al águila de Jove
Quiere seguir rastrero.

Al blanco ¡oh Musa mía!
Tiende el arco certero.
¿A quién nuestras benévolas
Flechas dirigiremos?
Oid los que, apuntando
A la ínclita Agrigento,
Entusiasmado entono
Elogios verdaderos:

Desque, cien años hace,
Surgió de sus cimientos
La gran Ciudad (lo juro),
No produjo su seno
Amigo más constante,
Príncipe más benéfico,
Que Terón, de varones
Generoso modelo.

Su fama excita envidia;
É ingratos turbulentos
Pretenden con maldades
Oscurecer sus hechos.
¡En vano! ¿Quién la arena
Contó del mar inmenso?
¿Ni quién narrar podría
Sus favores sin cuento?

ODA TERCERA.

AL MISMO TERÓN.

Los ínclitos Gemelos
De hospitalarios, tiernos corazones,
Miren desde los cielos
Con benévolo rostro mis canciones,
Y Helena, á quien adoro,
Alma beldad de cabellera de oro.

Quiero cantar la gloria
De la ciudad famosa de Agrigento,
Y la feliz victoria
Que de sus potros, émulos del viento,
La infatigable planta,
A Terón trajo, desde Olimpia santa.

La Musa bienhechora
Me inspiró nuevo ritmo y melodía
Con que mi voz sonora
Pueda aplicar la Dórica armonía
A la festiva danza,
Del noble vencedor en alabanza.

El lauro que las crines
De los bridones coronó, me manda
Unir en los festines
A las flautas y lira mi voz blanda,
De Enesidemo al hijo
Honrando, con celeste regocijo.

Exige mis loores
También de Pisa la gloriosa arena,
Do cánticos y honores
(Del cielo rico don) la ley ordena
Que estableciera Alcides,
Para los venturosos adalides.

¡Feliz aquel valiente
En cuyas sienes brilla la corona
De oliva refulgente,
Que con fallo imparcial justo le dona
Desde el dorado solio,
Guardador de la ley, el juez Etolio!

Trajo de las umbrosas
Fuentes del Istro, de Hércules la diestra,
Sus ramas olorosas,

Para ser, en la Olímpica palestra,
Del combate incrüento
El más esplendoroso monumento.

A la Hiperbórea gente,
Sierva de Apolo, la frondosa planta
Ganó su ruego ardiente;
Y ahora de Jove á la morada santa
Presta su sombra densa,
Y es del valor insigne recompensa.

Los quinquenales juegos
Del sacro Alfeo á la divina cuna
Llamábanlo, y los fuegos
A su Padre encendidos: ya la luna,
Pupila de la noche,
Llena brillaba en su dorado coche.

Ningún árbol los valles
De Pélope Saturnio protegía;
Y solares y calles
Se abrasaban al sol de mediodía.
Vínole entonces gana
A Alcides, de marchar á Istria lejana.

De Latona la diva
Hija, á quien place sujetar bridones,
Lo recibió festiva
En las Escitias frígidas regiones,
Al llegar por extrañas
Sendas, de las Arcádicas montañas.

Los decretos paternos
Y de Euristeo la maldad proterva,
La de dorados cuernos
Y á Diana consagrada, rauda cierva
A buscar, inhumanos
Lo enviaron á países tan lejanos.

Mientras le daba caza,
Allá en el Norte descubrió el terreno
De la Hiperbórea raza;
Y el héroe se paró, de asombro lleno,
A admirar de la fría
Vasta comarca la arboleda umbría.

Y le asaltó la idea
De circundar la arena, que fogoso
Doce veces rodea
Con la cuadriga el potro belicoso,
Con los verdes olivos
Que en aquella región crecen altivos.

Y las fiestas Alcides
Con los Hijos de Leda ahora presencia.
En las sagradas lides,
Al Olimpo al subir, la presidencia
Les dió su mano amiga
Sobre el atleta, el potro y el auriga.

A la tribu Emenida
Y al ínclito Terón, honra sublime
La mano agradecida

De los claros Tindárides imprime.
¿Callar cómo pudiera?
Ensalza ¡oh lira! su piedad sincera.

De los divos Jinetes
Adornan con fervor los santüarios,
Y sagrados banquetes
Les ofrecen, cual nadie hospitalarios,
Teniéndolos propicios
Sin cesar, con solemnes sacrificios.

Si el agua es la primera
De los cuatro elementos primordiales,
Y si el oro supera
En esplendor á todos los metales,
¿Quién disputar podría
Al valor de Terón la primacía?

Desde Sicilia llega
A las Columnas de Hércules su nombre.
¡Musa! Tus alas plega:
Avanzar más allá no puede el hombre,
Y la barrera en vano
Pretenderá saltar, cuerdo ó insano.

ODA CUARTA.

Á SAUMIS DE CAMARINA,
VENCEDOR CON LOS CABALLOS.

¡Oh Jove soberano,
Que los rayos de plantas voladoras
Lanzas con fuerte mano!
Ya volvieron tus Horas
De mi canto y mi lira inspiradoras.

Como veraz testigo
De la altísima lid, su voz me envía.
Al triunfo del amigo
Se llena de alegría
El que de ser su huésped se gloría.

¡Oh Vástago sublime
de Saturno, señor del eminente
Mongibelo, que oprimé
Bajo su mole hirviente
Las cien cabezas de Tifón rugiente!

Este cantar sonoro
Que el vencedor Olímpico merece,
De las gracias el coro
A mi nombre te ofrece:
Acógelo, y al vate favorece.

Como inmortal estrella,
El canto las virtudes ilumina.
En la cuadriga bella
Hoy mi cantar camina
De Saumis, alto honor de Camarina.

De oliva coronado
Torna dichoso de la arena Elea.
¡Ojalá que escuchado
Por la Deidad se vea,
Que propicia le dé cuanto desea!

Nadie la raza iguala
De sus corceles: siempre mira henchida
De huéspedes su sala;
Y en la patria querida
Merced á su virtud, la paz se anida.

No quiero mis loores
Manchar de la mentira con el cieno:
De los calumniadores
Destruyen el veneno
Hechos cual los del hijo de Climeno.

Risa causó á las bellas
Hijas de Lemnos su senil figura;
Mas él á las doncellas
Cortó la risa impura,
Corriendo con la fúlgida armadura.

Al acercarse ufano
A recibir, al fin de la carrera,
De la gallarda mano
De Hipsípile severa
Su corona, le habló de esta manera:

«¿Viste mis pies veloces?
Iguales son mi corazón y manos.
También nacen precoces,
Aun en años tempranos,
Del joven en la sien cabellos canos.»

ODA QUINTA.

AL MISMO SAUMIS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA, EL CARRO MULAR
Y EL CABALLO DE SILLA.

¡Oh tú, que del Océano
Eres prole divina,
Recibe, oh Camarina,
Con pecho bondadoso mi cantar!
De sus virtudes célicas
La flor, Saumis te dona;
Su Olímpica corona,
Y el que la conquistó, carro mular.

A tu ciudad espléndida
Honran sus hechos nobles;
Los seis altares dobles
Hizo humear con hostias su fervor;

Y en fiestas y certámenes,
Fiel hasta el quinto día,
Ya en su carro vencía,
Ya en sus mulas ó potro corredor.

Y á tu sede novísima
Cedió su alto renombre:
De Acrón su padre el nombre
Resuena con el tuyo por doquier;
Y del reino de Pélope
Y Enomao tornando,
Tu bosque venerando
¡Patrona Palas! hizo florecer.

Por Saumis celebérrima
Es la veloz corriente
Del Oano torrente,
Y el lago que refleja tu esplendor;
Y el sacro lecho de Híparis
Que sus hogares riega,
Y la madera entrega
Para tus techos de sublime altor.

A construïr de alcázares
Espeso bosque empieza;
Aleja la pobreza
De tus hijos, su pródiga bondad.
Place aun al vulgo el éxito
De los proyectos vastos:
Riesgos, trabajo, gastos,
Con las virtudes luchan sin piedad.

A tí me vuelvo ¡oh Júpiter!
Que al caudaloso Alfeo
Y al antro sacro Ideo
Concedes tu santísimo favor;
Que entre las nubes cárdenas
Tu habitación divina
Tienes, y en la colina
Del alto Cronio, ¡Numen salvador!

No desdeñes las súplicas
Que, al són de Lidias cañas,
Tus piadosas entrañas
Aspiran melodiosas á ablandar;
Y á esta ciudad perínclita
De heroicos pobladores,
Dígnate tus favores
Con generosa mano prodigar.

¡Oh vencedor Olímpico,
Señor de mil corceles!
Endulcen tus laureles
Y tus hijos, tu larga senectud.
Ya sólo de los Númenes
Falta subir al coro,
Al que á montones de oro
Une renombre, y tierras, y salud.

ODA SEXTA.

A AGESIAS DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO DE MULAS.

El pórtico de alcázar eminente
Sostiene el arquitecto con pilares
De mármoles y de oro reluciente;

Y dorado portal á mis cantares
Quiero poner: la espléndida fachada
Del palacio, han de ver desde los mares.

Quien de Olímpico lauro coronada
Muestra su sien, y á Jove hostias ofrece
En el ara por Pisa levantada,

Y de la noble Siracusa acrece
El glorioso recinto, ¿qué canciones,
Si elogiarlo queremos, no merece?

¡Dichoso tú, que tal coturno pones
A tu divina planta, prole augusta
De Sóstrato, con ínclitas acciones!

Valor que no se prueba en lid robusta
Con los hombres ó el líquido elemento,
Ni al navegante ni al atleta gusta;

Pero levanta eterno monumento
El pueblo, á los heroicos adalides
Que probaron, luchando, su ardimiento.

¡Agesias! Para tí el encomio pides
Que dirigió de Adrasto el justo labio
A Anfïarao, honor de los Oiclides,

Cuando la tierra al sacerdote sabio
Tragando con su carro juntamente,
De muerte infame le evitó el agravio.

Las siete piras al arder enfrente
De las Tebanas puertas, así clama
De Talayón el vástago doliente:

«¿Dó está el amigo á quien en vano llama
Mi triste voz; que espléndido lucero
De mis falanges pregonó la fama?

»Diestro vibraba el homicida acero,
Y en el altar la víctima ofrecía,
Santo profeta y sin igual guerrero.»

¡Señor y dueño de la lira mía,
Profeta y lidiador Siracusano!
Igual elogio te compete hoy día.

Yo, que detesto el disputar insano,
Lo afirmo con solemne juramento
Que las canoras Musas no harán vano.—

¡Oh Fintis, ven, más rápido que el viento!
Unce las mulas, valeroso auriga,
Que ancho camino recorrer intento.

Mi carro ha de llevar tu mano amiga,
Hasta que á los perínclitos mayores
De tu noble señor llegar consiga.

Mejor que los corceles voladores
Ellas conocen la gloriosa senda,
Desde que Olimpia las cubrió de flores.

A abrir las puertas, déjame que atienda
De la canción; y por la vía llana
Volemos, conductor, suelta la rienda.

El camino tomemos de Pitana,
Que del Eurotas á la amena orilla
Hoy hemos de llegar á hora temprana.—

Fué Pitana gentil ninfa sencilla
Que Neptuno sedujo; y de aquel lazo
Provino Evadne, dulce morenilla.

El tierno fruto del vedado abrazo,
Escondido hasta el crítico momento
En los pliegues guardó de su regazo;

Y de la Arcadia al Príncipe opulento
Llevaron á la niña las doncellas,
Cuando pasó el feliz alumbramiento;

Y del Afeo en las riberas bellas
Epito la educó; y allá en Fesina
Febo, herido de amor, siguió sus huellas.

Ella libó las flores de Ciprina:
Mas no se oculta á Epito vigilante
La que va á germinar, planta divina.

A Delfos se dirige vacilante,
Reprimiendo el furor y pena aguda
Que el corazón desgárrale punzante.

Desvanece el oráculo su duda.—
Evadne, en tanto, en la floresta umbría
La purpurina faja desanuda.

Y con las Parcas, á asistirla envía
Febo á Lucina, que á las madres ama;
Y el dulce Yamo ve la luz del día.

Lo deja en su dolor sobre la grama
La triste ninfa; y llegan dos serpientes
Cuyas pupilas son vívida llama.

Por orden de los Dioses providentes,
Lo nutren con la miel que en los panales
De las abejas liban inocentes.—

Mientras, por los extensos pedregales
De Pitona, cabalga el Rey gozoso,
Y llega de su casa á los umbrales;

Y á todos los domésticos, ansioso
Pregunta por el vástago felice
Que Evadne ha dado á Apolo venturoso.

De su divino padre el nombre dice;
Que ha de llegar á ser sobre la tierra
Profeta eminentísimo, predice,

Y eterna, si el oráculo no yerra,
Será su raza. Nadie sabe dónde
El anhelado párvulo se encierra.

Que ni lo vió ni oyó, firme responde
Cada mujer: ¡y el quinto sol ya brilla
Sobre la hierba que al infante esconde!

Humedecen su cándida mejilla
Los pétalos de violas inmortales,
De color purpurina y amarilla.

La madre, atenta á conjurar los males,
Nombre inmortal para su niño toma
De las flores, que ve, primaverales.

No bien el bozo en su mejilla asoma
(De la adorable Pubertad divina
Espiga de oro y prematura poma)

Cuando al sagrado Alfeo se encamina
De noche el mozo, y salta reverente
En medio de su linfa cristalina;

Y á su progenitor armipotente
Neptuno, invoca; y de la sacra Delos
Al Rey, que vibra el arco refulgente;

Y pide á los señores de los cielos
La regia dignidad, que le permita
Consagrar á los pueblos sus desvelos.

La voz paterna á confiar lo excita,
Y, por nombre llamándolo, le jura
La gracia conceder que solicita.

«Levántate: mi voz guía segura
De tus pasos será; de esa montaña,
Hijo querido, sígueme á la altura.

»Esa comarca que el Alfeo baña,
Patria común del lidiador Heleno
Será, y admirador de gente extraña.»

Así dijo el oráculo; y del seno
De las aguas saliendo, á la eminencia
Del Cronio, Yamo al dios sigue sereno.

Allí de sus tesoros la opulencia
Descubriéndole Febo, al mozo inspira
De la adivinación la doble ciencia.

A oir su voz, exenta de mentira,
Le enseña desde entonces; y le manda
Que cuando Hércules venga (á quien admira

Como á su flor, la raza veneranda
De los Alcides, semidiós glorioso,
Cuya furia en la lid ninguno ablanda)

Y del padre en honor funde piadoso
Fiestas solemnes y robustos juegos,
Sobre el altar de Jove poderoso

Establezca el oráculo, y sus fuegos
Encienda.—Desde entonces renombrados
Los Yámidas han sido entre los Griegos.

Opulentos también y afortunados,
De la fama el amor los arrebata:
Síguenla por caminos no trillados.

El valer de los hombres aquilata
Su propio proceder; mas de la Envidia
Ninguno escapa á la cuchilla ingrata.

Hiere al hermoso con tenaz perfidia;
Y hiere al que girando doce veces
En redor de la meta, heroico lidia.

Si el Olímpico triunfo hora mereces
¡Oh Agesias! de los ínclitos abuelos
De tu madre, lo debes á las preces.

Del monte de Cilene entre los hielos
Aplacaban con diario sacrificio
A Mercurio, el heraldo de los cielos

Que de Arcadia al honor mira propicio
Y las coronas en la lid reparte:
A él y á Jove agradece el beneficio.—

Ansioso siempre ¡oh lira! de pulsarte,
Hoy más que nunca que me aguza siento
La lengua el pedernal, no sé con qué arte.

¡Estinfalia Metope! Dulce viento
A tus floridas márgenes me lleva,
¡Madre de la deidad por quien aliento!

Tú diste á luz á mi adorada Teba,
De potros domadora, en cuya fuente
Permite á su hijo que sin tasa beba.

Jamás entono al lidiador valiente
Encomiásticos himnos, si no quita
Su dulce manantial mi sed ardiente.—

¡Vamos, Eneas! A tu coro excita
A celebrar á Juno sacrosanta
Que en el Partenio monte excelsa habita.

En acordado són conmigo canta.
El viejo adagio que desmientas quiero,
Que á Beocia atribuye infamia tanta.

Cual báculo y querido mensajero
De las Musas, y vaso que rebosa
De altisonantes himnos, te venero.

Manda cantar á Siracusa hermosa,
Y á Ortigia, do devoto se prosterna
De Ceres á los pies color de rosa,

Y adora la potencia sempiterna
De Júpiter Etneo y Proserpina,
El rey Gerón, que justo las gobierna.

Le es familiar la cítara argentina
Y el dulce canto. ¡Nunca su ventura
Empañe el tiempo, que veloz camina!

Reciba con benévola finura
Su majestad los cánticos triunfales
Que á Agesias consagró mi lengua pura.

De los sagrados muros Estinfales,
Gloria de Arcadia, de su madre cuna,
Torna á su patria y techos paternales.

En noche tormentosa, á que la luna
Niega su luz, en la agitada barca
Dos áncoras tener es gran fortuna.

A su doble mansión quiera la Parca
Enviar la dicha. Y tú próspero viento
Da á su nave, ¡oh del mar alto Monarca!

Protégelo, Señor, por el contento
Que de Anfitrite diéronte las bodas:
Y de la fama el perfumado aliento

Acaricie las flores de mis odas.

ODA SÉPTIMA.

Á DIÁGORAS DE RODAS,
PÚGIL.

Agrada á padre anciano
Con espléndida mano
Tomar la copa, donde hierve opimo
El rocío sabroso
Que destiló dulcísimo racimo.
Lo gusta, y generoso
Al yerno juvenil luego lo pasa;
Y va de casa en casa
El bello cáliz de oro,
Gloria de su tesoro
Y del festín lujosa maravilla.
El valioso presente
Honra al novel pariente;

La admiración en sus amigos brilla,
Y proclaman feliz á quien alcanza
Novia tan bella y tan gloriosa alianza.

Mi mano, de igual suerte,
De mis cantares vierte
El dulce néctar, don de las Camenas
Y de mi ingenio fruto,
Al que vence en atléticas arenas
Enviándolo en tributo.
Al varón que en Olimpia ó en Pitona
Gana verde corona,
Llena la lira mía
De célica alegría.
¡Feliz el hombre á quien eterna fama
Donan los trovadores!
De mi cantar las flores
Sobre este y sobre aquel mi voz derrama,
Ya la cítara al himno acompañando,
Ya de las cañas el acento blando.

Con ambos instrumentos
Hoy bajo, los concentos
A consagrar, de mis triunfales odas
A Diágoras robusto
Y á la que baña el mar, bélica Rodas;
Ninfa que el Sol augusto
Llama esposa feliz, é hija divina
De la bella Ciprina.
Al púgil giganteo
Que á orillas del Alfeo

Y de Castalia, coronó su frente,
Celebro entusiasmado
Y á Demageto (amado
De la Justicia) padre del valiente;
Gloria de la Isla que á Asia muestra altiva
Sus tres ciudades y su gente Argiva.

Sangre del noble Alcides
Hierve en los adalides.
De su linaje llegaré al Supremo
Progenitor ilustre,
Rastreando hasta el grande Tlepolemo
De su familia el lustre.
Del alto Jove la paterna rama
Oriunda se proclama,
Y la otra se gloría
De ser de Astidamía
Y de Amíntor insigne descendiente.
Innúmeros errores
Girando engañadores
Del infeliz mortal ciegan la mente;
Y el bien que ha de elegir, mísero ignora
Lo mismo el día de hoy que en la última hora.

Como patente ejemplo
De suerte tal, contemplo
De esta colonia al fundador gallardo.
La cólera no enfrena,
Y de Alectrión al vástago bastardo,
Que hermano fué de Alcmena,
Con duro tronco de silvestre oliva

Inhumano derriba
A tiempo que, en Tirinto,
Salía del recinto
Del alcázar suntuoso, do moraba
La culpable Midea,
A Licimnio golpea
De Tlepolemo audaz la fuerte clava:
(¡Así aun al sabio la pasión ofusca!)
Y el joven delincuente á Apolo busca.

El Dios de áureo cabello,
Del oráculo el sello
Dulce rompiendo entre perfumes suaves,
De Lerna á la remota
Isla, llevar le manda de sus naves
La numerosa flota.
Bañó con nieve de oro aquel terreno,
Del espantoso trueno
El Numen soberano,
Cuando partió Vulcano
Su alta cabeza, con segur luciente.
Por la profunda herida,
De armadura vestida
Salió Minerva de la augusta frente;
Y el que lanzó al nacer, grito de guerra,
Hizo temblar los cielos y la tierra.

El que ilumina al mundo,
Vástago rubicundo
Del excelso Hiperión, baja al momento;
Y á sus queridos hijos

Ordena celebrar tal nacimiento
Con santos regocijos.
Quiere que sus amados insulares
Los primeros altares
Con mano generosa
Erijan á la Diosa;
Y ofreciendo solemnes sacrificios,
A su padre sublime
Y á la Virgen que esgrime
El terrible lanzón, tengan propicios.
¡De cuánto sirve al hombre la prudencia!
Gozo le da, poder y preeminencia.

Mas suele repentina
Venir ciega neblina
De olvido, que espesísima sepulta
La pobre mente humana,
Y de la empresa más sencilla, oculta
La senda recta y llana.
A la santa montaña así obediente
Sube la Rodia gente,
Y sólo allá repara
Que falta para el ara
El necesario germen de la lumbre.
Sin humo asciende el ruego,
Y víctimas sin fuego
Inmolan, del castillo en la alta cumbre.
Nube rojiza Júpiter les trae,
Y lluvia de oro sobre Rodas cae.

Luégo en las artes todas

Concede á los de Rodas
La Diosa de ojo azul tal maestría,
Que ninguno en el mundo
Las bellas obras igualar podría
De su cincel fecundo.
Se vieron en sus calles esculturas
Que vivas creaturas
El extraño creyera.
¡Dichoso quien supera
Con la destreza el dolo! Eterna gloria
Así el hábil artista
A su patria conquista.—
Cuando Júpiter (narra antigua historia)
Sus reinos á los Dioses señalaba,
Rodas sobre la mar aun no flotaba.

Bajo las turbias ondas
En las cavernas hondas
Del piélago, la isleta se escondía,
Y nadie su existencia
Indicó; ni del Sol, en aquel día
La inevitable ausencia.
Al Numen no alcanzó el repartimiento,
Y al oir su lamento
Otro nuevo dispone
Jove; mas él se opone
Y «dame (al Padre de los Dioses dice)
La que en mi diurno giro,
En lo profundo miro
Del espumoso mar, tierra felice.
Producirá mil héroes esforzados,

Y nutrirá magníficos ganados.»

La obtiene del Tonante;
Y exige que levante
La derecha fatal Laquesis (Parca
De dorada diadema)
Confirmando del célico Monarca
La donación suprema.
Júpiter da su excelso asentimiento,
Y el sacro juramento
Por la Estigia laguna,
A que Deidad ninguna
Puede faltar, pronuncia; asegurando
Que apenas al ambiente
Salga la isla naciente,
La regirá del Sol el cetro blando.
No fué del Numen la aserción insana,
Ni del Tonante la promesa vana.

De la salada linfa
Surge la dulce Ninfa;
Y de ella y del solar que la circunda
Es rey y amante esposo
El Padre de la luz que al Orbe inunda,
Cuyo carro fogoso
Conducen potros cuyo aliento es llama.
La tierna Rodas lo ama,
Y de su casto enlace
Sabia progenie nace,
De aquella edad prodigio verdadero
Que la virtud acendra.

Del Sol un hijo, engendra
A Yaliso, y á Lindo, y á Camero,
Que la ínsula en tres partes se dividen,
Y hacen que con sus nombres se apelliden.

En isla tan augusta,
Cual recompensa justa
De sus trabajos é infortunio extremo,
De fúnebres honores,
Al Rey de los Tirintios, Tlepolemo,
Colman sus moradores.
En sus altares, como á excelso Numen,
Víctimas se consumen;
Y su gloriosa tumba
Con el eco retumba
De juegos, en que gana ya dos veces
Diágoras la corona.
El heraldo pregona
¡Istmo gentil! las cuatro que le ofreces.
Una tras otra le ciñó Nemea;
Una tras otra Atenas la petrea.

Engalanarlo pudo
En Argos el escudo
(Premio al valor) de bronce refulgente;
En las heroicas pruebas
De Arcadia, el cáliz de metal luciente
Ganó, y en las de Tebas;
Beocia en sus certámenes legales
Le canta himnos triunfales;
En Egina y Pelene

Seis victorias obtiene;
Y lápida de mármol en Megara
Su nombre inmortaliza
Sin igual en la liza.
¡Oh Padre Jove, cuyo cetro ampara
Del Atabirio excelso el monte santo!
El homenaje acepta de mi canto.

Cubre, Señor, de gloria
Al que la gran victoria
En Olimpia ganó, púgil valiente.
Estima y reverencia
Entre la propia y extranjera gente
Le dé tu omnipotencia;
Que el rumbo sigue á la arrogancia opuesto,
Enérgico y modesto;
Y los ejemplos raros
De sus mayores claros
Siempre su norma son. ¡Musa! No olvides
Que del buen Calianate,
Célebre en el combate,
Es nieto, y de los nobles Eratides.
Rodas está de fiesta. Su contento
No venga á perturbar mudable viento.

ODA OCTAVA.

Á ALCIMEDONTE DE EGINA,

JOVEN LUCHADOR.

¡Oh madre de las lides
Fecundas en coronas refulgentes,
Reina de la verdad, sagrada Olimpia!
En tu seno el fatídico profeta
En las ardientes víctimas explora
La voluntad de Júpiter, que el rayo
Rápido vibra; y sin errar conoce
Cuando los votos del atleta escucha
Que á la victoria y al reposo, premio
Debido á los certámenes, aspira.
A la piedad concede
Y á las preces del santo sacerdote
Su respuesta el oráculo. ¡Oh de Pisa
Frondosísimo bosque, cuyas ramas

Prestan su sombra al cristalino Alfeo!
Recibe este cantar, y las coronas
Triunfales que te ofrezco. Alto renombre
Adquiere siempre el vencedor ilustre
A quien tú recompensas; pero varios
Los galardones son, y por caminos
Diversos, á la gloria nos conducen
Los Dioses inmortales.

¡Timóstenes! El Hado
A tu hermano y á tí, bajo las alas
De Jove colocó; vuestro patrono
Desde la cuna. Tú, renombre eterno
En Nemea ganaste: á Alcimedonte
Hoy alegra la Olímpica victoria
De Crono en la colina. ¡Cuán gallarda
Era del joven la marcial figura!
Y sus heroicos hechos
De su aspecto gentil no desdecían.
En la lucha venciendo, de su patria,
La bella Egina (cuya armada empujan
Remos inmensos), el ilustre nombre
Elevó hasta los cielos. Allí Temis,
Salvadora Deidad, nunca abandona
A Jove, defensor del extranjero;
Y reina más gloriosa
Que en ningún otro pueblo de la tierra.

En extremo difícil
Es decidir con imparcial dictamen,
Cuando á uno y otro lado

Variado peso la balanza inclina.
Pero la providencia
De los Númenes, quiso que, igualmente
Que Olimpia, esta región que ciñe el ponto
Seguro asilo y divinal columna
Fuese á los numerosos peregrinos
Que acuden en tropel de todas partes
A su bello recinto. (¡Quiera el tiempo
Nunca variar su genio hospitalario!)
Desde Éaco, la Dórica familia
La gobernó. De la gentil Latona
El vástago, y Neptuno poderoso,
Al semidiós llamaron
Como auxiliar en la divina empresa
De circundar á Ilión con fuerte muro.
Los Hados decretaban
Que al encenderse las voraces guerras,
De ciudades verdugos, de humo espeso
En nube aterradora, se verían
Envueltos los Troyanos balüartes.

No bien la nueva torre
Terminan los artífices divinos,
Cuando hórridas la asaltan tres serpientes
De azulado color. Dos al instante
Caen; y retorciéndose, el aliento
Último exhalan. La tercera al muro
Se abalanza, y con silbos horrorosos
Penetra en el recinto. Apolo estudia
El adverso prodigio, y así dice:
«Eaco, semidiós: de la muralla

La parte que tus manos han labrado
Caerá derribada, y por la brecha
En Pérgamo entrarán los enemigos.
(Así me lo revela este portento
Que el Tonante ha mandado.) Su caída
Se deberá á tus hijos; pero sólo
En la primera y cuarta
Generación vendrán.»

Tales sentencias
Profiere el rubio Numen infalible,
Y de las Amazonas
(Bellas cabalgadoras) por el Xanto
Avanza á la región, y á las comarcas
Que riega el Istro. Su veloz cuadriga
Dirige en tanto al Istmo,
Que el Océano baña, del Tridente
El excelso Monarca; y con sus yeguas,
De oro adornadas, otra vez á Egina
Al buen Eaco lleva, y de Corinto
A la eminencia, el célebre banquete
A presenciar, y las famosas fiestas.

Nada hay entre los hombres
Que á todos á la par deje contentos.
Si para el viejo preceptor Milesias
Los honores reclamo por el triunfo
De sus nobles discípulos imberbes,
En mis cantares, guárdese la Envidia
De arrojar á mi faz agudas piedras.
Que en juvenil edad, igual victoria

En Nemea ganó, y en el *pancracio*
Mucho tiempo después á varoniles
Atletas ha vencido, yo aseguro.

Maestro acostumbrado á la victoria,
Mejor enseña que varón imbele
Que jamás combatió. Loco es el hombre
Que la ignorada senda
A otro intenta mostrar; y por los aires
Vaga la mente de inexperto guía.
¿Quién mejor que él la disciplina ruda
Enseñarnos podrá, que forma al héroe
Ansioso de ganar en los combates
El codiciado premio? Alcimedonte
Su trigésimo alumno
Es ya, que ha conseguido la victoria.
Con el favor divino
Y su propio vigor, postró en el suelo
A cuatro niños, que á la patria mudos
Y sin honor, por sendas extraviadas
A tornar obligó, mientras alegre
De su triunfo gozaba. Nueva vida
En su abuelo infundió, que de los años
Resista al peso abrumador: la gloria
Hace olvidar hasta la tumba fría.

Tierno recuerdo consagrar es justo
A los bravos Blepsíades, mi canto
También á sus hazañas dirigiendo.
Ya la sexta corona es la presente
Que sus invictas manos, de los juegos

A las frondosas ramas, arrancaron.
También á los difuntos
Atañe una porción de los honores
Que el rito á los vivientes asegura;
Ni les oculta el polvo
La gloria de su nòble descendencia.
¡Oh Fama, de Mercurio
Hija querida! A los Elíseos campos
Rápida vuela, y á Ixión anuncia
La fausta nueva; los solemnes triunfos
El refiera á Calímaco, que Jove
En la Olímpica arena
A su ilustre familia ha concedido.
¡Que bienes sobre bienes acumule
Sobre ella su bondad, y las agudas
Enfermedades, del umbral aparte
De Alcimedonte y de su hermano tierno!
Jamás su providencia
A Némesis permita vengadora
La dicha perturbar que los circunda.
Una vida feliz, libre de males
Les conceda hasta el fin, y altos honores
Vierta sobre ellos y su dulce patria.

ODA NOVENA.

Á EFARMOSTO DE OPUNTE,
LUCHADOR.

Bastante ha resonado
De Arquíloco la triple melodía,
Cuando al Cronio collado
A Efarmosto la pompa conducía,
Repitiendo constante
Siempre la misma aclamación triunfante.

Mil flechas, de la aljaba
Saca de tus hermanas, y su punta
Primero en Jove clava;
Al promontorio de Elis luégo apunta,
(Dote de Hipodamía
Que Pélope gánara) ¡oh Musa mía!

A Pitona certero
Otro dardo raudísimo dispara.
Con cántico rastrero
No has de alabar á Opunte la preclara,
Hoy que á mi dulce lira
Del hijo y de la madre el nombre inspira.

¡Temis! En ella imperas
Con Eunomia, tu prole salvadora.
Con flores las riberas
Del Alfeo, y Castalia bullidora
Ciñen la sien corteses
De la madre feraz de los Locreses.

De la ciudad querida
Anunciarán doquiera mis cantares
La fama esclarecida.
Más que velera nave por los mares,
Más que corcel de guerra
Volarán presurosos por la tierra,

Si con divino acierto
Las seductoras Gracias me conceden
Labar su dulce huerto.
En delicias bañar, sólo ellas pueden;
Y valor y prudencia
De los Númenes da la omnipotencia.

¿Sin ellos, cómo pudo
Hércules, del Tridente, con la clava
Vencer el golpe rudo

Cuando Neptuno en Pilos lo asaltaba?
¿Ni cómo pudo él solo
Al arco de oro resistir de Apolo?

¿Ni cómo, de otra suerte
La vara de Plutón dejó su presa
Arrancar á la muerte?
El tema es peligroso; ¡oh lengua! cesa,
Que ni se jacta el sabio,
Ni hace á los Dioses, murmurando, agravio.

¿Por qué, Musa, no callas?
No mezcles á los Númenes supremos
En guerras y batallas.
De Protogenia la ciudad cantemos,
Habitación primera
Que á Pirra y Deucalión Júpiter diera.

Bajaron del Parnaso,
Y de las piedras, sin nupciales ritos,
(¡Oh peregrino caso!)
Brotar hicieron pueblos infinitos.
Duro su nombre suena,
Según su origen, en la lengua Helena.

A la raza sagrada
Abre ¡oh Musa! poético camino.
Al paladar agrada
El cáliz en que hierve añejo vino;
Pero líricas flores
Mientras más nuevas son, suenan mejores.

Esta tierra fecunda
(Según narra la historia) de repente
Diluvio atroz inunda;
Mas el arte de Jove omnipotente
Al instante produjo
En las aguas benéfico reflujo.

Famosos desde entonce
Fueron vuestros abuelos, distinguidos
Por su escudo de bronce;
Reyes siempre en su patria, descendidos
De Japeto, y la dama
Que á la progenie de Saturno inflama.

En la Menalia altura,
De Opunte-Deucalión á la hija hermosa
Amor celeste jura
El alto Rey de Olimpo; que á la fosa
No deja su clemencia
Al buen Locro bajar sin descendencia.

De su consorte el hijo
(Divino germen), al marido anciano
Llena de regocijo;
Y de su abuelo el nombre soberano
Lega al joven glorioso,
En valor y belleza prodigioso.

Le cede la corona
De su ciudad y pueblo; y tales nuevas
La fama de él pregona,

Que naturales de Argos y de Tebas,
Y Arcades y Pisanos
Vienen á ser regidos por sus manos.

Con singular aprecio
Honra entre tanta gente peregrina
El monarca, á Menecio
(Hijo de Actor y de la bella Egina)
Cuyo vástago al llano
Vino, con los Atridas, de Teutrano.

Él sólo, con Aquiles,
Cuando Telefo derrotó del Griego
A las turbas hostiles,
Sostuvo heroico el enemigo fuego,
En tanto que á las popas
De las naos fugábanse las tropas.

Desde entonces el mundo
Admira de Patroclo la bravura,
Y el hijo rubicundo
De la alma Tetis, á su amigo jura
No salir á batalla
Si su lanza inmortal con él no se halla.

¿Cuándo será que al cielo
Remontarme atrevido yo consiga,
Y con osado vuelo
De las Musas girar en la cuadriga?
¡Oh! ¡Quién diera á mi canto
Nuevos arranques hoy y nuevo encanto!

De la amistad la diestra
Los ricos lauros á ensalzar me guía,
Que la Ístmica palestra
Viera resplandecer en solo un día,
De Lamprómaco ardiente
Y del varón que canto, en la alma frente.

A Efarmosto, Corinto
En sus puertas donó doble presea;
Y, en su feraz recinto,
Otras el valle umbroso de Nemea:
En Argos sus laureles
A adultos quita; en Atica á donceles.

¡Ved cómo lo arrebata
En Maratona prematuro arrojo;
Y las copas de plata,
Burlando agudo del maestro el ojo,
Disputa triunfante
A robusto varón el tierno infante!

Ningún Atleta gira
Como él, sin tropezar, sobre la arena:
La multitud lo mira,
Y aplauso universal súbito suena.
¿A quién la faz no encanta
De tan bello garzón, y hazaña tanta?

Como lucero brilla
En las fiestas de Júpiter Liceo
De la Parrasia villa;

Y de Pelene lleva por trofeo,
Contra la nieve cana,
La rica estola de caliente lana.

Testigo de sus glorias
Se eleva de Yolao el monumento;
Y narra sus victorias
Eléusis, que del mar refresca el viento.
Prenda que da Natura
Con resplandores sin igual fulgura.

De la fama á la cumbre
De mortales en vano se encamina
Inmensa muchedumbre,
Con sólo la adquirida disciplina.
Lo que no manda el cielo
Oculta pronto del silencio el velo.

Quién presuroso vuela,
Y quién se arrastra con tardía planta;
Lo que un mortal anhela
A otro tal vez aterrador espanta.
Difícil es la vía
Que á la eminencia y los honores guía.

Con la última proeza,
¡Musa! las glorias del varón proclama.
Fuerza, valor, destreza,
El cielo bienhechor sobre él derrama.
¡Espléndido trofeo
Lleva al altar del vástago de Oileo!

ODA DÉCIMA.

Á AGESIDAMO DE LOCRIS,

PÚGIL.

¿Dó está, decidme, el vástago de Arquéstrato,
El vencedor Olímpico valiente?
¿En qué rincón de mi cansada mente
Su nombre se ocultó?
Eché al olvido que le debo un cántico.
¡Verdad, hija de Jove, y tú, oh mi Musa!
Hallad, os ruego, á mi pecado excusa,
Que yo no miento, no.

Pasó tiempo ha de mi promesa la época,
Y de la deuda la vergüenza dura;
Mas de otro canto la crecida usura
Mi crimen lavará.

Ved el torrente que en su curso rápido
La piedrecilla con violencia traga:
Himno que al héroe y á su patria halaga
Nuevo favor me da.

Impera la Justicia en la República
De Locris, la Señora de Occidente,
A quien aman Calíope esplendente
Y Marte el lidiador.
Huyó ante Cicno, de Mavorte vástago,
El hijo robustísimo de Alcmena;
¿Qué mucho, si al principio vió la arena
Ceder al luchador?

Si al fin derriba á los soberbios púgiles
En la Olímpica lid Agesidamo,
Para Hilas, su maestro, yo reclamo
Honor y gratitud.
Así á Patroclo su victoria espléndida
Debió Pelides. Da fuerza infinita
La Providencia, al hombre á quien excita
Otro hombre á la virtud.

No espere nadie del triunfo el júbilo
Si á fuerza de sudores no lo gana:
Es el trabajo, de la vida humana
Clarísimo fanal.
La insigne lid honrar me manda Júpiter
Que Hércules victorioso instituyera,
Do de Pélope augusto se venera
El mármol sepulcral.

Frescos aún estaban los cadáveres
Del inocente Ctéato y de Eurito:
Por arrancar á Augías el prescrito
Precio, los inmoló.
Si de Hércules vencieron el ejército
En Élide los hijos de Moliona,
Después en los verjeles de Cleona
Su lazo él les tendió;

Y el Rey Epeo, engañador de huéspedes
Su patria y su magnífica morada
Vió presto por el hierro devastada
Y el incendio voraz.
Sumergió su ciudad honda vorágine,
Que es loca empresa provocar al fuerte:
Después de la derrota, halló la muerte
Que fué á buscar audaz.

Todo el botín, y sus falanges ínclitas
Condujo á Pisa el hijo del Tonante;
Y un bosquecillo consagró al instante
Al gran Progenitor.
Del sacro templo al derredor del ámbito
Marcó también la circular llanura,
Donde el banquete, tras la lucha dura,
Alegra al lidiador.

Al claro Alfeo entre los doce Númenes
Cedió un altar, de amor en testimonio;
Y á la vecina altura *Monte Cronio*
Piadoso apellidó.

En el reinado de Enomao, estériles
Rocas tan sólo y despobladas breñas
Era aquella región, en cuyas peñas
Nieve, no más, se vió.

En la inauguración de los certámenes
Las Parcas solas viéronse presentes,
Y el Tiempo, que atestigua á los ausentes
La sincera verdad.
Él con certeza declaró á los pósteros
Que sus despojos ofreciendo Alcides
Estableció las quinquenales lides
Y gran festividad.

¿Quién la corona, en el primer Olímpico
Certamen, supo merecer bizarro
Con pie, con manos ó veloce carro?
Piérides, decid.
El recto estadio vió la planta rápida
Vencer de Eono, jefe de Midea;
Gloria en la lucha conquistó á Tegea
Equemo el adalid.

Nadie en el pugilato al fuerte Dóriclo
Pudo vencer, á quien Tirinto abriga;
Semo de Mantinea, en la cuadriga
No conoció rival.
El disco lejos arrojó con ímpetu
(Aplaudiendo su ejército) el gallardo
Eniceo, y de Frástor voló el dardo
Derecho á la señal.

Era ya noche, y asomaba fúlgida
La faz hermosa de la luna llena:
Cantos y brindis la sagrada arena
Venían á alegrar.
Fieles custodios de los ritos prístinos,
Del Numen que concede la victoria
Y enciende los relámpagos, la gloria
Queremos hoy cantar.

Al dulce són de la argentina fístula
Adaptaré mi retardado canto,
Que de la clara Dirce al margen santo
Al fin ya modulé.
Más ama el rico al hijo primogénito
Que en la vejez le da su fiel esposa:
La muerte le será menos penosa
Si á su heredero ve.

Muy breve espira del placer el término
Para el atleta que feliz combate,
Si antes que al Orco baje, ínclito vate
No lo hiciere inmortal.
A tí de gloria eterna las Piérides
¡Agesidamo insigne! te coronan,
Y mi flauta y mi cítara te entonan
Un cántico triunfal.

De los Locreses la ciudad magnífica
Y de Arquéstrato al hijo victorioso,
Riego á la par con baño delicioso
De poética miel.

Libró del Orco á Ganimedes cándido
Más que Citeres, Juventud florida;
Y dió la primavera de la vida
El triunfo á mi doncel.

ODA UNDECIMA.

AL MISMO AGESIDAMO.

LA USURA.

Da vida á los hombres el soplo del viento;
Las lluvias celestes infúndenle aliento,
De nube divina progenie feliz.
Así al que consuma difícil proeza,
Con himnos sonoros la cítara empieza
A dar nueva vida de gloria sin fin.
Son prendas seguras
De hazañas futuras,
Los cantos al pecho de ardor juvenil.

Del púgil robusto que Olimpia corona
Ajena á la envidia mi lengua pregona
Los bellos triunfos, en justo loor.

Sublime es el nombre y eterna la fama
De aquel cuyo pecho benéfico inflama
Con fuego sagrado de la Egida el Dios.
Tus glorias proclamo
¡Gran Agesidamo,
De Arquéstrato prole, sin par luchador!

La oliva dorada que ciñe tu frente
Harán mis cantares más bella y fulgente,
Y á Locris Zefiria renombre darán.
Venid y conmigo formad ¡oh Camenas!
Mil danzas alegres. No á incultas arenas
Ni bárbaras tierras os quiero llevar.
Son sabios, corteses
Los buenos Locreses,
Innato es su gusto y aspecto marcial.
Así la vulpeja
Su astucia no deja,
Ni su índole fiera la tigre voraz.

ODA DUODÉCIMA.

Á ERGÓTELES DE HIMERA,

VENCEDOR EN LA CARRERA LARGA.

¡Salvadora deidad, prole divina
De Jove soberano, alma Fortuna!
Oye mis ruegos y la frente inclina
De Himera á la ciudad, de fuertes cuna.

En el piélago tú las naves riges;
De tí depende la violenta guerra;
Las sabias asambleas tú diriges
Que leyes dictan á la muda tierra.

Giran en tanto, con errado vuelo,
Humanas esperanzas é ilusiones,
Ya rastreras tocando el bajo suelo,
Ya del éter subiendo á las regiones.

Nunca de las edades venideras
El cielo concedió signo seguro:
Las tinieblas romper en vano esperas,
Triste mortal, del porvenir oscuro.

Mil veces contra próspero presagio
Repentino dolor turba el contento;
Y al que amenaza próximo naufragio
Viene á alegrar la calma en un momento.

¡Hijo de Filanor! Cual gallo altivo
Que al honroso palenque no se lanza
Y apenas puede en el corral nativo
Oscura muestra dar de su pujanza,

De tu paterno hogar así á la lumbre
Marchitado se habrían tus laureles,
Ni del honor llegara á la alta cumbre
Tú pie veloz, envidia de corceles,

Si á la isla do naciste, por ventura,
Popular sedición y riña fiera
No te arrancaran, y á la vida oscura,
¡Oh Ergóteles, sin par en la carrera!

Hoy te corona Olimpia; ya el ilustre
Istmo y Pitona ornáronte la frente;
Tu nueva patria te celebra, y lustre
Das de las Ninfas á la tibia fuente.

ODA DÉCIMOTERCIA.

Á JENOFONTE DE CORINTO,

CORREDOR EN EL ESTADIO,

VENCEDOR EN LA CARRERA Y EN LOS CINCO-JUEGOS.

Al ensalzar la casa, que en Olimpia
Tres coronas ganó; del peregrino
Asilo, y con el deudo complaciente,
De Corinto la fama clara y limpia
Canto también; vestíbulo divino
Del Istmico Monarca del Tridente,
Y cuna floreciente
De graciosas doncellas;
En donde Eunomia mora
Y sus hermanas bellas:
La Paz encantadora
Y la firme Justicia, que robusta
Los Estados sostiene.
Por ellas la riqueza al hombre viene
Y de Temis veraz son prole augusta.

Ellas de su pacífico recinto
Alejan la Insolencia deslenguada,
Madre de la Arrogancia. Ciento y ciento
Cantilenas en honra de Corinto
Quiere entonar mi cítara, impulsada
Por mi genial justísimo ardimiento.
¿Su natural talento
A quién ahogar es dado?
¡Hijos del noble Aleta!
El lauro destinado
Al vencedor atleta,
Las Horas, ricas en preciosas flores
Os dieron, y la llama
Que vuestro corazón vívida inflama
Y os hace de mil artes inventores.

Gloria al descubridor atrae su invento.
La gran festividad de gracias llena
Y el Báquico cantar que premia el toro
¿Dónde nacieron? ¿dónde el instrumento
Que al rápido corcel lanza y enfrena?
¿Quién á los templos añadió decoro
Con las águilas de oro?
En tus sagrados muros
Musa gentil florece,
Y sus perfumes puros
A tus hijos ofrece,
¡Feliz Corinto! y á su lado Marte
Pone en la fuerte diestra
De tu fiel juventud, ya en la palestra,
Ya en el sangriento campo, su estandarte.

¡Oh de Olimpia Señor, rey soberano:
Escuchar no desdeñes mi concento
Ahora ni nunca, oh Júpiter Tonante!
Rige á este pueblo con benigna mano,
Y á Jenofonte, el favorable viento
De la prosperidad, manda constante.
El himno que, triunfante
En la Pisana arena,
Te ofrece agradecido
Según la ley ordena,
Que recibas te pido.
En la carrera alcanza la victoria,
Luégo en las cinco-lides.
¿Quién entre los pasados adalides
Se sublimó jamás á tanta gloria?

De las Ístmicas turbas á la vista
Con dos guirnaldas de apio ornó su frente;
Ni fué desfavorable el juez Nemeo.
Mientras, su padre Tésalo conquista
Verdes laureles (corredor valiente)
En las orillas del sagrado Alfeo.
Espléndido trofeo
Un mismo sol le dona
En la carrera doble
Y el estadio, en Pitona;
Y un mismo mes, su noble
Cabeza en los certámenes de Atenas
Ciñó triple guirnalda,
Y otras siete coronas de esmeralda
Obtuvo en las Helótides arenas.

En los marinos juegos de Neptuno
El ínclito varón, y Teodoro,
Su valeroso padre, altos honores
Y elogios alcanzaron cual ninguno.
¡En Delfos cuánta prez! ¡cuánto decoro
Del bosque del león entre las flores,
Os dieron los sudores!
A los varones claros
Que ostentan noble brío
Y fuerzas, á igualaros
En glorias desafío.
Yo, ni vuestras hazañas, ni la arena
Contaré, de los mares.—
Mas tomen otro giro mis cantares.
¡Oh Musa! es tiempo ya: tu vuelo enfrena.

A mi pobre barquilla empuja el viento
De la alabanza; y al cantar mi lira
De tus progenitores la prudencia
Y en las lides el bélico ardimiento,
No empañará ¡oh Corinto! una mentira
De mis suaves elogios la cadencia.
Cantaré la excelencia
De tu Sísifo, astuto
Y cual un Numen sabio,
Y pagará tributo
De admiración mi labio
A la tierna Medea, salvadora
De Argo y de sus remeros,
Que hollando amante los paternos fueros
Se une á Jasón, á quien su pecho adora.

Delante las altísimas murallas
De la sagrada Ilión, al Efireo
Se miró, ya sitiado, ya asaltante,
La suerte decidir de las batallas.
El uno en pos del vástago de Atreo
En arrancar á Helena de su amante
Empéñase arrogante.
El otro de la bella
Fiel combate al servicio,
Y hasta el Griego se estrella
Al pie de Glauco el Licio,
Quien de ser heredero se gloría
Del reino floreciente,
Y el palacio y ciudad, junto á la fuente
Pirene, que su padre poseía.

¡Cuántas penas al Príncipe atrevido
En sus orillas trajo el loco empeño
De domar al corcel de raudas alas
De la feroce Górgona nacido,
Hasta que el freno de oro, en dulce sueño,
Llevarle se dignó la virgen Palas!
En sus sagradas salas
Clama con voz adusta:
«Belerofonte amado,
De Eolo prole augusta:
¿Tú duermes descuidado?
Salta del lecho; y ese freno de oro
Que ahí mágico asoma,
Lleva á Neptuno, que corceles doma,
Inmolando en su honor cándido toro.»

Al dormido garzón así parece
Decir la Virgen del broquel divino.
Se incorpora veloz; y el milagroso
Freno, que ante sus ojos aparece,
Lleva sin dilación al adivino
De la ciudad; y el hecho portentoso
Le narra presuroso:
Su sueño al pie del ara
Y oráculo sagrado
De Palas, y la rara
Visión, en que el dorado
Instrumento le da la casta Atena,
Progenie del Tonante,
A Ceránides cuenta; que al instante
Lo que el sueño mandó cumplir ordena.

Al Monarca del líquido elemento
Que circunda la tierra, buey robusto
Inmola; y obediente al gran Profeta,
A la ecuestre Minerva (monumento
De su piedad) erige altar augusto.
Cuanto está fuera de la humana meta
La alta virtud sujeta
De los Dioses; y leve
Empresa es en su mano
La que el hombre se atreve
A acometer en vano.
Del alado corcel Belerofonte
En la fogosa boca
El instrumento celestial coloca
Que le permite que á Pegaso monte.

Con armadura y acerado alfanje
Se ejercita sobre él y juguetea.
Sale de las flecheras Amazonas
Contra la ruda femenil falange,
Y con dardos destrísimo pelea,
Que alto dispara en las aéreas zonas.
El potro no abandonas
Sin que tu diestra mate
A Quimera, que fuego
Respira, y en combate
Mortal derribes luégo
A los Solimos. De tu fin ya no hablo,
¡Cabalgador sublime!
En Olimpo su huella el potro imprime,
Y entra de Jove en el eterno establo.

De poéticas flechas rauda nube
He fijado en el blanco; y ya no es justo
Que errar mis tiros el mortal me vea.
¡Oligetidas! De las Musas tuve
Para alabaros mandamiento augusto.
Triunfantes en el Istmo y en Nemea,
¿Quién habrá que no crea
El veraz canto y breve
Que vuestras altas glorias
A los cielos eleve?
Sesenta las victorias
Fueron, que en uno y otra pregonara
El heraldo admirado;
Y ya mi dulce lira ha celebrado
Las que en Olimpia os dan fama preclara.

De la ínclita familia ya mi Musa
Nuevas proezas celebrar confía;
Pero de Dios lo porvenir depende.
Si el Numen tutelar no le rehusa
La santa protección del primer día,
Al dios adusto que la guerra enciende
Dejad que recomiende,
Y á Júpiter divino,
Las fúlgidas guirnaldas
Que le dará el destino.
¡Del Parnaso en las faldas
Cuántas obtuvo ya! ¡Cuántas en Tebas
Y Argos ganar le veo!
En Arcadia, de Júpiter Liceo
Dará el altar de sus hazañas pruebas.

Su valor atestiguan Sicïona,
Y Pelene, y la espléndida Megara,
Y de Éaco el santuario allá en Egina.
Lo proclaman la ilustre Maratona
Y con Eléusis la ciudad preclara
Que en el Etna sublime se reclina,
Y Eubea la marina.
Recorre á Grecia entera:
Es tal doquier su gloria,
Que retenerla espera
En vano tu memoria.—
Haz que caminen con ligera planta
Los nobles vencedores,
Oh Jove salvador! Dales honores
la felicidad que al hombre encanta.

ODA DÉCIMOCUARTA.

A ASÓPICO DE ORCÓMENO,

NIÑO, CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Gracias espléndidas, radiantes ninfas,
Que del Cefiso cabe las linfas
(Que potros nutren) soléis morar!
Del alma Orcómeno reinas augustas,
Y de las Minias playas vetustas:
Oid mis ruegos y mi cantar.

Por vos dulcísimo todo se torna,
Y el hombre os debe cuanto lo adorna,
Virtud, ingenio, gloria, esplendor.
Los mismos Númenes ni el néctar beben
Ni á formar danzas jamás se atreven,
Si de las Gracias no hay el favor.

Con Febo Pítico del arco de oro,
De cuanto encierra su almo tesoro,
Dispensadoras celestes son.
Allí al Olímpico Padre, sentadas
En refulgentes sillas doradas,
Rinden eterna veneración.

¡Sagrada Eufrósina, de himnos amante
Aglaya augusta, del gran Tonante
Hijas divinas, mi canto oid!
Pues tanto agrádante dulces canciones,
Mira ¡Talía! las ovaciones
Que trajo al héroe la honrosa lid.

Cantar á Asópico mi lira quiere,
Y al modo Lidio sus cuerdas hiere
Mi bien templado fino marfil;
Porque en la Olímpica lucha gloriosa
Por tus favores ¡potente Diosa!
La sacra Minia luce entre mil.

¡Eco! A Cleódamo la grata nueva,
De Proserpina, clamando, lleva
A la morada de eterno horror;
Y de su vástago la tierna frente,
Díle que en Pisa ciñó fulgente
El lauro alado del vencedor.

ODAS PÍTICAS.

ODA PRIMERA.

Á GERÓN ETNEO, REY DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Preciosa lira de oro,
Del Castálide coro
Y de Febo, delicias é instrumento!
De las danzas triunfales
Tus ecos son señales:
Tú riges su compás y movimiento,
Y de tu són, al empezar la fiesta,
Se ve pendiente la armoniosa orquesta

Tú, con acento tierno,
El fuego sempiterno
Del penetrante rayo apagar sabes.
Por tu voz arrullada,

En el cetro posada
De Júpiter, la reina de las aves
Con las alas caídas se adormece:
Blanda nube sus ojos oscurece.

Su cabeza arrogante
Con el pico punzante
En plácido sopor toda se anega;
Tu vibración divina
Al águila domina
Y su espalda fortísima doblega,
Y ablanda el pecho del violento Marte
Que depone su lanza al escucharte.

Al corazón derechas
De los Dioses, tus flechas
Van, por Febo y las Musas disparadas.
Cuando, en tierras ó en mares,
Al oir los cantares
Que entonan las Piérides sagradas,
De terror algún hombre se estremece,
Es porque Jove Sumo lo aborrece.

Así en atroz castigo
Tifeo, el enemigo
De las Deidades, en el Orco gime.
Nutrieron sus cien bocas
De Cilicia las rocas,
Y Cumas hoy su hirsuto pecho oprime;
Y aplasta su cabeza el Mongibelo,
De nieve creador, pilar del cielo.

En su seno profundo,
De fuego furibundo
El Etna nutre inagotables fuentes.
De día, negra nube
Espesa al éter sube;
Mientras de noche, líquidos torrentes
De lava, el monstruo de Vulcano arroja,
Que al mar girando van, cual sierpe roja.

Contemplar es tremendo
El prodigio estupendo:
Terrible, si alguien de Sicilia llega,
Oir que encadenado
Está el gigante osado
En la selvosa cima, y en la vega
Del Etna ponderoso: duro lecho
Que desgarra al Titán espalda y pecho.

Alcance yo la suerte
¡Oh Jove! de placerte,
A tí, que de este monte eres monarca,
Cuya sublime altura.
Como frente fulgura
De la ferace Sícula comarca,
Y cuyo nombre dió, con nuevo lustre,
A su ciudad el fundador ilustre.

El Pítico trofeo
Al alcanzar, ETNEO
El heraldo á Gerón alto pregona.
Si, cuando el ancla leva,

Favorable se eleva
Viento que llena la extendida lona,
El marinero alégrase, y predice
A su nave retorno aun más felice.

Así esta alta victoria
A Etna promete gloria,
Y banquetes, y música y laureles.
Tiempo vendrá que asombre
Al mundo el gran renombre
Que le darán sus rápidos corceles.
Oye las preces que á tu trono elevo,
Rey de la errante Delos, Licio Febo!

¡Dios á quien tanto place
La selva donde nace
En el Parnaso la Castalia fuente!
Concede á estas regiones
Magnánimos varones.
El que fuerte nació, sabio, elocuente,
Lo debe á las Deidades; que sin ellas
De la virtud no seguirá las huellas.

Al gran Gerón yo quiero
Hoy ensalzar, y espero
Mi aguda flecha no vibrar en vano.
Más lejos que ninguna
La hará llegar Fortuna,
Y á mis rivales vencerá mi mano.
¡Tráigale el tiempo dicha y opulencia,
Olvido y curación de su dolencia!

Recordar sus campañas
Pudiera, y las hazañas
Que consumó con temerario arrojo;
Y el enemigo fuego
Que más que á ningún Griego
Poder le dió, y un cetro en sangre rojo.
Cual Filoctetes, militó doliente,
Y á amigos ruegos se rindió el valiente.

De aquel la historia narra
Que mientras le desgarra
Allá en Lemnos la pierna úlcera horrenda,
Vienen héroes (iguales
A dioses inmortales)
Y lo llevan por fuerza á la contienda,
Do pone fin de Troya al largo asedio,
Y de los Griegos al trabajo y tedio.

Enfermo todavía,
Ni caminar podía
El gran flechero que engendró Pëante;
Mas decretado estaba
Que el Griego sin su aljaba
Jamás entrara en Ilión triunfante.
¡Dios á Gerón también propicio sea!
Con la salud le dé cuanto desea.

¡Óyeme, oh Musa amiga!
Y ven de la cuadriga
Los triunfos á cantar á Dinomenes;
Que no es para un buen hijo

Ajeno regocijo
El ver ornadas las paternas sienes.
Un himno grato al heredero entona,
Musa gentil, de la Étnica corona.

Para él Gerón augusto
A Etna ha fundado; y justo
Le concedió la libertad divina,
Y el sabio código Hilio;
Porque agrada al Panfilio,
Y á los que del Taigeto en la colina
Moraron, nietos de Heraclidas reyes,
De Egimio conservar las Dorias leyes.

Su código sagrado,
El pueblo afortunado
Trajo del Pindo, al río cristalino
Que baña á Amicla santa;
Donde sus tiendas planta,
De los divos Tindárides vecino,
De blancos potros domadores diestros,
Y en vibrar el lanzón grandes maestros.

¡Oh Júpiter! Ordena
Que cuantos del Amena,
Pueblos y reyes, moran en la orilla,
Conserven el renombre
Que la opinión del hombre
Les da; y el héroe que en el trono brilla
Con la voz y el ejemplo á su hijo guíe,
Nos dé la paz, y la invasión desvíe.

¡Oh Saturnio! Concede
Que tranquilo se quede
El lidiador Fenicio en su Cartago;
Y de su ataque brusco
Desista el fiero Etrusco,
Recordando de Cumas el estrago,
Do, sumergida su dispersa flota,
A sus huestes hirió fatal derrota.

De servidumbre fiera
Libró á la Grecia entera
La armada del Señor Siracusano.
Quiero cantar la ruina
De Persia en Salamina
Por el valor de Atenas sobrehumano;
Y el que mostrara Esparta, alto denuedo,
En Citerón, contra el arquero Medo.

Mas no les cede en gloria
La sublime victoria
Cabe las claras linfas del Himera.
Gerón allí y su hermano,
Junto á su padre anciano,
Desbarataron multitud guerrera.
Mi agradecida musa les ofrece
Himno triunfal, que su valor merece.

Quien mucho en breve canto
Dice, no excita tanto
De maliciosos émulos la envidia.
Soy breve; que al oyente

De ánimo más paciente
Prolijo panegírico fastidia,
Y la alabanza de ínclitas acciones
Suele roer ajenos corazones.

¿Qué importa? Nunca al bueno
De la Envidia el veneno,
Siempre el desprecio al infeliz aflige.
Sigue, pues, animoso
Tu camino glorioso:
Con seguro timón tu pueblo rige;
Y en roja fragua de verdad egregia
Refunde con valor tu lengua regia.

Cuanto de tí proviene
Doble esplendor obtiene,
Aunque trivial lo juzgues y sencillo.
Cien ojos te rodean:
Que en tí mancha no vean,
¡Oh de mil pueblos príncipe y caudillo!
Si en algo estimas á la dulce Fama,
El oro en torno liberal derrama.

A fuer de buen piloto,
Apenas sople el Noto
Iza de tu bajel todas las velas.
A adulador fingido
No escuches, Rey querido,
Si en la posteridad vivir anhelas.
Los poetas no más, é historiadores
Entonan de los muertos los loores.

No muere la memoria
De Creso. Mas ¿qué gloria
A Faláride trajo el férreo toro?
Celebrar al verdugo
A la lira no plugo,
Ni de niños ó vírgenes al coro.
Primero es la virtud; luégo el renombre.
Si ambos obtiene, ¿qué más quiere el hombre?

ODA SEGUNDA.

AL MISMO GERÓN,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Oh Siracusa, bella y populosa,
Templo de Marte, madre de bridones
De batalla, y de gente belicosa!

Portador de encomiásticas canciones,
Vengo de Tebas, tu brillante amiga,
A que otra vez á tu Gerón corones,

Que siempre vencedor con la cuadriga,
Hoy nuevos lauros en el circo gana
Con que adornar á su natal Ortiga,

Isla do reina la fluvial Dïana,
Sin cuyo auxilio, á la dorada rienda
Los potros sujetar, empresa es vana.

Porque antes que Gerón la lid emprenda
Viene siempre la Virgen cazadora
Con Mercurio, señor de la contienda;

Y mientras á Neptuno el Rey adora,
Los dioses enjaezan los corceles
Que él unce á la cuadriga voladora.

Cada monarca sus poetas fieles
Que lo celebren tiene. De Cinira
Cantar ¡oh Chipre! los loores sueles,

Que al blondo Numen de la dulce lira
Y á Venus grato fué. ¡Conducta bella
Que al trovador la gratitud inspira!

A tí en Zefiria la Locrés doncella,
Que merced á tus dotes singulares
El paterno solar tranquila huella,

Al pie de sus pacíficos altares,
¡Hijo de Dinomenes! te proclama
Sin igual en la tierra y en los mares.

Del mísero Ixïón narra la fama
Que en la rueda girando eternamente,
Por orden de los Dioses así exclama:

«Paga ¡oh mortal! con gratitud ardiente
Los beneficios de amorosa mano.»
¡Ay! Lo aprendió á su costa el insolente!

Vida y felicidad al soberano
Jove debiendo, quiso fementido
Llegar á Juno con amor insano.

El Padre de los Dioses, ofendido
En su altísimo honor, castigo eterno
Lanzó contra el adúltero atrevido.

Por su culpa en el fondo del Averno
Precipitado, inexplicable pena
Por dos crímenes sufre en el Infierno.

Él fué el primero de la gente Helena
Que en sangre de un pariente, derramada
Con vil traición, manchó la patria arena;

Y, profanando la mansión sagrada
De las Deidades, requirió de amores
De Jove á la consorte venerada.

Empresas á sus fuerzas superiores
Nadie acometa. Se trocó en espina
El que Ixïón creyó lecho de flores,

Y en vez de Juno, nube blanquecina
Pagó su amor, aunque era en apariencia
De Saturno inmortal la hija divina.

De Júpiter formó la omnipotencia
Aquel fantasma: seductor engaño
Que trajo al triste la fatal sentencia.

Y encadenado pasa año tras año
Sobre el cuádruple rayo de la rueda
Que él mismo se forjó para su daño;

Y sin que miembro alguno mover pueda,
Es su martirio prueba permanente
Del alto axioma que estampado queda.

Del matrimonio singular, un ente
Más singular nació; de los mortales
Y los Dioses odiado juntamente.

Centauro se llamó; las inmortales
Gracias huyeron de él; y sus amores
Fueron ¡horror! con brutos animales.

Las yeguas de Magnesia, corredores
Hijos le dieron: monstruos en figura
Iguales á sus dos progenitores.

La parte superior les dió Natura
De perfecto varón: el resto ofrece
Del caballo la forma y la soltura.

A la Divinidad todo obedece:
Al águila en los aires ella alcanza;
Pasa al delfín que entre los mares crece.

Del orgulloso abate la pujanza,
Y se complace en elevar al bueno
A sempiterna gloria y bienandanza.

Nunca mis labios el letal veneno
De la calumnia viertan: la memoria
De Arquíloco mordaz sirva de freno.

En murmurar cifró su triste gloria;
Y cuitas, y miserias, y pobreza
Le produjo su lira infamatoria.

Cuando en el sabio, á mundanal riqueza
Vemos unida próspera fortuna,
Bajemos admirados la cabeza.

En tí el ingenio ¡oh Príncipe! se aduna
A la riqueza; y distribuirla sabes
Con mano liberal, sin duda alguna.

De mil ciudades ínclitas las llaves
Guardan tus regias arcas. ¿Quién se precia
De poseer más pueblos y más naves?

El que dijere que ha reinado en Grecia
Otro más poderoso y opulento,
Une á crasa ignorancia mente necia.

Quiero las velas todas dar al viento,
De mi flota triunfal; y en tu alabanza
Himnos cantar con inspirado acento.

¿Quién igualó tu bélica pujanza
Cuando luchaste, joven arrogante,
En batallas de eterna remembranza?

Sintió tu fuerza el enemigo infante
En las lides á pie. Todo cedía
De tu corcel al ímpetu arrogante.

Tu prudencia y sin par sabiduría
En la madura edad, asunto nuevo
Para elogiarte, dan á la voz mía.

¡Salve! A través del mar mi canto llevo.
Que cual Fenicia droga acepto sea
A tus oídos, á esperar me atrevo.

En él, la melodía Castorea
De la Eólica cítara adaptada
A la séptima cuerda, tu ojo vea.

Siempre al nivel de tu misión sagrada
Muéstrate ¡oh Rey! y no cual rapazuelo
A quien el mono imitador agrada.

Sírvate Radamanto de modelo,
Que, justo juez y príncipe prudente,
Reina feliz bajo el Elíseo cielo.

Nunca al adulador ni al maldiciente
Quiso escuchar, ni la calumnia infame,
Del inventor rüina y del oyente.

Zorra falaz, ¿qué mal hay que no trame
El vil calumniador? Mas nunca puede
Lucrar, aunque su tósigo derrame.

Cubren las aguas la marina rede,
Y el corcho indicador ligero flota,
Aunque la espuma por encima ruede.

Tal la calumnia contra mí se embota;
Que por hallar entre los buenos gracia,
Sus mañas el mendaz en vano agota;

Mas de mentir á todos no se sacia
Hasta que siembra por doquier la duda.
¡Lejos de mí tan impudente audacia!

Yo á mis amigos doy abierta ayuda,
Y hago, á guisa de lobo, á mi adversario
De frente ó por la espalda guerra cruda.

A la lengua veraz, nunca contrario
Gobierno alguno fué: le abre contento
El monarca su techo hospitalario;

Donde domina el pueblo turbulento
Penetra; y en la altiva oligarquía
El noble senador la escucha atento.

A la Divinidad locura impía
Es oponerse: si á quien no merece
Sino castigos, opulencia envía,

También al justo espléndida engrandece,
Y con renombre sus virtudes paga.
¡Suerte feliz que al envidioso escuece!

Nada su sed devoradora apaga,
Y en su insensato afán, se abre en el pecho
Con su propia pasión profunda llaga.

Siempre mi yugo llevaré derecho;
Es vano resistir al acicate:
De mis calumniadores á despecho
Bueno seré, y amigo del magnate.

ODA TERCERA.

AL MISMO GERÓN.

VENCEDOR CON EL CABALLO DE SILLA.

Quisiera yo, si lícito á mi canto
Fuera expresar el público deseo,
Quisiera yo que de la Estigia arena
Tornara á respirar los patrios aires
El gran Quirón, de la gentil Filira
Y del divo Saturno, hijo del Cielo,
Progenie poderosa; y en los valles
Verlo otra vez reinar, del Pelio monte,
A los ojos del vulgo extraña fiera,
Pero del hombre amigo. En otro tiempo
A Esculapio educó, varón insigne,
Descubridor benéfico de plantas
Que quitan el dolor y restituyen
La perdida salud, y de los males
Más arraigados, médico celeste.

Antes que, con la ayuda de Lucina,
De las madres amparo, á luz lo diera
Del viejo Flegia (espléndido jinete)
La hija infeliz, á la morada oscura
De Plutón descendió, víctima triste
De las iras de Apolo, y por las áureas
Flechas de Diana, en su retrete herida,
La veleidosa ninfa: que no yerra
Jamás la indignación de la progenie
De Júpiter augusto. A la culpable
Celestiales amores no bastaron;
Y en víspera de unirse ante los Dioses
Al rubio Febo, ya marido oculto,
Insana se arrojó en ajenos brazos.

No la contuvo ni el divino infante
Que en su seno llevaba, ni el banquete
Nupcial ya aparejado, ni los cantos
Solemnes de himeneo, ni los coros
De vírgenes, antiguas compañeras,
Que el dulce epitalamio repetían.
Le devoraba el pecho, de extranjero
Príncipe el loco amor; como acaece
A muchos en el mundo, que desprecian
La patria y sus beldades, y corriendo
De ilusiones en pos, lo extraño buscan
Y con necia pasión lo extraño adoran.

Tremendo fué el castigo que la falta
De Corónide, frágil cuanto bella,
Trajo á la tierra. Al ojo vigilante

Del Numen, no escaparon las caricias
Del Arcádico huésped. En Pitona
De inmoladas ovejas recibiendo
El humo santo, á la sazón se hallaba
El Loxio Rey; mas el remoto crimen
Al instante miró. Consigo mismo
Apolo delibera, y los consejos
De su divina mente, que ve todo
Y todo sabe, que engañar no puede,
Y á quien no engaña ni mortal ni numen
Con hechos ó palabras, sólo escucha.

El adulterio de Isquis Elatida
A castigar, y de su esposa el dolo,
A su celeste hermana, respirando
Furor irresistible, envía Febo
A Lacerea, do la infiel habita
Del Bebíade lago en la ribera.
El mismo adverso numen, que al pecado
A la ninfa llevó, la empuja ahora
A destrucción funesta; y juntamente
Muchos de la región circunvecina
Mueren con ella. Chispa fué su culpa
Que, pequeña al caer en la montaña,
En breve devoró la selva entera.

De la infeliz Corónide el cadáver
Colocan los tristísimos parientes
En la funérea pira: ya la llama
Tremenda de Vulcano la circunda
Y á devorarla va. La mira Febo,

Y conmovido exclama: «No, no sufre
Mi tierno corazón, que con la madre
Adúltera, mi vástago inocente
Aun antes de nacer, muerte horrorosa
Entre el fuego padezca.» Así diciendo,
De un solo paso llega hasta la pira.
La llama reverente abre camino
Al afligido Numen, que del seno
De la difunta madre al hijo saca;
Y al buen Centauro, de Magnesia gloria,
Lo entrega, suplicándole que el arte
De curar las dolencias de los hombres
Le enseñe diligente.

Aprovechado
El discípulo fué. Cerrar sabía
Las úlceras que nacen espontáneas,
Y las heridas que enemigo hierro
Abre profundas, ó lejana piedra.
Las estivales fiebres, y las graves
Dolencias que producen los rigores
Del Invierno, sanaba. Diferentes
Eran, según los males, los remedios.
A quién mágicos cantos recetaba,
A quién pócima amarga; á este envolvía
En suaves hierbas la dañada parte;
A otros, en fin, del lecho de dolores
Con ardua amputación alzaba diestro.

Mas ¡ay! ¿Por qué se rinde á la codicia
Aun el más sabio? También él, con oro

Que á montones hicieron en sus manos
Brillar, se corrompió; y osó á la muerte
Arrebatar á Hipólito difunto.
Júpiter irritado, á ambos dispara
Rayo homicida, que el vital aliento
Del pecho les arranca, y á cenizas
Los reduce instantáneo. Los mortales
Conviene que á los Númenes pidamos
Lo que al alcance está de nuestra pobre
Naturaleza humana, harto pequeña
Como bien conocemos.

¡Alma mía!
No aspires más allá de lo posible
Cual si fueras deidad; pero sí agota
Hasta el último límite tus fuerzas.

Si el prudente Quirón aun habitara
La conocida cueva, y mis canciones
En su ánimo gentil mágico influjo
Pudieran ejercer, en dulces himnos
Al médico sublime rogaría
Que en persona viniese, ó á lo menos
A algún hijo de Jove ó de Latona
Mandase á combatir la aguda fiebre
Que á magnánimos héroes atormenta.
Yo mismo, el Jonio mar atravesando
En rauda nave, ansioso volaría
A la fuente Aretusa, y á mi augusto
Amigo, de Etna fundador, que rige
De la fiel Siracusa los destinos,

Del bueno protector, con sus vasallos
Liberal y cortés, y tierno padre
Del extranjero; y si al saltar en tierra
Le pudiera ofrecer mi amante pecho
Dos ricos dones: la salud, que el oro
Más preciada, y el cántico solemne
Que da tanto esplendor al Pitio lauro
Que á mil venciendo conquistara en Cirra
El corredor Ferénico, yo juro
Que de mi amado Príncipe á los ojos
Mi faz más apacible brillaría
Que el sol en la mitad del firmamento.

Mis preces, entretanto, á la gran Madre
Dirijo, de los Númenes; augusta
Deidad, á quien entonan las doncellas
Y al venerado Pan, nocturnos himnos
Frente al portal de mi morada humilde.

Tú, que las letras amas, y á la cumbre
De la ciencia has llegado; tú en las obras
¡Docto Gerón! de los antiguos vates,
Has leído *que al hombre dan los Dioses*
Con cada bien dos males. Tal destino
Con varonil resignación no puede
El necio soportar; pero los sabios
La brillantez del bien tan sólo miran,
Y los males desprecian y se esconden.

Tú, Rey, aunque doliente, eres dichoso;
Que si en el mundo puede afortunado

Alguien llamarse, lo es el que gobierna
Con justo cetro súbditos leales.
Pero no juzgues que perpetua dicha
Siguió, ni aun al Eácida Peleo
Ni á Cadmo el semidiós, si bien la Fama
Declara á ambos á dos, de los mortales
Los más felices. Y, en verdad, tuvieron
La suerte de escuchar los dulces cantos
De las divas Piérides: el uno
Allá en el monte Pelio, cuando á Tetis,
Del prudente Nereo ínclita prole,
Recibió por esposa; el otro en Tebas,
La de las siete puertas, cuando el lazo
Nupcial lo encadenó con Armonía,
Ninfa gentil de seductores ojos.

Los Dioses al festín en ambas bodas
Se dignaron bajar; y en áureas sillas
Sentados á su mesa, contemplaron
Los novios á los hijos de Saturno,
Y de sus regias manos recibieron
Celestiales presentes. Los favores
De Jove compensaron con usura
Pasados infortunios; y su pecho
Recobró la esperanza. Mas en breve
Trocó en dolor de Cadmo la alegría
De sus hijas el fin; sin que á Tiona
Valiera ser esposa del Tonante.
El hijo de Peleo, única prole
Que Tetis inmortal le diera en Ftía,
En la guerra murió, por alevosa

Flecha herido en el pie: sus funerales
Llanto arrancaron á la Griega hueste.

Mortal que á no desviarse de la senda
De sólida virtud está resuelto,
Debe aceptar con alma generosa
La suerte que los Númenes le mandan.
La dirección del viento á cada rato
Cambia y la fuerza. Breve tiempo dura
La dicha de los hombres, cuando baja
Con ímpetu sobre ellos. Seré humilde
Con los humildes, grande con los grandes,
Reverente aceptando mi fortuna,
Y ajustando á mis medios mis costumbres.
Y si grandes riquezas me donare
La Providencia, conseguir espero
También alto renombre y fama eterna.
Néstor el magno y Sarpedón de Licia,
Celebrados doquier, su gloria deben
A los cantos armónicos que vates
Insignes compusieron. Las virtudes
Se eternizan con ínclitos poemas;
Pero á muy pocos conseguirlo es fácil.

ODA CUARTA.

Á ARCESILAO, REY DE CIRENE,

VENCEDOR CON EL CARRO.

Al amado varón que de Cirene,
Rica en caballos, ciñe la corona,
Acompañar ¡oh Musa! hoy te conviene
En su marcha triunfal: la suave lona
De tu dulce bajel céfiro llene
Al cantar á los hijos de Latona,
Y á Delfos, do, veraz sacerdotisa,
Vaticinó la augusta Pitonisa.

Entre las áureas águilas sentada
De Jove salvador, llena la mente
Del Numen que allí tiene su morada,
Al gran Bato mandó que á Libia ardiente,

Dejando su natal isla sagrada,
De colonia veloz marchase al frente,
A fundar sobre cándido collado
Un pueblo por sus carros celebrado.

Después de siete y diez generaciones,
Llegaba (dijo) la anhelada hora
De cumplirse las sabias predicciones
Que Medea, de Cólquide Señora,
A Jasón y los ínclitos varones
Que llevaba en su nave voladora,
Sobre las rocas dirigió, de Tera,
Con inspirada voz, de esta manera:

«¡De magnánimos héroes y deidades
Progenie celestial, prestadme oído!
Sabed que honda raíz de almas ciudades,
De esta tierra que el mar ha desleído,
Para asombro de todas las edades,
La hija feliz de Epafo esclarecido
Hará brotar, en el fecundo seno
Del que es de Jove Amón templo y terreno.

»Delfines de brevísimas aletas
Se trocarán en rápidos corceles,
Y en cuadrigas, veloces cual saetas,
Y suaves bridas, remos y bajeles;
Grandes ciudades quedarán sujetas
A Tera cual metrópoli: así fieles
Augurios anunciaron su fortuna
En torno á la Tritónide laguna.

»Allí, de un Numen con disfraz humano,
A recibir hospitalaria gleba
Eufemo desembarca: el soberano
Jove con su tronar el don aprueba;
Del marinero la incansable mano
El áncora pesada en tanto leva,
Cuyo diente de bronce enfrena grave
El raudo vuelo de la armada nave.

»Sobre los hombros ya por doce días
El casco enjuto de la rápida *Argo*,
Fuera del mar (por sugestiones mías)
Cruzando el arenal desierto y largo,
Llevábamos: tras tantas travesías
De lanzar se acababa en el amargo
Lago Tritonio, cuando el Genio vino
Bajo el aspecto de varón divino.

»Con frases amistosas, hospedaje
Nos ofreció cortés, y lauta cena:
Ser Eurípilo dice, y su linaje
A Neptuno deber, que el mundo llena.
Mas la ansiedad por continuar el viaje
Permanecer ya más en playa ajena
No nos permite: nuestra prisa mira
El dios, y á detenernos ya no aspira.

»Gleba pequeña de la playa arranca,
Y como prenda que la acepte ruega,
De su hospitalidad cordial y franca:
El héroe á recibirla no se niega,

Y á tierra salta; el dios la mano blanca
Pone en la suya, y el terrón le entrega.
Mas ¡ay! el don precioso, de la nave
Cayó de noche al mar, según se sabe.

»Mil veces á los útiles sirvientes
Recomendé guardarlo. Todo en vano;
Que lo olvidaron sus vulgares mentes.
De la espaciosa Libia así temprano
El germen se perdió. ¡Cuán diferentes
Sus destinos serían, si la mano
De Eufemo lo llevara á la sagrada
Tenaro, do del Orco está la entrada!

»¡Oh Rey, á quien Neptuno dió la vida,
(Deidad que en los corceles alta impera)
Y Europa (del gran Ticio hija querida)
Del rápido Cefiso en la ribera!
Hasta tus cuartos nietos difundida
Tu ilustre sangre, conquistado hubiera
Con la Micenia y con Argiva gente,
Y la Espartana, el vasto continente.

»Pero el fatal terrón quedó deshecho
Antes de tiempo; y vástago tardío
De extranjera mujer te dará el lecho,
En esta isla sagrada. Poderío
Recibirá del cielo, y el derecho
De sujetar el litoral sombrío:
Bato su nombre; y pisará su planta
De Febo augusto la morada santa.

»Por medio de su oráculo sagrado,
Allí le dará Apolo el mandamiento
De aprestar, cuando la hora haya sonado,
Rápida escuadra, de bajeles ciento,
Y el que Jove le tiene preparado
Del Nilo en la ribera, ilustre asiento,
Osado sujetar á su dominio.»—
Así fué de Medea el vaticinio.

Los héroes con silencio respetuoso
Escucharon la sabia profecía.
¡Hijo de Polimnesto venturoso!
La Délfica doncella en tí veía
De Cirene al monarca poderoso;
Y *¡salve!* por tres veces te decía,
Cuando postrado ante el altar, la cura
Solicitabas, de tu lengua oscura.

Cual rosa en la purpúrea primavera,
De la heroica raíz octava rama
Hoy floreciente Arcesilao impera,
Y en los Píticos juegos lo proclama
Apolo vencedor en la carrera.
Quiero á las Musas entregar su fama,
Del Vellocino de oro con la historia,
Para los Minias manantial de gloria.

¿Cómo se abrieron por el mar camino?
¿Quién los ató con lazos de adamante
A peligros sin fin? Era el destino
De Pelias, por la espada fulminante

Ó las maquinaciones de un divino
Eólida morir. Con palpitante
Seno, escuchó la infausta profecía
Que en el *Centro del Mundo* así decía:

«De Jolcos al llano
Verás un guerrero
Que baja del monte
Con doble lanzón.
»¿Será ciudadano?
¿Será forastero?
No importa: tú ponte
En guardia ¡oh varón!
»Y está preparado
A rudo combate
En tanto que se ate
Un solo calzado.»

El semidiós que predijera el bardo
Llega por fin, vibrando doble lanza:
Graciosa veste ciñe su gallardo
Cuerpo, de los Magnesios á la usanza,
Y una manchada piel de leopardo,
Que hasta las plantas á cubrirlo alcanza,
De los hombros anchísima desciende,
Y de la escarcha y lluvia lo defiende.

Jamás el filo de cruel navaja
Osó tocar la blonda cabellera,
Que en bellos rizos refulgente baja
La espalda acariciándole ligera.

Entra al foro el garzón; el paso ataja
Plantándose con bélica manera,
En tanto que al real Desconocido
Mirando el pueblo exclama conmovido:

«¿Quién es este gallardo mancebo?
¿Es acaso el dulcísimo Febo
Que hasta Jolcos se digna bajar?
»Si es el Dios de fulgente loriga,
¿Dónde está la dorada cuadriga
En que Marte acostumbra volar?

»Ni Oto ser, ni Efïaltes podría;
Que á sus hijos miró Ifimedía
En los campos de Naxos morir;
»Y de Artemis, á Ticio difunto
Enseñaron las flechas, á punto
Menos alto su amor dirigir.»

Mientras en confusísima algazara
Así la muchedumbre confabula,
Llegando Pelias, de su carro pára
Con manos fuertes una y otra mula;
En el extraño paladín repara,
Y su terror en vano disimula
La sandalia fatal cuando descubre,
Que el pie derecho solitaria cubre.

Tranquilidad el mísero aparenta,
Y así se expresa: «A la mentira ajeno,
¡Oh peregrino! díme ¿qué opulenta

Patria produjo lidiador tan bueno?
¿Cuál es la madre que en el mundo cuenta
Que hijo tan grande cobijó su seno?
Sin vacilar revélamelo todo.»—
Se anima el joven, y habla de este modo:

«Oid: de la caverna
De Cariclea vengo
(Sostén de mi edad tierna),
Y á dicha grande tengo
Haber sido discípulo
Del Centauro Quirón.

»Cuidáronme las puras
Hijas del varón sabio;
Ni palabras impuras
Decir supo mi labio,
Ni en cuatro lustros mi ánima
Manchó perversa acción.

»En mis patrios hogares
Mayor de edad, penetro
A recobrar mis lares
Y el usurpado cetro
Que al gran Eolo, Júpiter,
Y á sus hijos donó.

»Según veraz noticia,
Robó Pelias insano,
Contra toda justicia,
El reino soberano

De que dueños legítimos
Somos mi padre y yo.

»No bien mis tristes ojos
Vieron la luz primera,
Sabiendo los antojos
Del Jefe que hoy impera,
Mis padres ocultáronme
A su ambición fatal.

»Me proclamaron muerto,
Y con fingido luto
Fué mi alcázar cubierto;
Y diéronme el tributo
De femeniles lágrimas
Y duelo funeral.

»Entretanto, al abrigo
Del silencio nocturno,
Al antro del amigo
Vástago de Saturno,
En pañales de púrpura,
Lleváronme á educar.

»De Quirón á las manos
Mi salvación yo debo:
Y basta ¡oh ciudadanos!
Lo que narrado llevo,
Las preguntas que atónitos
Me hicisteis, á llenar.

»A la morada mía
Llevadme ahora fieles,
Do mi padre nutría
Sus cándidos corceles;
Pues hijo primogénito
Soy del anciano Esón.

»Vuestra tierra no huello
Cual triste peregrino:
De mi linaje el sello,
El Centauro divino
En mí imprimió, legándome
El nombre de JASÓN.»

No bien penetra en la mansión paterna,
Corre á abrazarlo el conmovido anciano;
Vierte á torrentes su pupila tierna
Llanto sin fin de gozo sobrehumano:
Procura el héroe la emoción interna
Que lo domina, reprimir en vano,
Al ver que su hijo excede en gallardía
A cuantos hombres Jolcos contenía.

Al palacio de Esón atrae la fama
A sus hermanos. Pronto Feres viene
De la vecina fuente, que se llama
Hiperia, y Amitáon de Mesene:
De ver á su pariente, á Admeto inflama
Deseo irresistible; ni detiene
Lazo alguno en su hogar al fiel Melampo,
Que llega ansioso del Laconio campo.

Con afable ademán á sus parientes
Acoge el buen Jasón; á lauta cena
Los convida, y los colma de presentes.
Cinco noches duró la fiesta amena;
Cinco días los juegos diferentes;
Pero al sexto, Jasón el gozo enfrena,
Y les hace saber su intento serio
De recobrar el usurpado imperio.

Lo aplauden: y con planta presurosa
Los héroes van, llevándolo en el centro,
De Pelias á la casa suntüosa.
Sus pisadas no bien resuenan dentro,
Cuando el hijo de Tiro (la de undosa
Cabellera) cortés sale al encuentro.
Lo saluda Jasón, y con süave
Voz que parece miel, le dice grave:

«¡De Neptuno Petreo hijo robusto!
Del mísero mortal la mente ciega
Aplaude con furor el lucro injusto,
Y á regresar á la equidad se niega;
Mas la hora de rendir á árbitro justo
Cuenta de lo pasado, al fin se llega.
Enfrenemos tú y yo nuestros afectos,
Y caminemos por senderos rectos.

»Un mismo seno (sabes lo que digo)
A tu abuelo Creteo, y al osado
Salmoneo prestó materno abrigo:
Primos somos, por tanto, en tercer grado;

Y á todo hombre, las Parcas enemigo
Del consanguíneo ser tienen vedado.
Ni flecha, pues, ni espada fratricida
De nuestros padres la heredad divida.

»Yo te propongo ventajoso pacto:
Cuenta en el campo las lanudas greyes
Y las pingües manadas; el exacto
Número cuenta de pintados bueyes.
Todo te doy, y el territorio intacto,
Que atropellando del honor las leyes
A mis padres robaste, y hoy tu renta
Con tu cultivo y tu cuidado aumenta.

»No envidio la riqueza de tu casa;
Mas quiero, sí, mi trono y monarquía:
Fiero dolor el pecho me traspasa
El cetro al ver de la familia mía.
Vuélvemelo; ó de la ira que me abrasa
Contener los arranques no podría.»—
Su discurso Jasón así concluye,
Y con urbanidad Pelias arguye:

«Haré lo que quieras; mas oye mi ruego:
La vejez inútil mis miembros circunda;
En tí rubicunda,
Con célico riego,
Sus flores derrama feliz juventud.

»Aplacar piadoso podrás con empeño
De los infernales Dioses á la turba:

De Frixo perturba
Mi plácido sueño,
La sombra, privada de patrio ataúd.

»Que saque, me pide, del alcázar de Etas
Su espíritu triste, y el vellón dorado
Por que fué salvado,
Ya de las saetas
De infame madrastra, ya del ronco mar.

»Gusté de Castalia la límpida fuente
A Apolo pidiendo su luz veneranda;
Y el Numen me manda
Que el ponto inclemente
En rápida nave me atreva á cruzar.

»La empresa difícil que yo no acometo
Porque de los años el peso me doma,
Tú atrevido toma,
Que fiel te prometo
El cetro en tu diestra sin falta poner.

»A Júpiter sumo, que origen proclamo
Del lazo de sangre que me une contigo,
Cual santo testigo
De mi voto llamo.
¡El mira mi franco, leal proceder!»

Queda firmado el pacto; y al momento
La expedición que se prepare ordena
El ínclito Jasón. No bien el viento

Con la trompeta del heraldo suena,
Llegan tres héroes de divino aliento:
El uno es hijo de la bella Alcmena;
Leda fué de los otros dulce madre;
Todos tienen á Júpiter por padre.

Quizá temiendo que los pueblos duden
De su valor, si en tiempo inoportuno
Llegaren, velocísimos acuden
Los dos audaces hijos de Neptuno.
Su larga cabellera ambos sacuden;
Del cabo de Tenaro viene el uno,
De Pilo el otro: Eufemo aquél se llama,
Este Periclimeno, de alta fama.

¡Semidioses, salud! ¡Cuánto trofeo
Os va á alcanzar la expedición marina!
Llega el poeta y citarista Orfeo,
De Apolo inspirador prole divina;
Y Mercurio, señor del Caduceo,
A gloriosas empresas encamina
A Equito y á Equïón, hijos mellizos,
De la flor de la edad con los hechizos.

Júntanse los que pueblan los cimientos
Del Pangeo; veloces cual saetas,
Porque Bóreas, monarca de los vientos,
A sus dos hijos, Calaín y Zetas,
Infunde con su soplo más alientos,
Agitando en sus hombros las aletas;
Y el impulso final, con su oportuno

Auxilio, da la irresistible Juno.

Infunde la Deidad tal atractivo
A la forma gentil del bajel *Argo*,
Que hace á los héroes, del hogar nativo
Huir, y del doméstico letargo.
De navegar les viene ardor tan vivo,
Que las aguas beber del ponto amargo
Y, de gloria cubiertos, al Averno
Bajar, prefieren al hogar materno.

Cuando la flor de heroicos navegantes
Para lanzarse al mar se encuentra lista,
Elogiando sus ánimos constantes
A sus filas Jasón pasa revista.
Ve Mopso las entrañas humeantes;
Sigue atento á los pájaros la pista:
Feliz viaje al ejército revela,
Y hace que sin tardar se dé á la vela.

No bien levan el áncora dura,
Cuando sube del *Argo* á la popa,
De oro puro ostentando una copa,
De los nautas el gran Capitán.
De los Dioses al Padre Tonante,
Vibrador de la lanza de fuego,
Por los héroes dirige su ruego,
Que en la nave á sus órdenes van.

Pide al Dios que les abra camino
A través del feroz elemento:

Que los lleve con próspero viento
Ysujete al furioso Aquilón;
Y que el sol los alumbre de día,
Y en las noches la espléndida luna;
Ni les niegue por fin la fortuna
De volver á la patria mansión.

Trueno fausto replica en las nubes,
Y su luz el relámpago arroja;
Y sumerge en funesta congoja
A los héroes la atroz tempestad.
Mas el augur declara que anuncian
Feliz viaje los Dioses supremos;
Y respiran, y él grita: *á los remos,*
A los remos, marinos, bogad.

Y bogan apresurados,
Obedientes al Piloto,
Y empiezan del fresco Noto
Las auras á respirar;
Y al llegar los denodados
A la boca del Axino,
A Neptuno, dios marino,
Erigen templo y altar.

En el ara sacrifican,
Implorando su alta gracia,
Rojo toro, que de Tracia
Les da la copiosa grey;
Y que los libre, suplican,
Del ímpetu de las rocas

Que entre sí se hieren locas,
De los bajeles al Rey.

Giran raudos como viento
Los dos islotes flotantes:
Parecen vivos gigantes
Que luchan con frenesí.
Mas termina el movimiento
Al pasar la nave fuerte.—
A las Simplégades muerte
Dieron los héroes así.

Llegan por fin á Fasis,
Y á los negros derriban
De Cólquide, no lejos
De donde Etas habita.

Allí por vez primera
La gloriosa Ciprina,
Que dardos amorosos
Agudísimos vibra,

Trae del excelso Olimpo
La tornasol pezpita,
Que á los hombres, afectos
Frenéticos inspira,

Y con indisolubles
Lazos, el ave liga
A la rueda, que en cuatro
Rayos, veloce gira;

Y enseña al sabio Esónides
Cantos y oracioncillas,
Cuyo mágico influjo
No hay fuerza que resista.

Harán tales encantos
Que Medea lo siga,
A sus deberes sorda
Y á los afectos de hija,

Y arda de ver á Grecia
En ansiedad tan viva,
Que su pasión la azote
Cual tempestad horrísona.

La reina inspírase
De amor tan tierno,
Que el arte quiere,
Con que el paterno
Lazo supere,
Dar á Jasón.

Mezcla un antídoto
Con suave aceite,
Que los dolores
Torna en deleite,
Y con mil flores
Forma una unción;

Y jura á Esónides
Que el himeneo,

De sus certámenes
Será el trofeo,
Y en cambio pídele
Su corazón.

Etas, al fuerte arado de adamante
Unce los bueyes de nariz ardiente.
Es su aliento de llama fulgurante;
Son sus pezuñas de metal luciente.
Sin sentir el ardor, sólo el gigante
El yugo pone á su inflamada frente,
Y la tierra al labrar, va tan violento
Que una yugada sulca en un momento.

«Que venga (exclama arrogante)
Y ejecute igual tarea,
El Rey, quienquiera que sea,
De ese bajel comandante.
»Será de sus pies alfombra
El celeste Vellocino,
Cuya lana de oro fino
A los mortales asombra.»

Del manto purpúreo Jasón se desnuda:
Y á Venus pidiendo y á Jove su ayuda,
Las áridas glebas empieza á labrar.
Merced á la maga su amante, no teme
Que el fuego de aquellas narices lo queme:
Sus filtros y mañas lo saben librar.

Arrastra el arado, forzudo y sereno,

Y pone á los toros el mágico freno,
Que sufre mugiendo la indómita grey.
Con vara punzante los urge sin tregua,
Y en breves instantes va, legua tras legua,
Abriendo los sulcos que impúsole el Rey.

Del joven las fuerzas observa con ira
Burlado el tirano, y oculto suspira,
Y apenas reprime su inmenso estupor.
La mano querida del jefe valiente
Los nautas estrechan; y ciñen su frente
Con hierbas, y elogian su inmenso valor.

Entonces la selva do fúlgida brilla
La piel que de Frixo cortó la cuchilla,
Indica á los héroes el hijo del Sol.
Abriga su pecho la infame esperanza
Que vana del joven será la pujanza,
Pasando la empresa por nuevo crisol.

En medio de un bosque de espesa maleza,
Terrífico monstruo, de inmunda cabeza
Y fauces horrendas, custodia el Vellón.
De remos cincuenta bajel bien armado
Angosto y pequeño juzgárase al lado
De aquel vigilante furioso dragón.

Mas ¿cómo dejo al estro que me lleve
Lejos de la trillada carretera?
¿Sus propias reglas á violar se atreve
Mi musa, para todos tan severa

Tornaré á mi deber por senda breve,
Y diré que con maña al fin supera
A la hórrida serpiente, de la nao
El divino Patrón ¡oh Arcesilao!

Con el dorado Vellocino, embarca
En el *Argo* á Medea, que perdida
De amores sigue al héroe; y del Monarca
De Jolcos, pone término á la vida.
Por el Índico Océano la barca
Llega á la isla de Lemnos; do homicida
Falange de viudas, á los Griegos
Cortés invita á funerales juegos.

Premio de sus espléndidas proezas
Son ellas mismas y el bordado manto.
En tierra extraña á relucir empiezas,
¡De Cirene real linaje santo!
¿Fué germen de tus ínclitas grandezas
De una noche ó de un día el dulce encanto?
Lo ignoro; mas en Lemnos el supremo
Tallo brotó del inmortal Eufemo.

La peregrina prole hasta Laconia
Sigue del padre la sagrada pista,
Y de Esparta conduce una colonia
A Tera (entonces *isla de Calista)*;
En ella la gentil prole Latonia
De Libia ordena la fatal conquista,
Y el trono da de la feliz Cirene
A raza ilustre que su pueblo ordene.

¡Óyeme, Arcesilao! y tu talento,
Que al mismo Edipo avergonzara, aviva.
¿Vistes acaso al roble corpulento
Cuyo alto tronco la segur derriba?
No torna á florecer; pero alimento
Da al invernal hogar, ó en él estriba,
Trasformado en columna, el arquitrabe
Que del templo sostiene la áurea nave.

Médico regio, Febo está contigo:
En las llagas, Señor, bálsamo vierte.
Trastorna la ciudad vil enemigo;
Mas restituir la paz, ni el varón fuerte
Podrá, si un Numen no le presta abrigo.
Gloria, fuerza, saber, te dió la suerte:
Sigue ¡oh Rey de Cirene venerando!
La dicha de tus súbditos labrando.

Pondera atento el inmortal axioma
Del grande Homero, que leer te agrada:
De hábil embajador el arte doma
Hasta la oposición más obstinada.
Mi musa ¡oh Rey! la libertad se toma
De llevarte benéfica embajada,
Y viene á interceder por Demofilo,
A quien mi Tebas hoy ofrece asilo.

De Bato sabe bien la casa regia
Y toda la Ciudad, de mi clïente
Cuál ha brillado la conducta egregia.
De joven es su brazo armipotente;

De viejo de cien años su estrategia:
Jamás su lengua ha sido maldiciente;
A odiar la sedición, y á ser amigo
De los virtuosos, le enseñó el castigo.

Lo que puede hacer hoy, su mano activa
No acostumbra dejar para manaña:
Sabe que la ocasión es fugitiva,
Y aunque no corre con pasión insana,
Cual esclavo, en su pos, nunca la esquiva.
A quien fué tal desde la edad temprana,
Considera, Señor, qué pena oprime
Hoy que tan lejos de la patria gime.

Al desdichado Numen semejante
Que sostiene las célicas regiones,
El destierro lo acosa, nuevo Atlante,
Privado de su patria y posesiones.
A los Titanes perdonó el Tonante.
¿Posible que su yerro no perdones?
¡Señor! El tiempo todo lo cancela:
Cesando el huracán, se cambia vela.

Por volver al hogar triste suspira,
Y por beber de la Apolínea fuente:
Odio su corazón ya no respira,
La enfermedad pasó; vida inocente
Quiere llevar, al eco de su lira.
Que torne á tu Ciudad ¡oh Rey! consiente.
Verás qué manantial de versos puros
Halló en tu honor, en los Tebanos muros.

ODA QUINTA.

AL MISMO ARCESILAO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

Es la Riqueza reina omnipotente
Cuando á pura virtud el hombre aduna
Oro copioso, de amistades fuente,
Merced á la fortuna.

Si corres tú tras suerte tan brillante
¡Divino Arcesilao! desde niño,
De Cástor, el del carro relumbrante,
Lo debes al cariño.

Él la invernal tormenta, desatada
Contra tu casa, tutelar conjura;
Y eterna paz á tu real morada
Benévolo asegura.

Maneja el sabio con temor la rienda
Del poder con que Jove lo bendice:
De la Justicia tú sigues la senda,
Y admírante felice:

Feliz, porque tu imperio reflorece;
Feliz, porque de tu alma la grandeza,
De tu gallardo rostro resplandece
En la gentil belleza.

Nuevamente feliz, porque en Pitona
Al conquistar el premio tus corceles,
Himnos gratos á Febo el coro entona
De tus vasallos fieles.

En Cirene, verjel de Citerea,
Al escuchar tu majestad el canto,
La primer causa de tu triunfo vea
En Jove sacrosanto;

Y sobre los magnates de tu corte
A Carroto distinga, que á la Excusa,
Hija de Epimeteo, por consorte
Siempre tomar rehusa.

La sabia Previsión, fruto divino
De Prometeo, á su brazo asida
Con él entró cuando á los lares vino
Del ínclito Batida.

No bien, volando en su veloce carro,
Llegó á beber de la Castalia fuente,
Y la corona conquistó bizarra
Que hora brilla en su frente.

Doce veces recorre en raudo giro
El consagrado circo. Intacta queda
La fuerte brida; ni romperse miro
Eje, arneses, ó rueda.

Integra, como el hábil artesano
La fabricó, de Crisa á la eminencia
La conduce, de Apolo soberano
A la áurea residencia,

Y ante la estatua que erigió devoto
El flechero Cretense, á fuerte viga
De pulido ciprés, ata Carroto
La dorada cuadriga.

A aquel ¡oh Rey! de quien honor recibes,
Tus favores prodiga agradecido.
¡Eres feliz, progenie de Alexibes,
De las Gracias querido!

Si la lid fué reñida, mis loores
Te erigirán eterno monumento:
A tu lado cuarenta conductores
Cayeron de su asiento.

Impávido salvando tu cuadriga,
Del circo vencedor tornas con ella;
Y hoy la llanura Líbica te abriga
Y tu Cirene bella.

Exento de reveses nadie ha sido
Ni lo será jamás. Arcesilao
Rige feliz, por Bato protegido,
Del Estado la nao.

Y ya calma le da, ya tempestades,
Su gran Progenitor: faro luciente
Es del extraño, y de sus mil ciudades
Baluarte armipotente.

Cuando su voz en la Africana arena
Sonó por vez primera, los leones
Huyeron, erizada la melena,
Del héroe y sus legiones.

Febo, de Bato y sus colonos guía,
Entre las fieras el terror mantiene,
Para que cumpla fiel su profecía
El Jefe de Cirene.

Febo, que de curar el célico arte
Enseñar á los hombres no rehusa;
Que ablanda al hijo del furioso Marte,
Y le da lira y musa.

Él del oráculo es Numen eximio,
Que á Argos envió, y á Pilos, y á Laconia,
Con los vástagos de Hércules y Egimio,
Poderosa colonia.

Que á Esparta alabe, de mi lira espera
El orbe todo. De ella mis abuelos,
Los Égidas, vinieron hasta Tera,
Por favor de los cielos.

Introdujo en Cirene hado propicio
De muchas hostias el banquete santo;
Y á Cirene, en el Carnio sacrificio
Consagramos un canto.

A Cirene, ciudad de altas murallas,
Que de Antenor á la progenie amiga,
Vencida, no domada, en cien batallas,
Hospitalaria abriga.

Al ver á su Ciudad presa del fuego,
Nueva patria á buscar en tierra ajena
Vinieron los Troyanos, con el Griego
Que recobró á su Helena.

Y á aquella raza de ínclitos jinetes,
Ofrece el pueblo que cruzó los mares
En las naves de Bato, mil banquetes
Y humeantes altares.

Los templos aumentó con mano pía
El Fundador; y á procesión devota
Abrió la ecuestre y empedrada vía
Que apellidó *Escirota.*

Recto conduce el cómodo camino
Del grande Bato hasta la tumba aislada,
Desde la selva al médico divino,
Apolo, consagrada.

Feliz en vida y adorado en muerte
Fué el semidiós; á cada rey espacio
Para su tumba, designó la suerte
Frente al real palacio;

Y llega hasta el oscuro monumento
El aroma del cántico, que baña
Como blanco rocío y suave ungüento
Del Rey la última hazaña:

Y á su espíritu da gran regocijo
La prez que á Arcesilao alta circunda;
Porque el renombre ó la virtud del hijo
En sus padres redunda.

Conviene al vencedor unirse al coro
Y celebrar á Febo: la corona,
Premio de sus trabajos y de su oro,
El le donó en Pitona.

Alaban á mi Rey propios y extraños,
Y lo que de él pregono ¿quién no sabe?
Es superior á sus contados años
Su mente recta y grave.

De la alígera grey ninguno puede
Al águila quitar la preeminencia:
Así de Arcesilao todo cede
Al valor y elocuencia.

En la guerra invencible balüarte,
Con las Musas jugó desde la cuna.
Es auriga sin par; y amor al arte
A gran pujanza aduna.

Tino en obrar, en el consejo acierto,
Dadle desde hoy ¡Saturnios inmortales!
El fruto de sus glorias nunca yerto
Dejen los vendavales.

Rige de Jove la alta providencia
A hombres y celestiales moradores:
¡De Bato insigne dé á la descendencia
Las Olímpicas flores!

ODA SEXTA.

Á XENÓCRATES DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Oídme! De Venus la de ojos sin par
Y las divas Gracias el campo fecundo,
De Apolo en el templo, que es centro del mundo,
Con Píticos himnos me apresto á labrar.
A los Emenidas ofrece en su altar,
Y á tu ilustre padre, y al claro Agrigento,
De ricos cantares tesoro opulento,
La selva sagrada del Dios tutelar.

Ni fiera tormenta. ni el recio huracán
Que en la húmeda playa revuelve la arena,
Ni el que entre las nubes en invierno truena
Terrífico rayo, romperlo podrán.

Con fúlgida frente los himnos saldrán,
Y á aquel de quien eres progenie y auriga,
Darán fama eterna: venció su cuadriga
¡Oh buen Trasibulo! merced á tu afán.

Al padre tu diestra cedió el galardón.
Las máximas sigues que, en años pueriles,
Allá en las montañas al huérfano Aquiles
Legara el austero Centauro Quirón.
A Jove supremo, deidad de quien son
Esclavos el trueno y el rayo, venera.
Iguales honores tu pecho no quiera
Rehusar á tus padres:—tal fué su lección.

Antiguo modelo de afecto filial,
La sangre en la guerra por su padre vierte
Antíloco el bravo: Memnón le da muerte,
De Etiópicas huestes feroz general.
La flecha de Paris hirió al animal
Del carro de Néstor; detiénese el potro;
Ya amaga al anciano la lanza del otro;
Ya á Antíloco llama la voz paternal.

Los gritos de Néstor no apaga el tropel,
Y el hijo lo salva, sin vida cayendo.
¡De amor y coraje prodigio estupendo
Que eterno renombre conquista al doncel!
Si entre los antiguos no conoce aquél
Igual por su santa filial reverencia,
De la edad presente la justa sentencia
Donó á Trasibulo la palma y laurel.

Sin lujo ni orgullo, con noble esplendor,
De Terón á ejemplo, su regio pariente,
Sus grandes riquezas maneja prudente;
Las Musas cultiva con tenaz ardor.
¡Neptuno, de potros primer domador!
¿Quién hay que en el circo más diestro te imite?
Tan suave es su trato, que en lauto convite
Abeja parece de grato dulzor.

ODA SÉPTIMA.

Á MEGACLES DE ATENAS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

De Alcmeón al gran vástago canto,
Que corceles maneja robusto:
A la espléndida Atenas es justo
De mi canto por base poner.
Qué familia, qué patria más noble
Ostentar pueda Grecia no veo,
Que la ilustre ciudad de Erecteo,
Cuya fama se extiende doquier.

Construyeron sus hijos á Apolo
Rico templo en la diva Pitona.
La de Jove preciosa corona,
Que en Olimpia supieron ganar;

Y de Cirra los dos; y las cinco
Que en el Istmo adornaron las frentes
¡Oh Megacles! de tí y tus parientes,
Hoy me mueven la lira á pulsar.

Al saber tu reciente victoria
Me inundó celestial regocijo:
De mirar solamente me aflijo
Que la Envidia te sigue tenaz.
Pero enseña la triste experiencia,
Que aun en medio á la dicha más pura,
Viene siempre fatal desventura
A turbar de los hombres la paz.

ODA OCTAVA.

Á ARISTOMENES DE EGINA,

LUCHADOR.

¡Oh Paz, hija divina
De la Justicia, cuya augusta mente
A la bondad se inclina;
Para los pueblos de riquezas fuente,
Que las supremas llaves
Tienes de guerras y consejos graves!

La espléndida corona
Que rendido te ofrece Aristomenes,
Y que alcanzó en Pitona,
Recibe ¡oh Diosa! pues á dicha tienes,
Según las ocasiones,
Distribuir y aceptar preciosos dones.

Si turba sediciosa
Se atreve á dirigirte golpe rudo,
Le opones valerosa
Brillante acero y refulgente escudo;
Y sumergirla sabe
Tu diestra, en la sentina de tu nave.

Ignoraba Porfirio,
A Jove al desafiar, que tus estancias
Asaltar, es delirio.
Asegura pacíficas ganancias
Voluntario presente:
El crimen precipita al más valiente.

Ni Tifón de Cilicia,
Monstruo de cien cabezas arrogantes,
Huir de la injusticia
Pudo, ni el mismo Rey de los Gigantes.
El rayo al uno hiere:
Con las flechas de Apolo el otro muere.

Apolo, á quien el arco
De blanca plata refulgente adorna,
Al hijo de Xenarco
Abre los brazos; que de Cirra torna
Coronado de flores
Del Parnaso, y de Dóricos honores.

A las Gracias ajena
La Isla no es, en verdad, de cuyas leyes
La fama el mundo llena.

La alta virtud de sus gloriosos reyes
(De Eaco raza ilustre)
Desde el principio le prestó su lustre.

Madre y nutriz preclara
De vencedores mil, bien en combates,
Bien en juegos, declara
La dulce voz de innumerables vates
De Egina á la isla bella,
Que entre los hombres sin igual descuella.

¡Ay infeliz! No puedo
Sus glorias celebrar á mi albedrío.
¡Oh lira! Tengo miedo
Con largos himnos de causar hastío.
Lo que mis pies delante
Tienen, corriendo bastará que cante.

Tu victoria reciente,
De tu patria feliz timbre postrero,
¡Heroico adolescente!
Haré que vuele por el orbe enterò.
En la lucha los bríos
Imitas ya, de tus maternos tíos.

A Teogneto, Olimpia
Miró vencer, y el Istmo á Clitomajo:
No empaña, no, su limpia
Fama ¡oh garzón! tu atlético trabajo;
Y de los Midilides
El nombre acrecen tus primeras lides.

En tí cumplirse veo
El vaticinio del fecundo labio
Del gran hijo de Oicleo.
Vengando de sus padres el agravio
Con Argivas legiones,
Frente á Tebas miró á los Epigones.

«Valor (el vate dijo)
Que Natura infundió, por regla cierta
Pasa del padre al hijo.
El primero de Cadmo ante la puerta
Que es Alcmeón no dudo:
¡El fúlgido dragón ved en su escudo!

»Si en el cerco primero
Por su derrota esotro llanto vierte,
Hoy pájaro agorero
Le ofrece en el segundo mejor suerte.
Mas ¡ay! día nefasto
Aguarda en casa al valeroso Adrasto.

»Verá á todos ilesos,
Y él solo entre el ejército asaltante,
Conducirá los huesos
De su hijo muerto á la ciudad de Abante.»
Tal fué el agüero oscuro
Que hizo Anfiarao ante el Tebano muro.

De gozo rebosando,
Coronas mil en el camino arrojo
De Alcmeón venerando,

Y con himnos dulcísimos lo mojo.
De mi casa vecino,
Es de mis bienes guardador divino.

Cuando al famoso Centro
De la tierra, poco ha me dirigía,
Él me salió al encuentro;
Y, heredero del don de profecía
Que honró á su padre tanto,
Me anunció la victoria que hora canto.

¡Oh Flechador celeste,
Que munífico imperas de Pitona
En el recinto agreste!
Allí le diste tu mejor corona.
Te debe ya otras muchas:
En su patria lidió tus *cinco-luchas*.

Los himnos que mi lira
A cada vencedor consagra tierna,
¡Oh Dios! propicio mira;
Que en ellos luce la verdad eterna.
¡Oh Xenarco! Tu casa
Enriquezcan los Númenes sin tasa.

Quien de rico se precia,
Y limpia de sudor muestra la frente,
Ante la turba necia
Podrá pasar por hombre inteligente.
¡Cuánto el vulgo se engaña
Al atribuirlo á su saber y maña!

No llega á tanto el arte
De los mortales. Dios con mano santa
Las riquezas reparte;
Y mientras á unos hasta el sol levanta,
Su medida exquisita
En los abismos á otros precipita.

Megara, Maratona,
Y en tu patria de Juno la palestra,
Con tríplice corona
Premiaron ¡oh garzón! tu fuerte diestra.
Nuevo laurel conquistas
Cayendo sobre cuatro antagonistas.

¡De Pitona cuán triste
Es para el derrotado la salida!
Ni de gala se viste,
Ni sonríe su madre dolorida;
Y evita las miradas
El infeliz, por calles excusadas.

No así el afortunado
Cuyas sienes ornó nueva victoria:
Emprende entusiasmado
Vuelo sublime, en alas de la gloria;
Sólo aspira á la fama,
Y ni riquezas ni placeres ama.

Mas ¡ay! si en un instante
Nuestro carro triunfal eleva al cielo,
En otro la inconstante

Suerte lo rompe y lo derriba al suelo.
El hombre es flor de un día:
¿Qué soy? ¿ó qué no soy? ¿quién me diría?

Sombras somos: ¿qué digo?
De sombra fugitiva sueño vano;
Mas si Jove el abrigo
Nos presta de su manto soberano,
Aureola esplendente
Dorará nuestra vida eternamente.

¡Oh madre amada, Egina!
De tu isla fiel la libertad escuda.
La frente ¡oh Jove! inclina.
¡Peleo, Telamón! prestadme ayuda.
Protegerla se digne
Con Aquiles veloz, Éaco insigne.

ODA NOVENA.

Á TELESICRATES DE CIRENE,

CORREDOR ARMADO.

De victorias insignes pregonero,
Si las Gracias de espléndida hermosura
Me ayudan, celebrar el triunfo quiero

Que, cubierto de fúlgida armadura,
Telesicrates alcanzó en Pitona.
¿Quién igualar pudiera su ventura?

¡Prez de Cirene! que nutriz pregona
De corceles, la fama, y ninfa bella
Que amada fué del hijo de Latona.

Del Pelio al corazón siguió su huella
El blondo Numen, y en su carro de oro
Arrebató á la rústica doncella;

Y dueña augusta la hizo del tesoro
Que en frutos y ganado Libia encierra,
Del vasto continente honra y decoro.

Venus ofrece hospitalaria tierra
Al Delio peregrino; y la cuadriga
Con su argentada mano dulce aferra.

En cámara nupcial á Apolo abriga,
Y manda á presidir á su himeneo
A la Modestia, del Amor amiga.

Lo enlaza á la gentil hija de Hipseo,
De los Lápitas rey, nieto valiente
Del Océano, y prole de Peneo.

La Náyade Creúsa, descendiente
De la Tierra, del Pindo en el regazo
Dió á luz, del Mar al vástago potente.

Él educó á Cirene, cuyo brazo
De nieve parecía, y desdeñaba
De infantil amistad el dulce lazo.

El telar mujeril la fastidiaba,
Y era su gusto el perseguir las fieras
Con el venablo ó la preñada aljaba.

Y tranquila, merced á las certeras
Saetas de la bella cazadora,
La grey paterna erraba en las praderas.

Y el sueño, que los párpados devora
De mil y mil, la acariciaba sólo
Breves instantes, y al rayar la aurora.

Con su rico carcaj el alto polo
Al recorrer, con un león la mira
Luchar inerme el flechador Apolo.

Lidia la virgen sola: el dios admira
Su intrepidez, y á la mansión paterna
Corre á llamar al hijo de Filira.

«Deja ¡oh Quirón! (le dice) tu caverna:
La grande fuerza y el valor sublime
Ven á admirar de aquella niña tierna.

»¡Cómo á la fiera irresistible oprime!
Su invicto corazón no abriga miedo.
¿Qué padre la engendró? ¿qué madre? díme.

»¿Quién la trajo á estas selvas? Su denuedo
Mira, y responde: ¿mi divina mano
Poner de grado ó fuerza en ella puedo?»

Con sonrisa benévola el anciano
Centauro preceptor, consejos graves
Dirige á su pupilo soberano.

«Del santo amor las escondidas llaves
Tiene (le dice) la gentil Prudencia,
Y no la fuerza: ¡oh Febo! bien lo sabes.

»Ganar un corazón por la violencia,
Es medio que reprueba juntamente
De mortales y Númenes la ciencia.

»Te ha sugerido la pasión naciente
El que acabo de oir, cortés lenguaje;
Que tu deidad engaño no consiente.

»¿De la virgen preguntas el linaje,
¡Oh Dios! tú que conoces cada vía
Al principio y al fin de nuestro viaje?

»Cuantas arenas, de la mar bravía
Agita el viento en la árida ribera,
Y cada arroyo en sus arenas cría;

»Cuantas hojas produce en primavera
El fértil suelo; cuanto arcano esconde
Con la presente edad la venidera,

»Todo lo sabes ¡oh Señor! ¿Adónde
Tu ojo no penetró? Mas, por ventura,
Si agorar junto á tí me corresponde,

»Escucha, ¡Rey de vates! La dulzura
De conyugales lazos, has venido
A gustar, de este valle en la espesura.

»De doncella sin par feliz marido,
Con ella cruzarás los anchos mares
Hasta el jardín de Júpiter florido.

»Allí, por valerosos insulares
Verás alzarse en cándida colina
De opulenta ciudad muros y altares.

»Su reina ella será. Libia divina
A tu ninfa abrirá las áureas puertas
De su regia morada peregrina.

»Terrenos le dará de lindes ciertas,
Con fieras en sus selvas espaciosas
Y frutas abundantes en sus huertas.

»Allí te dará un hijo; á las hermosas
Horas, Mercurio conducirlo debe,
Y á la tierra de faldas anchurosas.

»A la materna leche, néctar leve,
Sustituirán; y célica ambrosía
Al venturoso infante harán que pruebe.

»Así será inmortal; si la jauría
Lleva, lo adorarán cual Jove Agreo;
Cual Febo Nomio, si rebaños guía:

»Y su nombre habitual será Aristeo.»
El vaticinio muévelo á que encienda
La suspirada antorcha de himeneo.

Cuando lo quiere un dios, breve es la senda.
El mismo día salva la distancia,
Y al punto rompe la virgínea venda.

De oro es el lecho y conyugal estancia
Que Libia en su ciudad les proporciona,
Célebre por sus juegos y abundancia.

¡Oh Cirene feliz! Nueva corona
Hoy te conquista el hijo de Carniades,
Vencedor en el circo de Pitona.

Cuando á tu seno torne, ¡oh de ciudades
Reina, cuyas bellísimas mujeres
Te dieron prez en todas las edades!

Recíbelo con triunfos y placeres;
Que la gloria que en Delfos te asegura,
Merece bien cuanto por él hicieres.

Elogiar no conviene con premura
Grandes hazañas; mas en breves frases
Tratar muchos asuntos, es cordura.

Sin aferrar ¡oh Musa! *nunca pases*
La propicia ocasión; principio eterno
De que Yolao fiel sentó las bases.

La amurallada Tebas, del Infierno
Salir lo vió; y aprovechar el día
Que pudo abandonar el negro Averno.

Su agudo acero, la cabeza impía
Separó de Euristeo; y al instante
Tornó á bajar á la región umbría.

Reposa ahora el paladín triunfante
En el sepulcro de Anfitrión, su abuelo,
De la cuadriga conductor brillante.

En la Ciudad de Cadmo, cuyo suelo
Huella de blancos potros noble raza,
Desterrado encontró techo y consuelo.

El rico pueblo, que su origen traza
Desde el dragón y los sembrados dientes,
Allí á Anfitrión hospitalario abraza.

De él y de Jove esposa, á dos valientes
Mellizos, en un parto, la existencia
Alcmena dió, modelo de prudentes.

Falto de voz ó presa de demencia
Es el que no consagra á todas horas
A Alcides, de sus versos la cadencia;

Quien no canta las aguas bullidoras
De Dirce; que con Ificles su hermano
Al semidiós nutrieron salvadoras.

Mi lira les dedico; que no es vano
Mi voto, si propicio me ilumina
El coro de las Gracias soberano.

Pues ya tres veces alcanzó en Egina
Renombre á su ciudad, Telesicrates,
Y de Niso en la célebre colina,

No callarán á la verdad los vates
Su alto valor; lo elogie el partidario
Lo mismo que el vencido en los combates.

Si lo merece, alaba á tu adversario
Con todo el corazón, dijo Nereo:
¡Oid al viejo Dios hospitalario!

¡Heroico vencedor! Más de un trofeo
De Palas en la arena polvorosa
Cada cinco años conquistar te veo.

Clavando en tí los ojos silenciosa,
Piensa más de una madre: *¡Fuera mi hijo!*
Más de una virgen: *¡Fuera yo su esposa!*

En Olimpia te ví con regocijo
Triunfar, y en los certámenes de Rhea:
Allá en tu patria vencerás de fijo.

Ansioso de apagar mi sed pimplea,
De tus antepasados la alabanza
Quieren que el fin de mis cantares sea.

Cumpliré mi deber.—Con la esperanza
De conquistar de Barce los favores
Hueste de novios hasta Irasa avanza.

Prodigio de beldad, mil amadores
De Anteo en la ciudad piden su mano,
Y de extranjeros reinos mil señores.

Pero queriendo el Príncipe Africano
Para su hija encontrar mejor partido,
Que dé lustre á su cetro soberano,

Recuerda de Danao, el atrevido
Proyecto, con que en Argos á cuarenta
Y ocho doncellas consiguió marido:

Tras la meta á las vírgenes asienta,
Y cual premio, á los próceres amantes,
De rápida carrera, las presenta.

La lucha fué brevísima; y aun antes
De mediodía, esposas eran todas.—
Del Libio son las leyes semejantes.

Pone, imitando las Argivas modas,
A la adorada virgen en la meta:
«¿De mi Barce queréis las regias bodas?»

(Dice de amantes á la turba inquieta.)
«Veamos quién al fin llega primero
»Y su virgínea túnica sujeta.»

El estadio larguísimo, ligero
Recorre Alexidamo; y de su amada
La dulce mano toma placentero.

A la hueste de Nómades formada
La presenta feliz; y hojas y flores
Cubren á la pareja afortunada.

¡No son del primer triunfo los honores!

ODA DECIMA.

Á HIPOCLES DE TESALIA,

CORREDOR EN EL ESTADIO DOBLE.

¡Feliz Lacedemonia, venturosa
Tesalia! A ambas á dos del gran Alcides,
El Príncipe de atletas y adalides,
Gobierna la progenie poderosa.

¿No es hora de ensalzar tales grandezas?
¡Qué! Ya me llama el Pítico trofeo,
Y los hijos de Aleva y Pelineo
A celebrar de Hipocles las proezas.

Con los jóvenes lucha en el gimnasio,
Y hoy vencedor en la carrera doble
Lo aclama, de Anfictiones ante el noble
Concejo, el celestial valle Parnasio.

Son para el hombre las empresas bellas
Al principio y al fin, si un dios lo mueve.
¡Apolo! A tu socorro el triunfo debe,
Y á haber seguido las paternas huellas.

De armadura marcial cubierto Fricias,
Dos lauros en Olimpia ganar pudo:
De la Victoria recibió desnudo
En los llanos de Cirra las caricias.

Su hacienda y esplendor en adelante
Aumente la Fortuna; y en los juegos,
Delicia y prez de los robustos Griegos,
De uno y otro el valor salga triunfante.

Envidiosa deidad no los persiga
Con inicuas mudanzas y vaivenes;
Favorables los Númenes, de bienes
Colmen su dulce hogar, con mano amiga.

¡Feliz el hombre que en veloz carrera
Alcanza, ó en atléticos combates,
Premios insignes! Cantarán los vates
Brazo tan fuerte, planta tan ligera.

¡Feliz si vive hasta mirar la frente
De su hijo tierno con laurel ornada
Del Pitio circo! ¿Qué le falta? Nada.
Para escalar el cielo es impotente.

Hasta el límite extremo de ventura
Que al hombre es dado ver, llegó su nave:
Ni á pie ni en barca en lo posible cabe
Del Hiperbóreo ver la tierra oscura.

Sólo Perseo consumó la empresa
De entrar de aquella gente á los hogares;
Cien jumentos sin tacha en los altares
Los vió inmolar, y se sentó á su mesa.

Deleitan sus festines y canciones
A Apolo, que les fué siempre propicio;
Le hacen reir, al ver el sacrificio,
Del lozano animal las contorsiones.

A aquel pueblo la Musa no es extraña;
Doquier se miran coros de doncellas
Y mancebos, girar en danzas bellas
Que la flauta ó la cítara acompaña.

De dorado laurel ciñen la frente;
Se gozan en opíparos convites;
Ignoran de la guerra los embites:
Nunca los hiere Némesis furente.

Sagrada raza, ni vejez la enerva,
Ni de dolencias víctima decae:
Impertérrito el hijo de Danae
Allí arribó, llevado por Minerva.

La cabeza, del tronco separada,
De la Górgona audaz mostró á la isleña
Criminal gente; que trocóse en peña
Al verla de serpientes erizada.

En prodigios mi mente no rehusa
Creer: los obra Júpiter supremo.—
Presto el áncora arroja y alza el remo:
Salva mi nave del escollo, ¡oh Musa!

Al formar la abejilla sus panales
De una flor á otra flor revuela inquieta.
¿Qué mucho si doquier liba el poeta
La miel para sus cánticos triunfales?

Que á orillas del Tesálico Peneo,
Los habitantes de la bella Efira
Repitan los acordes de mi lira
De Hipocles en honor, es mi deseo.

Así tendrá más lustre su victoria;
Lo admirarán iguales y mayores:
Las vírgenes cantando sus loores
Partícipes serán de su alta gloria.

Gusto diverso á los mortales mueve:
De su ambición quien alcanzó el objeto,
Entre los brazos téngalo sujeto.
¿Quién lo futuro á predecir se atreve?

Yo de Torace en el amor confío,
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga
De las Musas me puso en la cuadriga
Con ardor exigiendo el canto mío.

Prueba Lidio crisol cariño y oro.
¡Ah! Dejad que salude á sus hermanos,
De la Tesalia insignes soberanos,
Y del suelo natal honra y decoro.

ODA UNDÉCIMA.

Á TRASIDEO DE TEBAS,

JOVEN CORREDOR EN EL ESTADIO.

Venid, hijas sagradas
De Cadmo y de Harmonía:
¡Semele! tú que un día
El Olimpo lograstes escalar;
Y tú, que Leucotea
Hoy te apellidas ¡Ino!
Y el alcázar marino
De las Nereidas bajas á habitar.

De Hércules con la augusta
Madre favorecida,
De Melia á la escondida
Mansión de ricos trípodes volad.

Como á ninguna, Apolo
Con sus gracias la llena:
La ha apellidado *Ismena*
Y es trono de fatídica verdad.

¡Oh coro de heroínas!
Allí os convoco ahora,
A Temis protectora
Al caer de la tarde á celebrar;
Y ganaréis de Tebas
Y Cirra los favores,
De Delfos los loores
(Gran Centro de la tierra) al entonar.

Las glorias de su raza
Renueva Trasideo,
Hoy que el tercer trofeo
De sus abuelos lleva á la mansión.
De su victoria, el fértil
Campo ha sido testigo,
De Pilades, que amigo
Y huésped fué de Orestes el Lacón.

¡Afortunado Orestes!
A la sangrienta diestra
De la ímpia Clitemnestra
Su nodriza Arsinoe lo ocultó,
Cuando el puñal agudo
De la feroce madre,
A Agamenón su padre
Y á Casandra, en el Orco sepultó.

¿Acaso de Ifigenia
La inmolación tirana
En la orilla lejana
Del Euripo, moviera su furor?
¿O del marido ausente,
Cayó en ajenos brazos?...
Manchan vedados lazos
De la recién casada el limpio honor.

¡Ay! Ocultar no puede
La adúltera su mengua;
Del vulgo la atroz lengua
Por publicar las culpas tiene afán.
A su opulencia, envidia
Igual, el grande aduna.
Los de inferior fortuna
Contra el rico en silencio rugirán.

Al regresar á Amicla
Atrida halló la muerte,
Y á su funesta suerte
A la adivina Virgen arrastró.
Venía con su nave
De los despojos llena
Que por causa de Helena,
A la incendiada Troya arrebató.

En la del viejo Estrofio
Hospitalaria estancia
Pasó la tierna infancia
El niño Orestes, del Parnaso al pie;

Y más tarde la muerte
Hizo pagar, de Atrida,
A Egisto con la vida,
Y de su madre infiel verdugo fué.

¿Mas dónde estoy, amigos?
Ved que calle extraviada
Tomé en la encrucijada,
Y la primera dirección perdí.
Como á ligero esquife
Que la brisa más leve
Fuera del rumbo mueve,
Así la inspiración me agita á mí.

¡Oh Musa! si vendieras
Por oro tus encantos,
Tus alquilados cantos
Pudieras dirigir aquí ó allá;
Mas hoy, las Pitias glorias
Loar de Trasideo
Y su padre deseo,
Y tu voz á ellos sólo cantará.

En la Olímpica arena
Espléndidos laureles
Ellos, y los corceles
De sus carros, lograron alcanzar.
Bajaron de Pitona
Al estadio desnudo;
Y ningún Griego pudo
Su planta velocísima igualar.

Los ínclitos favores
De los Dioses admiro;
Pero tan sólo aspiro
A lo posible, en mi robusta edad.
Dicha durable, sólo
Da honrada medianía:
Por ella cambiaría
Aun el trono de mi ínclita ciudad.

A modestas empresas
Y virtudes me entrego:
Al envidioso, el fuego
De su propia pasión consume al fin.
Feliz el ciudadano
Que vive en grata holganza;
Que alto renombre alcanza
Y evita noble la insolencia ruin.

Cuando sus ojos cierre
La Parca tenebrosa,
De tal varón, preciosa
La muerte misma el mundo juzgará;
Y á su querida prole
Y dulce descendencia,
La más preciada herencia,
Que es un nombre glorioso, legará.

¡Ifíclides Yolao!
La fama ya te canta,
Y al éter os levanta,
¡Cástor divino, Pólux sin rival!

¡Salud, de Jove y Leda
Perínclitos Gemelos,
Que hoy moráis en los cielos
Y mañana en Terapne la infernal.

ODA DUODÉCIMA.

Á MIDAS DE AGRIGENTO,

FLAUTISTA.

¡Oh la más bella que al mortal hospeda
Ciudad ilustre! Tú, de Proserpina
Sede divina, de brillar amante,
Oye mi ruego.

Tú, cuya frente se alza en las riberas
Del Agrigento, ricas en ganado,
Sobre collado que gigante muro
Fuente circunda:

Esta que á Midas en el Pitio circo
De hombres y Dioses el favor hoy dona,
Verde corona, recibir propicia
Dígnate, Reina.

Y abre los brazos al varón insigne
Que á los flautistas vencedor supera,
Que Grecia entera á conquistar envía
Délfico lauro,

En aquel arte, creación de Palas,
Cuando la Diosa remedar el llanto,
Con flébil canto, de las tres audaces
Górgonas quiso:

Triste lamento, que en variadas notas
Las feas bocas de hórridas serpientes
Sobre sus frentes (cabellera horrible)
Hondo exhalaron,

Y el ronco pecho de las almas ninfas;
El día infausto que á la hermana bella
Cruel degüella del audaz Perseo
La ínclita mano.

¡Ay! ¡Cuánto duelo su fatal venganza,
A tí, Serifo, que la mar rodea,
Ruda acarrea, y al que tú sostienes
Bárbaro pueblo!

Cae la cabeza de Medusa hermosa,
Y ante sus yertos, húmedos despojos,
Los claros ojos de las divas hijas
Ciega, de Forcis.

De Polidectes al nupcial banquete
El rojo cráneo, cual feroz trofeo,
Lleva Perseo; y en amargo luto
Trueca la fiesta,

Y de su madre los pesados hierros
Piadoso rompe; y el forzado enlace
Justo deshace de Danae el hijo,
¡Prole divina!

Cuenta la fama que de lluvia de oro
Nació sin padre: protegióle Palas,
Bajo sus alas consumando el héroe
Grandes proezas.

Libre de riesgos viéndolo la Virgen,
Para su nuevo músico instrumento
Vario concento de estridentes notas
Dulce compone;

Y con la flauta, los agudos ayes
Que la garganta vierte de Euriala
Mágica iguala. ¡Salve, oh de Minerva
Útil invento!

A los mortales dándolo la Diosa
Nombre le impuso, que el recuerdo vivo
Guarde festivo, de las cien cabezas
De áspides fieros;

Y hoy á los juegos y á la lid sangrienta
Llama á los pueblos el concento blando,
Tenue pasando por el bronce que une
Débiles cañas.

Cañas, de danzas plácidos testigos,
Y que en el bosque del Cefiso ameno,
Cabe Orcomeno (de la Gracias villa)
Crecen lozanas.

¿Quién las espaldas, si á la dicha aspira,
A los trabajos volverá cobarde?
Dios en la tarde calmará las penas
Que hora lo abruman.

No cede el Hado; mas apenas deja
A los mortales la última esperanza,
Nueva bonanza los perdidos bienes
Fácil resarce.

ODAS NEMEAS.

ODA PRIMERA.

Á CROMIO ETNEO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Vástago de la noble Siracusa,
Ortigia sacra, que reposo á Alfeo
Diste cuando corrió tras Aretusa!
Los rápidos corceles, que el Nemeo
Triunfo obtuvieron, cantará mi musa;
Y á Cromio al celebrar, y á Jove Etneo,
Empezaré por tí, cuna de Diana,
Y de la errante Delos bella hermana.

Merced á su cuadriga vencedora
(Del valiente garzón primera prueba)
De los Dioses la mano protectora
De la gloria á la cúspide lo lleva.

¡Oh Musa, del combate admiradora!
Con espléndido canto al cielo eleva
La que asignó por dote á Proserpina
El Señor del Olimpo, isla divina.

Agitando la excelsa cabellera,
De la fértil Sicilia hacerla jura
Reina, y de sus ciudades la primera;
Y un pueblo á quien deleita la armadura,
Y el corcel de batalla, y la carrera,
También le da, que cifra su ventura
En las coronas de oro, oliva y flores,
Premio de los Olímpicos sudores.

Es sublime el encomio, pero justo,
Y elevaré cual nunca mis canciones
Hoy, que banquete de exquisito gusto
Me aguarda en los espléndidos salones
Que abre á huéspedes mil prócer augusto.
Modelo de magnánimos varones,
El fuego de mordaz maledicencia
Con agua extingue de gentil clemencia.

Orna á cada mortal don diferente:
Si á la gloria llegar quieres derecho,
Sigue la inclinación que tu alma siente.
Requiere el lidiador robusto pecho,
Y el gobernante previsora mente,
Que del futuro tiempo esté en acecho.
En tí vigor y previsión aduna,
¡Hijo de Agesidamo! la fortuna.

Que no oculte jamás (al cielo plegue)
En mis arcas inútiles riquezas;
Favores al amigo nunca niegue
Mi mano, á ejemplo tuyo; y mis larguezas
A tanto suban, que mi fama llegue
A la alta cumbre que á escalar empiezas;
Que á todo pecho emprendedor alcanza
De cubrirse de gloria la esperanza.

Tu primera victoria es buen agüero
De más gloriosas y mayores lides.
¡Cromio feliz! Vaticinarte quiero
Tu futuro esplendor, nuevo Everides;
Y en dulce verso narraré el primero
Triunfo que obtuvo el pequeñuelo Alcides,
Al ver la luz, con su gemelo hermano,
El vástago de Jove soberano.

Juno lo ve desde su regio asiento,
En cuna de oro y cándidos pañales.
La devoran los celos, y al momento
La Reina de los Dioses inmortales
Dos dragones envía: al aposento
Penetran por los fáciles umbrales,
A los niños terríficos enlazan,
Y vivos engullirlos amenazan.

Con la cabeza erguida se levanta
Hércules, y hace su primer ensayo,
A ambas sierpes asiendo la garganta
Con tanta fuerza, que letal desmayo

De los dragones el furor quebranta
Hasta morir. Cual subitáneo rayo
Entra el terror, y á las esclavas llena,
Que al lecho velan de la bella Alcmena.

Ella sale también, aunque desnuda,
Del lecho, y á los monstruos se abalanza;
Un Tebano escuadrón viene en su ayuda,
Armados todos con loriga y lanza:
Su acero esgrime, víctima de aguda
Pena Anfitrión, y á su cabeza avanza;
Que el propio luto nos desgarra el seno,
Aunque pronto olvidamos el ajeno.

Terror y admiración el padre siente
Al ver tanto valor, y tan extraña
Fuerza en un niño; el cielo así clemente
Del anuncio fatal lo desengaña.
Al Profeta de Jove omnipotente,
Que lee lo porvenir en cada entraña
De las aves, Tiresias su vecino,
Llama Anfitrión, y acude el Adivino.

A la Tebana multitud, que atenta
Escucha el vaticinio, las gloriosas
Penas, y hazañas del infante cuenta.
Cuántas, en tierra, fieras perniciosas
Su invicta mano domará sangrienta,
Y cuántas en las ondas borrascosas;
A qué malvados de la raza humana
Justiciero dará muerte temprana:

Todo el vate narró. De los Gigantes
Predice, y de los Númenes la guerra:
Hércules, con sus flechas penetrantes
A lós monstruos hará morder la tierra
En los campos de Flegra. Tras brillantes
Proezas, su carrera al fin se cierra
Yendo entre los celestes moradores
El premio á recoger de sus labores.

Perpetua paz y dicha sempiterna
Allí le aguarda, y eternal reposo:
Se enlazará con Hebe, virgen tierna
De juventud perenne y rostro hermoso;
En la dorada habitación paterna
Hará el nupcial banquete suntüoso,
Y de Saturnio Júpiter al lado
Vivirá, de los Númenes amado.

ODA SEGÚNDA.

Á TIMODEMO DE ATENAS,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Es ley de los Homéridas
Armónicos cantores,
De Júpiter Olímpico
Siempre con los loores,
Sus dulces himnos épicos
Devotos empezar.

El héroe de mi cántico,
Así el primer trofeo
Obtiene en los certámenes
Sagrados del Nemeo
Bosque, do reina Júpiter
Cual Numen tutelar.

Si por la senda plácida
Sin vacilar camina,
Que hizo á su padre célebre;
Y el Hado lo destina
A ser de Atenas bélica
Decoro y esplendor,

Que vencerá en los Ístmicos
Combates yo le auguro:
Y aun en la arena Pítica
Aguarda de seguro
De Timonóo al Vástago;
La codiciada flor.

Orión así á las Pléyades
Siempre á seguir se inclina;
Sabe formar intrépidos
Guerreros Salamina:
De Ayax el brazo indómito
Héctor en Troya vió.

¡Oh Timodemo! Gózome
De ver crecer tu gloria
Con nueva hazaña atlética:
Narra la antigua historia
Que Arcania hijos magnánimos
A Grecia siempre dió.

Jamás un Timodémida
Saltó á la arena ardiente,
Sin que laurel espléndido

Ciñera su alba frente.
Cuatro al Parnaso altísimo
Tus padres deben ya.

Al pie de aquellos ásperos
Montes, en cuyas faldas
Salió triunfante Pélope,
Hasta hoy ocho guirnaldas
De los Corintios ínclitos
La decisión les da.

En Nemea su mérito
Ha conquistado siete.
¿Quién computar el número
De lauros acomete,
Que en los juegos de Egíoco
Les diera su Ciudad?

¡Cantad, hijos del Atica,
Hoy que al nativo puerto
De flores honoríficas
Torna el joven cubierto:
Mil himnos eucarísticos
A Júpiter cantad!

ODA TERCERA.

Á ARISTOCLIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Ven ¡oh Musa divina!
Escucha ¡oh Madre! mis ardientes ruegos,
Y baja á la isla Dórica de Egina,
La hospitalaria, en este mes famoso
Que santifican los Nemeos juegos.
En las riberas del Asopo undoso,
De jóvenes cantores
Dulce coro te aguarda numeroso,
Que por oír ansía
De tu celeste voz la melodía.
Con los mismos honores
Hechos diversos compensar no es justo;
Y el mejor galardón á la victoria

Del luchador robusto,
Es el canto de gloria
Que acompaña á virtudes eminentes,
Y se complace en coronar las frentes.

Concede á mis sudores
De este canto gentil grande abundancia;
Y tú, que eres su prole, himno sonoro
Entona á Jove, que elevada estancia
Entre las nubes tiene: de aquel coro
Trasmitiré á las voces y á las liras,
Cuanto benigno á tu cantor inspiras,
Y agradará mi acento
Al que es de Egina lustre y ornamento.
Fueron los Mirmidones
Primeros en poblar la isla felice,
Y de aquellos perínclitos varones
El fuerte Aristoclides no desdice.
Con ímpetu acosado
En el *pancracio*, por atleta osado,
Merced á tu armonía
Señal no dió de infame cobardía.
De los Nemeos valles hoy en medio
Con dulces himnos sus trabajos pagas,
Saludable remedio
Del vencedor á las profundas llagas.

¡Oh! Ya que á tu gallardo continente
Y varonil belleza,
Iguala de tus hechos la grandeza,
¡Vástago de Aristófanes, detente!

No es fácil recorrer vedados mares,
Dejando atrás de Alcides los pilares.
Eternos monumentos
De su extremo marítimo camino,
Allí los puso de Hércules divino
La mano, sobre hondísimos cimientos.
Enormes alimañas
Él domeñó en el piélago; y llevado
De su espontáneo amor á las hazañas,
Exploró cada fuente,
Cada escollo y corriente
Hasta do puede por el mar hinchado
Avanzar un bajel (con la esperanza
De que su prora vuelva) hacia Occidente,
Y de la tierra el límite apartado
El héroe señaló. Mas ¿dó me lanza
El viento de mi genio? ¿A qué extranjero
Promontorio ha arrojado mi navío?
A Eaco y á Egina, el canto mío,
Y á su progenie, que enderece quiero.
Es cierto, sí, que celebrar es justo
Toda proeza de varón augusto;
Mas no conviene al vate
Que amor de extraña gloria
A peregrinas playas lo arrebate.
Busca tus héroes en la patria historia,
Y hallarás, musa mía, amplio argumento
Para entonar dulcísimo concento.
Del Rey Peleo canta la victoria,
Célebre en las antiguas tradiciones
Por la que él se forjó robusta lanza.

Él solo, sin legiones,
A Jolcos toma. A Tetis la marina,
No sin trabajo, vencedor domina,
Y, aunque humilde mortal, su mano alcanza.

A Yolao asociado
Derriba Telamón armipotente
A Laomedonte osado;
Y con él, al ejército valiente
De fieras Amazonas, que maneja
Arcos de bronce, debelado deja.
No disminuye el miedo
Que á tantos hombres domador abate
El singular denuedo
Que ostenta su alma en desigual combate.
El natural valor al hombre inclina
A grandes hechos: quien nació cobarde,
Aunque merced á dura disciplina
Quiera hacer de proezas vano alarde,
De empresas mil y mil en pos camina,
Y con incierta planta,
Aunque vaya doquier, nada adelanta.

En casa de Filira, el rubio Aquiles
Niño aún, cada día
Cual juegos infantiles
Hazañas colosales emprendía.
Ya lanzaba veloz agudo dardo
Igual á los furiosos aquilones;
Ya un jabalí mataba, ya un leopardo,
Ya luchaba con hórridos leones:

Y al Centauro instructor (hijo querido
De Saturno) llevábale delante
Del animal vencido
El cuerpo palpitante.
¡No contaba seis años el infante!
Llenas de asombro lo miraban Diana
Y la armada Minerva
Cazar cada mañana,
Ya el corzo corredor, ya la ágil cierva,
Sin ayuda de lazos ni lebreles,
Pues su pie superaba á los corceles.

Refiero lo que antiguas tradiciones
Me mueven á contar. Al antro vino
Del prudente Quirón, Jasón divino
A recibir lecciones.
Allí sus salutíferas pociones
A mezclar enseñó con mano suave
Al glorioso Esculapio, el viejo grave.
El al casto Pelco
Unió benigno con nupciales lazos
A la hija de Nereo,
Tetis gentil, de encantadores brazos.
De aquella unión sagrada
Al vástago sublime, á Aquiles fuerte,
Educa de tal suerte,
Que el ponto cruza, y frente á Ilión sitiada
Las huestes anonada
De Dárdanos infantes; y de Frigia
Y de Licia dispersa á los guerreros,
Y al desafiar de Etiopia á los lanceros,

A su jefe Memnón manda á la Estigia.
¡Pobre primo de Heleno!
Volver no pudo de su patria al seno.

Auréola esplendente
Que ni clima ni edad borra ni empaña,
Después de tanta hazaña
Orna de los Eácidas la frente.
¡Jove! Tu sangre son: tuya es la liza
Que el cántico eterniza,
Que al armonioso coro
De jóvenes, de Egina honra y decoro,
Para entonar en tu loor trasmito.
Bien de alabanza el grito
Aristoclides vencedor merece,
Por quien, de la isla bella
Que lo viera nacer, la fama crece.
Por él alta descuella,
En alas de la dulce poesía,
De sacerdote del crinado Apolo
La dignidad *Tearia*, que en él solo
Unida, hace brillar su valentía.

La que todo lo aclara, la experiencia,
En las Nemeas lides
Probó de Aristoclides
La atlética excelencia.
Niño, vence á los niños sus iguales;
Varón, á los varones siempre humilla;
Anciano fresco, entre los viejos brilla,
Ilustre en cada edad de los mortales.

Pues de su vida se prolonga el hilo,
Pensar ya le conviene
En el destino que á sus plantas tiene,
Y otras virtudes cultivar tranquilo.

¡Querido amigo, adiós! Dichoso vive
Y este precioso vaso
Con miel y blanca leche del Parnaso,
Ofrenda de amistad, grato recibe.
Mezclado va dulcísimo rocío,
Don de las Musas, y el sabroso aliento
Que despide el Eólico instrumento:
Acepta mi cantar, aunque tardío.
Que me asemejo, sabes,
Al águila, señora de las aves,
Cuando ligera de las nubes baja,
Y en víctima sangrienta
Sus garras agudísimas encaja,
En tanto que la turba macilenta
De viles grajos, el rastrero vuelo
Graznando siguen sin dejar el suelo.

Con el favor de Clío,
Que soberana mi cantar sublima,
Eternamente brillará el que anima
Tu heroico pecho, sobrehumano brío,
Y que guirnalda te ciñó, preclara,
En Epidauro, en Neme y en Megara.

ODA CUARTA.

Á TIMASARCO DE EGINA,

LUCHADOR EN LA PALESTRA.

De los trabajos arduos
La mejor medicina
Es la que da el trïunfo,
Dulcísima alegría.

Los himnos, prole sabia
De las Musas divinas,
Cual bálsamo, al atleta
Solícitos alivian:

Los fatigados miembros,
Ni la caliente linfa
Ablanda cual los sones
De encomiástica lira.

Vive, más que los hechos,
La dulce Poesía
Que de alto ingenio nace
Y las Gracias inspiran.

Tal á Jove se eleve
Esta cántiga mía,
Y á Nemea, y la lucha
De Timasarco invicta.

La de las altas torres,
Ciudad cuya justicia
Cual luminoso faro
Sobre la tierra brilla,

Patria de los Eácidas,
Hospitalaria Egina,
Del extranjero asombro,
Acéptela benigna.

¡Oh! Si del sol la lumbre
Calentara vivífica
A tu padre Timócrito,
¡Cuál pulsara la cítara!

¡Cuál las pasadas glorias
Que celebrar medita
Mi plectro con las tuyas,
Alegre cantaría!

Él ganó de coronas
Multitud infinita
En los Cleonios juegos,
Do siempre combatía,

En Atenas la sabia,
De Grecia maravilla,
Y en la de siete puertas
Tebas, ciudad amiga.

Allí junto á la tumba
Que guarda las cenizas
De Anfitrïón, la frente,
Con flores exquisitas,

Ciñéronle gustosos
Por la amistad antigua
Que á su patria y la patria
Del viejo Cadmo unía:

Ni la mansión de Alcides
Fué tierra peregrina
Para él, que halló en sus aulas
Benévola acogida.

Con Telamón el grande
A Troya vino un día
Hércules: sus murallas
Con él fuerte derriba;

Con él, á los Meropes
De Cos vence en la isla,
Y al lidiador famoso
Alcioneo, domina.

Mas antes que á su clava
El gigante se rinda,
Con un peñasco enorme
Rompe doce cuadrigas.

A cada una dos héroes
Insignes conducían,
Y á todos aquel monstruo
Mata, hiere, mutila.

Quien mi relato acoja
Con suspicaz sonrisa,
No tiene de la guerra
Nociones ni sencillas.

Sepa que la Fortuna,
Si á veces es propicia,
Mil otras con desastres
Y derrotas humilla.

Rápido el tiempo vuela,
Y digresión prolija
Prohíbeme del canto
La ley reconocida.

Ya con mágica fuerza
La nueva luz de Cintia,
A celebrar los juegos
Al corazón excita.

Amaina ¡oh de mi musa
Ligera navecilla!
Que ya á desviarte empieza
De mi genio la brisa.

A su halagos tiernos
Tu buen timón resista,
Aunque las olas besen
En alta mar tu quilla.

Seremos vencedores
De la turba enemiga,
Si nuestra ruta alumbra
El sol de mediodía.

El émulo entretanto
Que nuestra suerte envidia,
Sus tramas, como el humo
Desvanecerse mira;

Entre tinieblas densas
Sigue su senda inicua,
Y en el abismo, á oscuras
Al fin se precipita.

La que el Hado potente
Encendió, leve chispa,
En mi pecho, no hay riesgo
Que los años extingan.

Ea, pues, entonemos
¡Oh dulce lira mía!
Un cántico, empapado
En dulce miel de Lidia,

Que grato vaya á Enona
Y á Chipre la festiva,
Donde erigió su trono
Teucro Telamonida.

Cual numen hoy gobierna
Su patria Salamina,
Ayax, su noble hermano,
Si bien de corta vida.

En el Euxino Ponto
Surge espléndida isla,
Do tutelar impera
Aquiles de Larisa;

Tetis el cetro empuña
De la risueña Ftía;
Y en el ilustre Epiro
Neoptolemo domina,

Do bueyes mil, la sierra
Que en Dodona principia
Y llega hasta el mar Jonio,
Con rico pasto cría.

Al pie del monte Pelio
Peleo á Jolcos sitia,
Y á los bravos Hemones
Entrégala cautiva.

Nada las redes valen
Que tiéndele ofendida
La adúltera consorte
De Acasto, Astidamía.

El engañado esposo
Muerte oculta maquina
Darle, con la Dedálea,
Encantada cuchilla;

Pero Quirón el sabio
Al casto joven libra
Guardándolo á la suerte
Que Jove le destina.

La irresistible fuerza
De llamas voracísimas,
Impávido en el bosque
Peleo desafía,

Las garras de leones,
Y las horribles filas
De dientes de alimañas,
Que asoladoras brillan.

De tanto riesgo ileso,
Al fin logra la dicha
De unirse en matrimonio
A una Nereida ninfa;

Y ve la que comparte
Con ella, regia silla,
Por los Reyes del cielo
Y del mar circüida,

Llevándole obsequiosos
Dádivas exquisitas,
Que espléndidas herede
Su descendencia invicta.

Nadie puede las rocas
En que Gades estriba
Pasar hacia Occidente;
Presto de bordo vira.

El viento de mi genio
Tu vela otra vez hincha:
Vuelve de nuevo á Europa
Tu prora, ¡oh mi barquilla!

Que es difícil empresa
Cantar las infinitas
Hazañas que á la raza
De Eaco glorifican.

Ilustre pregonero
De las luchas eximias
Que del robusto atleta
Los miembros fortifican,

Gozoso á los Teándridas
A cantar en Olimpia
Vengo, y en la palestra
Nemea, y en la Ístmica.

Doquier lucharon fuertes;
Ni sin coronas ínclitas
Tornaron de los juegos
A su ciudad natía.

De triunfales himnos
¡Oh Timasarco! brilla,
Como dispensadora
Y asunto, tu familia.

Mas si al heroico hermano
De tu madre, Caliclas,
Mandas que un monumento
Más cándido hoy erija

Que de mármol de Paros,
Te obsequiará mi lira.
La brillantez del oro
Con el crisol se aviva;

Y el himno que preclaras
Hazañas eterniza,
Al luchador, más alto
Que los reyes, sublima.

En los Elíseos campos
Do mora, el buen Caliclas
De mi fecunda lengua
El cántico reciba.

Con apio ornó su frente
La palestra Corintia
En los sagrados juegos
Que á Neptuno dedica.

Su nombre el viejo Eufanes,
Tu abuelo, inmortaliza:
¡Joven! En cada siglo
Nuevo vate germina.

Quien lauros en los juegos
Atléticos conquista,
Cual nadie, al celebrarlos
Sabe pulsar la lira.

Él solo de Milesias,
Tu maestro, podría
Narrar en el certamen
La destreza inaudita,

Su férvida elocuencia,
Su fina cortesía,
Y con los adversarios
La intrepidez invicta.

ODA QUINTA.

Á PITEAS DE EGINA,

HIJO DE LAMPÓN,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Escultor no soy yo. Forjar no puede
Mi mano infiel, estatua poderosa
Que sobre el pedestal inmóvil quede.

Mas tú, dulce canción, sal presurosa
En cuanta nave ó bote abriga Egina,
Y anuncia por doquiera melodiosa,

Que corona inmortal Neme divina
Al hijo de Lampón, robusto mozo,
En el *Pancracio* vencedor destina.

Aun no le apunta el prematuro bozo
(Flor de otoñales frutos precursora)
Al buen Piteas, de sus padres gozo,

Y ya á los semidioses condecora,
De Jove y de Saturno descendientes,
Y de ninfas del mar, que Febo dora;

É ilustra á aquella cuna de valientes
Y metrópoli invicta, renombrada
Por su hospitalidad entre las gentes;

Célebre por sus héroes y su armada:
Tal de sus fundadores fué el deseo
Ante el ara de Júpiter sagrada.

A Telamón paréceme que veo
Al cielo alzar las suplicantes manos,
Y al otro hijo de Endáis, el gran Perseo.

Seguía Foco, flor de soberanos
(A quien parió la ninfa Psamatea
En la orilla del mar), á ambos hermanos.

Me da vergüenza referir la fea
Y criminal acción, que á huir obliga
De Éaco insigne á la ínclita ralea.

Qué Numen vengador de la isla amiga
Lanzó á los héroes, no dirá mi labio.
¡Planta mía veloz! tu ardor mitiga;

Que la verdad desnuda fuera agravio
Mostrar doquier y en todas ocasiones,
Y mil veces callar es lo más sabio.

Si su robusto brazo, ó las acciones
Que hicieron gloriosísimos en guerra
Y en paz á los Eácidas varones

Queréis que yo celebre, no me aterra
Continuar la carrera interrumpida,
Aunque junto á mis pies se abra la tierra;

Que es mi planta veloce y atrevida,
Y saltaré, cual cruza inmensos mares
Aguila que en la sierra alta se anida.

Repetiré los plácidos cantares
Que entonó en su loor el dulce coro
De las Musas, del Pelio tutelares.

En medio de ellas, con el plectro de oro
Las siete cuerdas de su lira hería
Febo, del canto director sonoro.

Empezó la variada melodía
Por Júpiter. De Tetis y Peleo
El cántico nupcial tierno seguía.

De Hipólita, progenie de Creteo
Y del Magnesio Rey infiel esposa,
Nárrase el dolo y criminal deseo.

La muerte de su amado urde alevosa;
Y de querer manchar el regio lecho
De Acasto, calumniar al huésped osa.

¡Mentira atroz de femenil despecho!
Fué la mujer quien lo tentó lasciva
Cuando moraron bajo el mismo techo.

Noche tras noche con halagos iba
Procurando rendirlo apasionada:
El siempre la apartó con mano esquiva.

Temió ofender á Jove, á quien agrada
Proteger al amigo, cuya mano
La puerta nos abrió de su morada;

Y Jove, de los Dioses soberano,
Desde el cielo miró la resistencia
Que opuso el joven al amor insano;

Y premiarlo juró su omnipotencia,
Desde el trono de nubes donde mora,
Con bella esposa y celestial herencia.

La mano de Nereida seductora,
Que con rueca sutil de oro trabaja,
Pidió á Neptuno, á quien Corinto adora.

Y aunque mortal, á dársela se abaja
El Dios del mar, que de su fértil Ega
Al Istmo Dorio de contino viaja,

Do alegre multitud cantando llega,
Y á recibirlo con trompetas sale,
Y á luchas arduas en su honor se entrega.

Quién entre los atletas sobresale
La Fortuna decide, y quién merece
Que el precioso laurel se le regale.

Egina á tí mil cánticos ofrece
¡Eutimeno feliz! que la Victoria
(Celeste Numen) en sus brazos mece.

De tus pasados triunfos la memoria
Hoy revive en Piteas, tu sobrino,
Quien á tu ilustre raza añade gloria.

Nemea le ciñó lauro divino
En la época feliz que alegra á Enona,
Y que tanto ama Apolo, el mes Delfino.

La colina de Niso lo pregona
Vencedor, á la par que el patrio suelo,
De cuantos le disputan la corona.

Para mí, su cantor, dulce consuelo
Es contemplar de la ciudad entera
Por brillar en los juegos el anhelo.

Y tú, gallardo joven, considera
Que debes de Menandro á la enseñanza
El lauro que tus penas remunera.

A Atenas, do nació, su gloria alcanza;
Alma ciudad, que, cual ninguna, sabe
Formar atletas de sin par pujanza.

Y si pidiereis que á Temistio alabe,
Hablad sin miedo: de mi dulce canto,
Las velas todas izaré, en la nave.

Proclamaré ¡de púgiles espanto!
Cómo en la lucha y el *pancracio* obtienes
Doble victoria en Epidauro santo,

Y en el atrio, á colgar, del templo, vienes
En que Eaco, tu abuelo, se venera,
Las flores que al favor deben tus sienes

De las Gracias de rubia cabellera.

ODA SEXTA.

Á ALCÍMIDES DE EGINA,

JOVEN LUCHADOR.

Una es de los mortales y los Númenes
La estirpe original;
Una la madre de ambos; mas sepáranos
Fortuna desigual.
Polvo es el hombre: inmóvil en su asiento
De bronce, permanece el firmamento.

Una chispa nos queda (aunque disímiles)
De la Divinidad.
Índole celestial, grandioso el ánimo,
En el hombre admirad,
Si bien camina á tientas á la meta
A que el Hado llevar su pie decreta.

De la divina alcurnia el buen Alcímides
Claras señales da;
Al campo semejante, que fructífero
Dió su cosecha ya,
Y deja este año descansar sus glebas
Guardando al venidero mieses nuevas.

De los Nemeos plácidos certámenes
Hoy torna vencedor
El joven púgil; y, merced á Júpiter,
Experto cazador
De lauros, y no indigno en la palestra
Nieto del gran Praxídamas se muestra.

Este insigne varón á los Eácidas
Primero regaló
Los Olímpicos ramos que en las márgenes
Del Alfeo arrancó:
Luégo tres de Nemea, y hasta el quinto
Lauro dorado que ganó en Corinto.

Al oscuro Soclides, primogénito
De Agesimaco, da
Nombre que á las edades remotísimas
Ilustre pasará.
¿Tantas coronas, qué familia abraza
Como los tres atletas de su raza?

Sus luchas y victorias celebérrimas
En toda Grecia son:
De los honores los llevó á la cúspide

Divina protección;
Pero á su fama altísima, el certero
Dardo de mi cantar, que llegue espero.

Dispara, pues, ¡oh Musa! flecha rápida
De tu arco sin igual,
Y al blanco lleve el viento tu encomiástico
Cántico triünfal.
Celebrar de los muertos los loores
Es deber de poetas y oradores.

En la antigua familia de los Básidas
Encontrará, en verdad,
Asuntos mil, quienquier de las Piérides
Cultiva la heredad,
Para llenar con entusiastas odas
De Egina mercantil las naves todas.

De la ilustre familia noble vástago,
La fuerte mano armó
Con el *cesto* feroz, Calias indómito,
Y vencedor salió
Merced á los dos hijos de Latona,
La de la rueca de oro, allá en Pitona.

A orillas de Castalia, de las Cárites
La dulce procesión
Le dirigió, á las sombras del crepúsculo
Suavísima canción:
La víctima trienal aún caliente,
Lo honró Neptuno en el marino puente.

Con el follaje del león terrífico,
Su sien pudo ceñir,
Y vencedor, de las montañas ásperas
De Flïunde venir.
¡Isla famosa! El vate ve mil puertas
Para darte más gloria siempre abiertas.

Su misión facilitan los Eácidas
Con hazañas sin par:
Muy lejos vuela tu renombre espléndido
Por tierra y por el mar,
Y aun á la playa Etiópica remota
Lo llevó de Memnón la aciaga rota.

Terrible muerte de la Aurora el vástago
Frente á Ilïón halló:
El hijo invicto de la bella Tétide
Del carro descendió,
Y al negro jefe de sin par pujanza
Atravesó con su iracunda lanza.

No me culpéis, si en alabanzas pródigo,
De los antiguos soy:
Ajeno ejemplo y mi constante método
Si bien siguiendo voy,
Más que á las olas de remota orilla
Atiendo á las que azotan mi barquilla.

Sin vacilar, sobre mis hombros débiles
Hoy doble carga eché,
Y veinticinco triunfos honoríficos

Alegre cantaré,
Ganados en la lid que llaman santa,
Y á la raza de Alcímides levanta.

Las dos coronas que en el circo Olímpico
La suerte arrebató
A tí, querido joven, y al buen Tímidas,
Callar no puedo yo:
Desde su templo, Júpiter divino
Testigo fué de vuestro adverso síno.

¡Melesias! sin rival entre los púgiles,
Como el veloz delfín
Entre los peces de la mar horrísona,
¡A tí gloria sin fin!
Como al potro conduce auriga diestro,
Del joven luchador eres maestro.

ODA SEPTIMA.

Á SÓGENES DE EGINA,

JOVEN VENCEDOR EN LOS CINCO-JUEGOS.

¡Hija divina de la excelsa Juno,
Que con las Parcas como juez te sientas,
Óyeme, madre de risueña prole,
Casta Lucina!

Sin tu socorro, ni á la luz de Febo,
Ni en las tinieblas de la oscura noche,
Hebe tu hermana juventud hermosa
Puede donarnos.

Al mismo punto no aspiramos todos,
Y de la suerte la fatal balanza,
A unos eleva, y á otros hasta el suelo
Fiera deprime.

Por tí, del noble Tearión al hijo
Himnos de gloria los poetas cantan,
Hoy que en las cinco juveniles luchas
Sógenes vence.

Meció su cuna la ciudad insigne,
Del canto amiga, que los claros nietos
De Eaco ilustran con su estrepitosa
Bélica fama.

Fama que viva conservar anhelan
Los ciudadanos de la bella Egina:
Son las hazañas miel que de las Musas
Colma la fuente.

Negras tinieblas y profundo olvido
Dan las proezas sin el dulce canto.
¿Quieres que eterno tu valor retrate
Límpido espejo?

De Mnemosina, de brillante tiara,
Favor alcanza; y encontrar procura
Vate famoso que tus altos hechos
Inclito cante.

Sigue el ejemplo del sagaz marino,
Que el viento aguarda del tercero día,
Sin que las anclas á levar lo mueva
Ansia de lucro.

Rico y mendigo, con igual certeza
Van á la tumba. Del astuto Ulises
Los sufrimientos, que su clara fama
Juzgo menores.

Al dulce Homero su renombre debe,
Cuyas ficciones é inspirado vuelo
Verdad parecen, al que oir sus dulces
Fábulas logra.

Ciega es la mente del profano vulgo:
Si lo que es justo discernir pudiera,
¿Se hiriera acaso con su propio sable
Ayax valiente?

Héroe más grande, con el rubio Atrida,
(Excepto Aquiles) á salvar á Helena,
De Ilo á los muros, en las naves nunca
Zéfiro trajo.

Del Orco triste las hinchadas olas
Cubren la barca de la humana vida,
Y al hombre oscuro y al varón preclaro
Juntos sumergen.

Y si á la muerte sobrevive eterno
El claro nombre de esforzados héroes,
Al Dios lo debe que inmortales cantos
Plácido inspira.

Así de Pirro la memoria vive,
Aunque su cuerpo sepultado yace
En los que *Centro de la tierra* llaman,
Délficos campos.

Cuando á cenizas la ciudad de Priamo,
A la cabeza de sus Griegas filas,
Fuerte redujo, navegar á Esciro
Quiso de vuelta.

Pero los vientos su bajel á Efira
Llevan errante; y aunque breve tiempo
Reina en Molosia, la corona ciñe
Su descendencia.

Llegando á Delfos á ofrecer á Apolo
Ricos despojos que en Ilión ganara,
De un sacerdote la ávida cuchilla
Torpe lo hiere.

Llora su muerte Delfos, que se precia
De hospitalaria; mas se cumple el Hado,
Que en aquel bosque manda que repose
De Éaco un nieto,

Y en el de Febo vasto santüario
Desde su tumba tutelar presida
Las ricas fiestas, á que sólo asisten
Ínclitos héroes.

Breves sentencias á tu elogio bastan:
Pirro los juegos, cual veraz testigo
Viendo severo, los heroicos hechos
Juzga infalible.

¡Querida Egina! Pregonar no temo
Que á tu alabanza belicosos abren
Real camino, los que á Jove diste
Hijos ilustres.

Pero ya callo, que el reposo es grato
En todas cosas: aun la miel hostiga,
Y de Ciprina las alegres flores
Causan hastío.

¡Cuán diferentes hace á los mortales
Naturaleza! ¡Cuán diverso rumbo
Sigue cada uno, sin que nunca logre
Dicha perfecta!

¿A quién fortuna concedió la Parca
Hasta la muerte? Tu vejez al menos
Hizo felice, ¡Tearión! al darte
Inclita prole.

Ella te ha dado varonil prudencia
Y heroica audacia. Mi imparcial elogio
Nadie deseche; que meció mi cuna
Tierra lejana.

Nunca mi labio negro vituperio
Lanza envidioso: pura es mi alabanza
Como las aguas con que el campo riega
Límpida fuente.

A los valientes elogiar es justo,
Y censurarme no podrá el Aqueo
Que del Mar Jonio más allá reside,
Si oye mi canto.

Sigo las leyes, que amistad al huésped
Dicta sagrada. Con humilde planta
Mis compatriotas avanzar me miran,
Y ojo sereno.

De las violencias y mordaz censura
Siempre me alejo; y á los Dioses pido
Que, en paz con todos, de mi vida al trance
Último llegue.

Quien ha escuchado de mi lira el eco,
Quien mi carácter y candor conoce,
Diga si acaso mis cantares mancha
Crítica acerba.

¡Sógenes fuerte, vástago de Euxeno!
Mi rauda lengua, cual herrada flecha,
Fuera del blanco disparar no quise:
Yo te lo juro.

Limpio tu cuello, sin sudor el pecho,
Del pugilato vencedor saliste,
Antes que Febo con su ardiente rayo
Te calentara.

Más que fatiga da placer la lucha.
Nadie me culpe, si mi voz al éter
Osado alzando, celebré al atleta:
Todo le debo.

Tejer coronas de laurel es fácil.
¡Joven, aguarda! que mi Musa quiere
De oro, y corales, y marfil ceñirte
Rica diadema.

En Neme estamos: celebrad á Jove.
En este suelo que resuene es justo
De las Deidades en honor del Padre,
Canto divino.

Dicen que Jove fecundó á la madre
De Éaco insigne, que reinó en mi patria;
Huésped benigno, y amoroso hermano,
Hércules, tuyo.

Si al hombre sirve la amistad del hombre,
¿Cuánto consuelo no dará un vecino?
Y si es un Numen el que cerca mora,
¡Cuánta delicia!

¡Oh de gigantes domador divino!
A tí cercano, residir agrada
Al joven púgil, de ínclitos mayores
Emulo tierno.

Te ama cual padre Sógenes invicto;
Y como lanza de dorado carro
Entre los cuatro rápidos corceles
Luce brillante,

Entre dos templos que en tu honor se elevan
A un lado y otro, su morada tiene,
¡Oh de gigantes vencedor glorioso,
Célico Alcides!

Tú que á los males del mortal remedio
Fácil encuentras, á la diva Juno,
Y á su marido, y á la Virgen-Diosa
De ojos azules,

Ruega que al joven y á su padre alcancen
Días hermosos y vejez robusta,
Y que á los hijos de sus hijos vengan
Bienes mayores.

De haber osado calumniar á Pirro
No me remuerde mi conciencia pura:
¿Mas qué repito cual locuaz nodriza?
¡Musa, detente!

ODA OCTAVA.

Á DINIAS DE EGINA,

HIJO DE MEGAS,

CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Belleza, casta Diosa,
De Venus y sus cándidos amores
Mensajera dichosa!
Que siembras, ya de abrojos, ya de flores
(En sus párpados venda)
De mancebos y vírgenes la senda.

¡A los mortales cuánto,
Cuánto á los mismos Númenes agrada
Su sien de tanto en tanto
Mostrar de verde mirto coronada!
A Júpiter y á Egina
Así sus dones prodigó Ciprina.

De tal amor el fruto
Fué de prudencia y de valor prodigio;
Universal tributo
De admiración le atrajo su prestigio,
Y al monarca de Enona
Mil héroes ofrecieron su corona.

De los alrededores
Vinieron, ni llamados ni vencidos,
Los que eran cual señores
De Atenas pedregosa obedecidos,
Y la alta dinastía
De Pélope, que á Esparta dirigía.

Cual ellos me prosterno,
Y las rodillas de Eaco hoy abrazo;
Y elevo ruego tierno
Por la amada ciudad, cuyo regazo
Nutre lo mismo que antes
Heroicos y robustos habitantes.

Lidia corona tejo
Con himnos, en carrera prolongada,
Por Megas, noble viejo,
Y por Dinias dos veces alcanzada.
Espléndida presea
Que ofrece á tronco y vástago Nemea.

Fortuna que no el dolo,
Sino Dios aumentó, y en Dios se funda,
Es durable tan sólo.

La bella Chipre, que la mar circunda,
Así en su rey Cinira
Riquezas dadas por el cielo admira.

¿Dó me lleva imprudente
Mi raudo pie con ímpetu insensato?
¡Musa mía, detente!
Inútil es, si viejo, mi relato;
Y si algo nuevo invento,
Riesgo y envidia traerá mi cuento.

¡Envidia abominable!
Al grande pierde, al inferior olvida;
Ella su propio sable
Contra Ayax Telamón volvió homicida:
Si no nació elocuente,
Siempre humillado se verá el valiente.

Premiamos á menudo
La astuta falsedad. La gente griega
A Ulises el escudo
Con fraudulenta votación entrega:
Sin armas ni esperanza
En brazos de la muerte Ayax se lanza.

¡Cuán diferente el porte
De entrambos, al vibrar asta y alfanje,
Cuando el feroz Mavorte
Agitaba de Troya la falange,
Luchando de Pelides
Por el cadáver, ó en las otras lides!

Cual hoy, se conocía
La blanda adulación, la artera maña,
El chisme, la falsía
Y la calumnia vil, que el brillo empaña
Del mérito sublime,
Alza al cobarde, y el valor deprime.

Que nunca tal mancilla
¡Oh Jove salvador! cubra mi pecho.
Pueda yo la sencilla
Senda de la verdad seguir derecho:
Así á mi descendencia
Nombre sin mancha legaré en herencia.

Unos, de oro montones
Piden al cielo, y otros de terreno
Inmensas posesiones.
Hiriendo al malo y ensalzando al bueno
Viva yo, nunca odioso;
Baje llorado al eternal reposo.

Como el robusto pino
Crece gigante, gracias al süave
Rocío matutino,
Del poeta imparcial el canto grave
Así de la victoria
Eleva al cielo la brillante gloria.

¡Cuán variados favores
A los mortales la amistad prodiga!
Sin duda los mayores

Presta en la adversidad y en la fatiga;
También la bienandanza
Del vate necesita la alabanza.

Al Orco arrebatarte
Es ¡oh Megas insigne! empeño inútil.
Si allá no alcanza mi arte,
¿Para qué fomentar deseo fútil?
A tu familia intento
Con las Musas alzar un monumento.

De la doble carrera
En honra cederá. Dolencia y llanto
El cántico aligera,
Y yo á los dos, cual mereceis, os canto.
Ya sonaban las odas
Antes que Adrasto y las Tebanas bodas.

ODA NOVENA.

Á CROMIO ETNEO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

Venid desde el santuario
Que alzó Sición á Febo,
De Etna al recinto nuevo,
¡Oh Musas! en solemne procesión.
¡Cantad himnos de gloria!
Al peregrino abiertas
De par en par las puertas
Están de Cromio en la feliz mansión.

Con rápidos bridones,
En la veloz cuadriga,
Supo, valiente auriga,
Espléndidos laureles alcanzar;

Y á los divos Gemelos,
Y á su madre Latona,
Señores de Pitona,
Hoy quiere sus cantares dedicar.

Los que en honor de Febo,
De Asopo en la ribera,
Adrasto instituyera,
Certámenes ecuestres, cantaré;
Y al recordar las luchas
Primeras de corceles,
Con délficos laureles
Al fundador ilustre cubriré.

Con juegos nunca vistos,
Ya de atletas bizarros,
Ya de pulidos carros,
Rey nuevo, dió renombre á la ciudad,
Do sedición tremenda,
Del patrio suelo Argivo
Lo trajo fugitivo,
Y del fuerte Anfiarao la maldad.

De Talao á los hijos,
El rico principado
Había arrebatado
De su primo la audaz conspiración;
Pero á las disensiones,
Fin el varón prudente
Pone, sin que fomente
Odio, su generoso corazón.

Y de amistad en prenda,
De Erífile, su hermana,
(Después por oro insana)
A Oiclides la mano concedió;
Y príncipes más grandes
Que Adrasto y Anfiarao,
Del antiguo Danao
Jamás la rubia estirpe conoció.

Y á Tebas, por sus siete
Puertas tan renombrada,
Hueste mal augurada
Llevaron á sus órdenes los dos:
Ni el relámpago Jove
Vibrando desde lo alto,
Los animó al asalto:
A no partir los excitaba el Dios.

A inevitable rota
La tropa se apresura:
Ni al peón su armadura,
Ni al caballèro salva su bridón;
Y á orillas del Ismeno
De siete piras sube
El humo en blanca nube,
Término de la triste expedición.

No ve ni sus cenizas
La patria encantadora:
De jóvenes, devora
Cadáveres el fuego mil y mil.

En tanto, con el rayo
Cuyo furor no yerra,
Jove, abriendo la tierra,
A Anfiarao libró de lanza hostil.

Con cuadriga y caballos
Lo sepultó en su seno,
Cuando Periclimeno
Iba al guerrero por la espalda á herir.
De ignominioso golpe
Salvarlo así consigue:
Cuando un Numen persigue,
Aun al hijo de un dios es dado huir.

Si libre ¡oh de Saturno
Prole! el Hado te deja,
Del Siciliano aleja
La guerra, y del audaz Cartaginés.
Sabias leyes, durable
Paz, civiles honores,
De Etna á los pobladores
Ruégote ¡oh padre Júpiter! que des.

Entre ellos hay insignes
Jinetes, y varones
Que á ricas posesiones
(¿Es creible?) prefieren la virtud.
Sobre el honor, que sólo
Da al hombre estable gloria,
Gana triste victoria
De riquezas la vil solicitud.

Mas si como escudero
Impávido acompañas
A Cromio en sus campañas,
La diosa del honor verás con él.
Ya al frente de su flota,
Ya de su infantería;
Ya la caballería
Comande lidiador, la sigue fiel.

Ella á romper lo mueve
La enemiga cohorte;
Por ella de Mavorte
El ímpetu contiene vencedor.
Unir es dado á pocos
Al valor, el talento
Que de la guerra el viento
Vuelva contra el ejército invasor.

Atribuye tal gloria
La fama vocinglera
A Héctor, que en la ribera
De Escamandro, la patria defendió:
Y junto al hondo Heloro,
En el paso llamado
De la Amenaza Vado
De Agesidamo el vástago brilló.

Los que en el mar vecino
Altos hechos de guerra
Acometió, y en tierra,
Otra vez cantarás, Musa gentil.

Después de las hazañas
Que en juventud robusta
Consuma en lucha justa,
Plácida le vendrá la edad senil.

Si al ínclito renombre
Debido á sus proezas,
Espléndidas riquezas
Aduna el benemérito mortal,
A más sublime altura
Subir le está vedado.
¡Oh Cromio! Te han donado
Los Númenes ventura sin igual.

Da lustre á los banquetes
Del huésped la alegría;
Y el triunfo de este día
Con el süave canto crecerá:
Y pues valor y audacia
Presta á la lengua el vino,
Dadme el licor divino
Que mi dulce cantar inspirará.

Henchidas hasta el labio
Con el líquido opimo
Del domador racimo,
Las argentinas copas distribuid,
Que de Sición sagrada
Trajeron los corceles,
Con Febeos laureles
Que á Cromio conquistaron en la lid.

El favor de las Gracias
Tu diestra me conceda
¡Oh Júpiter! y pueda
La victoria de Cromio celebrar.
Las flechas de mi musa
Rectas al blanco lance,
Y entre muchos alcance
Esplendoroso triunfo mi cantar.

ODA DÉCIMA.

Á TIEO, HIJO DE ULIO,

VENCEDOR EN LA LUCHA.

Cantad ¡oh Gracias! á Argos opulenta,
De Juno celestial digna morada,
De Danao ciudad, y sus cincuenta
Célebres hijas de mansión dorada.
Mil hazañas le dan ínclita gloria:
¿Repetirá mi musa
La dolorosa historia
De Perseo y la Górgona Medusa?
¿Contaré las ciudades y las villas
Que Epafo alzó, del Nilo en las orillas?

Sola entre sus hermanas, Hipérnestra
Deja en la vaina el homicida acero,
Con que el padre cruel arma su diestra
Contra el esposo que le dió primero.
A la inmortalidad la Virgen-Diosa
Sublima al gran Tidides;
Y Júpiter la fosa
Con sus rayos abrió, do yace Oiclides,
Cuando de Tebas al volver, la tierra
Tragó al que fuera vendaval de guerra.

Por sus bellas mujeres es famosa:
Testigo Jove, que en las redes cae
De Alcmena, sin saberlo infiel esposa,
Y de la gallardísima Danae.
De Adrasto al padre, y á Linceo augusto,
Exquisita prudencia
Y un espíritu justo,
De Júpiter donó la omnipotencia;
Y el mismo dios, á Anfitrïón valiente
(Mortal afortunado) hizo pariente.

Cuando el Argivo con robusta lanza
Contra los Teleboas combatía,
El Padre de los Dioses su semblanza
Tomaba, y en su hogar se introducía.
A tanta dignación Hércules debe
Su ilustre nacimiento,
Y su enlace con Hebe,
Entre las Diosas de beldad portento,
Que con su madre Juno, protectora
De las esposas, en Olimpo mora.

A celebrar no basta los loores
Del Argólico suelo, el canto mío;
Y temo, con empresas superiores
A mi escaso vigor, causar hastío.
No obstante ¡oh Musa! tu valor no pierdas,
Y de mi dulce lira
Con las templadas cuerdas,
Canta los himnos que el triunfo inspira.
Oid, Argivos, de la lucha el juicio,
Y de Juno venid al sacrificio.

El hijo de Ulio, reluciente escudo
Dos veces en las luchas ha obtenido;
Y con tal premio, sus trabajos pudo
Tiéo vencedor dar al olvido.
El ofreció á las Musas su corona
En los Nemeos juegos;
Y en el Istmo y Pitona
Las que arrancara á multitud de Griegos;
Que tres victorias alcanzó en Corinto,
Y tres también de Adrasto en el recinto.

La noble aspiración que su alma enciende,
Entre sus labios la modestia hiela.
¡Oh Padre Jove! pues de tí depende
Toda victoria, la que no revela
Dígnate concederle, ínclita gracia.
Su pecho férvido arde
Con juvenil audacia
Y abriga un corazón nada cobarde.
Tú lo sabes ¡oh Dios! y él, que ambiciona
La que te pido, Olímpica corona.

Por Hércules fundada, resplandeces,
Pisa, entre las atléticas arenas;
Y á tí el joven irá, que ya dos veces
Vencedor aclamaron en Atenas.
De dulces himnos al concento blando
El tierno púgil iba,
El ánfora llevando
Con el licor de la sagrada oliva,
En rica cesta de áurea filigrana,
A la ciudad de Juno soberana.

A las Gracias, Tiéo, y los Gemelos,
Debes la que te cubre, inmensa gloria;
Que á tus maternos ínclitos abuelos
Concedieron victoria tras victoria.
¡Oh! Si yo fuera del divino Antías,
Ó Trasiclo, pariente,
Por Argos me verías
Andar altivo con erguida frente.
De Preto á la ciudad, tales varones
Dieron más lustre aún que sus bridones.

En el Istmo y Cleona recogieron
Cuatro laureles. Con argénteas copas
Llenas de vino, de Sición volvieron;
Y de Pelene, con purpúreas ropas.
Los escudos y trípodes, en vano
Enumerar quisiera,
Que su robusta mano,
Ó su pie, sin igual en la carrera,
En Acaya, en Tegea, y en Clitora,
Y el Liceo ganó, do Jove mora.

Si á Cástor y á su Hermano, en hospedaje
Panfaes recibió, ¿qué maravilla
¡Oh Tiéo! si tu ínclito linaje
Por su afición al pugilato brilla?
De Esparta los Tindárides divinos
Con Mercurio y Alcides
Dirigen los destinos.
Arbitros son en las heroicas lides,
Del antiguo favor guardan memoria,
Y dan al varón justo la victoria.

Cada cual á su turno mora un día
Del Padre Jove en la mansión eterna,
Y otro, desciende á la región umbría
De Terapne en la lúgubre caverna.
Place el destino igual á los Gemelos:
Que Pólux cariñoso,
A vivir en los cielos
Como perfecto dios, siempre dichoso,
Partir de Cástor prefirió la suerte,
Cuando éste halló en la guerra triste muerte.

De Idas la lanza atravesó su pecho,
En pleito vil, por míseros despojos:
Sobre el Taigeto hallándose en acecho,
Lo ve Linceo, el de agudos ojos,
A través de la encina que lo oculta.
Bajan ambos insanos,
Y su acero sepulta
En Cástor, el mayor de los hermanos.
A entrambos Afarétidas alcanza
De Júpiter la súbita venganza.

El vástago de Leda armipotente
Acude; y á la tumba de Afareo
Se acogen, con furor haciendo frente
Al fuerte Cástor, Idas y Linceo;
Y al paterno sepulcro arrebatando
La marmórea figura
De Plutón venerando,
Sobre Pólux arrojan la escultura;
Mas ni detiene su ímpetu robusto,
Ni á herirlo llega, el cincelado busto.

Sobre Linceo el semidiós se arroja,
Y le abre el corazón su dardo agudo;
Mientras un rayo envuelto en nube roja,
A Idas dispara Júpiter sañudo.
Piedad no encuentran: en ceniza fría
La Parca los convierte,
Que en vano el hombre ansía
Sus armas por medir con el más fuerte.
A auxiliar á su hermano agonizante,
Tindárides acude en el instante.

Del moribundo Cástor fiel derrama
Sobre el abierto pecho, amargo llanto,
Y: «¡Oh Padre amado! (sollozando clama)
¿Remedio no darás á mi quebranto?
A mí también la muerte ¡oh Rey del cielo!
Cual á mi hermano envía:
Sin él, vivir no anhelo;
Sin él, ni honor ni gloria alcanzaría.
Muy pocos hay que en la fatiga ruda
Al afligido amigo den ayuda.»

Tales palabras á su padre dijo
El tierno joven. Júpiter avanza,
Y le responde: «¡Oh Pólux! tú eres mi hijo,
Mas la inmortalidad á éste no alcanza;
Que de esposo mortal, aunque guerrero,
Lo concibió tu madre;
Pero que elijas quiero
La varia suerte que á tu afecto cuadre.
Tendrás en el Olimpo, si te agrada,
Sin muerte ni vejez, dulce morada.

»Con Palas y con Marte, trono eterno
Llenarás á mi lado; mas si pide
Gracia para el mortal tu amor fraterno,
Todo con él sin excepción divide.
Del cielo morarás en las alturas
La mitad de la vida,
Y la otra, en sus oscuras
Cuevas, la tierra te dará guarida.»
El buen hermano sin dudar resuelve,
Y el habla, luz y vida á Cástor vuelve.

ODA UNDÉCIMA.

A ARISTÁGORAS,

HIJO DE ARCESILAO, GOBERNADOR DE TÉNEDOS.

¡Oh Vesta, hija de Rhea,
De Juno soberana
Y del excelso Júpiter hermana,
Que imperas en el aula Pritanea!
Abre tu regio alcázar á Aristágoras,
Y al pie de tu ara, con amor materno,
Acoge á sus colegas, que de Lírneso
Dirigen el gobierno.

A tí, que la primera,
Eres entre las Diosas,
Con muchas libaciones te venera
El Senado, y con víctimas copiosas.

El dulce canto alegra con la cítara
Sus banquetes sin fin, según el rito
Que les dejara hospitalario Júpiter
Para el festín prescrito.

A los Númenes plegue
Que en su magistratura
Al fin del año sin tropiezo llegue
Rebosando su pecho de ventura.
¡Dichoso Arcesilao! Regocíjate
En el gran hijo que te dió el Destino:
Ve cómo aduna á forma gallardísima
Valor casi divino.

Varón que es eminente
Por beldad y riquezas,
Y vencedor entre la Griega gente
Ostentó su vigor y sus proezas,
Recuerde que lo visten miembros frágiles,
Y que ese cuerpo triunfador y esbelto,
Bajo la tierra yacerá por último
En polvo vil envuelto.

Digno de eterna fama
Y de armoniosos vates,
Todo buen ciudadano te proclama
¡Oh vencedor en diez y seis combates!
Soberbio luchador era Arístágoras
En su natal ciudad y alrededores;
Y con laureles el *Pancracio* espléndido
Premiaba sus sudores.

¿Por qué al robusto niño,
Buscar bella corona,
De sus padres el tímido cariño
No permitió en Olimpia y en Pitona?
Del Monte de Saturno entre los árboles
O á orillas de Castalia si luchara,
¡Oh! yo le juro que en la lid atlética
Ninguno lo igualara;

Y de purpúrea oliva
Coronada la frente,
La quinquenal solemnidad festiva
De Alcides, retornar viera al valiente.
Pierde al mortal la presunción estólida;
Pero también la nimia desconfianza
Que lo contiene, le arrebata el éxito
Que ya seguro afianza.

No es conjetura vana
¡Oh joven! cuando llevas
Por Pisandro el Lacón, sangre Espartana,
Y por Melanipo audaz, sangre de Tebas.
Este de Ismeno en las floridas márgenes
A tu madre engendró; y aquél las huestes
De Amicla, trajo á la colonia Eólica
Unido al gran Orestes.

Virtud que en el abuelo
Altísima florece,
En el hijo se oculta bajo un velo
Y en el nieto de nuevo resplandece.

Así el campo feraz, no en todas épocas
Presenta de sus mieses el tributo;
Y un año niegan, y otro dan los árboles
Su flor y rico fruto.

También de los mortales
El Destino condena
Al desdichado género, de iguales
Vicisitudes, á fatal cadena:
Pues no ha querido el Padre de los Númenes
De la victoria ó del revés futuro
Que aguarda al luchador en los certámenes,
Dar indicio seguro.

Mas la soberbia insana
A lo alto nos empuja;
Y nos mueve á emprender confianza vana
Lo que á la fuerza nuestra sobrepuja.
Seguir no puedes el torrente rápido;
A poco lucro, si eres sabio, aspira:
Quien lo imposible en alcanzar obstínase,
¡Pobre mortal! delira.

ODAS ÍSTMICAS.

ODA PRIMERA.

Á HERÓDOTO DE TEBAS,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Madre dulce y amante,
Divina Tebas, que los ojos hieres
Con tu escudo brillante!
Pues así lo requieres,
Para cantarte dejo mis quehaceres.

¡Isla de Apolo, Delos,
Que mi alma toda tienes embargada,
No me mires con celos!
¿Qué cosa más sagrada
Que nuestros padres, y la patria amada?

Con la gracia divina,
Llenaré de una y otra los deseos,
Entre gente marina
Cantando á Febo en Ceos,
Y en Corinto los Ístmicos trofeos;

Que el monte cuyas faldas
Baña uno y otro mar, con justa mano
Ha dado seis guirnaldas
A mi pueblo Tebano,
De quien fué el grande Cadmo soberano.

Donde también Alcmena
Al infante alumbró, de alma cual hierro
Intrépida y serena,
Que á despecho del perro
Quitó á Gerión hasta el postrer becerro.

Mi musa, á la cuadriga
De Heródoto, coronas entreteja;
Que sin pagado auriga,
Una y otra pareja
De caballos, destrísimo maneja.

Cantarle un himno quiero,
Cual los que de Yolao en alabanza,
Ó de Cástor guerrero,
Era la antigua usanza
Al compás entonar de alegre danza.

¡Semidioses augustos!
Nunca vieron Tebanos ni Lacones
Atletas más robustos,
Ni más diestros varones
En manejar cuadrigas y bridones.

Para ellos, de la arena
Sin coronas volver, fuera desdoro.
Su casa estaba llena
De bellas copas de oro,
Y en trípodes guardaban un tesoro.

¡Cómo resplandecía
Su agilidad, cuando correr desnudos
El gimnasio los vía,
Y cuando sus nervudos
Brazos, cargaban sólidos escudos!

¡Con qué vigor su diestra
Disco de mármol, y acerada lanza
Vibraba en la palestra!
Reducir no era usanza
A una, las cinco lides de ordenanza.

Premiaba cada juego
Una corona. ¡Y cuántas en su frente
Vió la tierra, á que riego
Da la Dircea fuente,
Ó del Eurotas la veloz corriente!

¡Adiós, conciudadano
De la sembrada grey, de Íficles hijo!
¡Adiós, de Helena hermano,
Siempre en Terapne fijo!
Fin debo dar á mi cantar prolijo.

Al Istmo sacrosanto,
A Onquesto, y á Neptuno á quien adoro,
Ha de volar mi canto;
Y al héroe que decoro
Añade á su buen padre Asopodoro.

También la gloria aumenta
De Orcómeno, su patria; que algún día,
Cuando en feroz tormenta
El piélago rugía,
Náufrago entre sus brazos lo acogía.

Hoy le devuelve el Hado
La dicha que gozó desde la cuna.
El varón que ha probado
Buena y mala fortuna,
La previsión á la experiencia aduna.

A fuerza de combates
Y de gastos, se llega á altos honores.
Sin envidia los vates
Celebrar los loores
Deben, de generosos vencedores.

Que á inspirado poeta
Premiar es cosa fácil la fatiga
De afortunado atleta,
Con expresión amiga
Que á él y á los suyos ilustrar consiga.

No con premios iguales
El desigual trabajo se contenta.
Labradores, zagales,
Aquel á quien sustenta
La caza, ó bien el piélago alimenta,

Se juzgan satisfechos
El hambre con saciar que los acosa.
No así los que sus pechos
En guerra peligrosa
Exponen, ó en palestra resbalosa.

El colmo de la gloria
Es para estos magnánimos varones
Una oda laudatoria,
Que en extrañas regiones
Proclame, y en la patria, sus acciones.

Gracias mi musa debe
Rendir á la Deidad que cerca mora,
Cuyo Tridente mueve
La tierra, y fué inventora
Del circo y la cuadriga voladora.

A tus hijos desea
Ensalzar ¡oh Anfitrión! y el golfo Minio,
Las carreras de Eubea,
Y el célebre Eleusinio
Bosque, de Ceres ínclito dominio.

También quiere su acento
¡Protesilao! fúnebre tributo
Rendir al monumento
En que de Grecia el luto
Guarda en Filace el arenal enjuto.

Numerar los laureles
Que Hermes (que á los certámenes preside)
Donó por sus corceles
A Heródoto, me impide
Este cantar, que pocos versos mide.

Agrada con frecuencia
Más que lisonja, y da mayor consuelo
Prudente reticencia.
¡Que eleve, quiera el cielo,
En alas de las Musas su alto vuelo!

En Pitona recoja
Mil ramos de laurel; mil de la oliva
Que el claro Alfeo moja;
Y más honor reciba
Cuando éntre vencedor, Tebas altiva,

El que avaro sepulta
Su inútil oro, y con sarcasmo rudo
Al generoso insulta,
Sepa que al Orco mudo,
Sin gloria bajará, pobre y desnudo.

ODA SEGUNDA.

Á XENÓCRATES DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO

En el tiempo pasado
¡Oh Trasibulo amado!
Los vates que en el carro (relumbrante
Con sus doradas bridas)
De las musas queridas,
Marchaban con la cítara delante,
Generosos poetas,
De su canto lanzaban las saetas,
A jóvenes gallardos, que Citeres
Ya invitaba á sus cándidos placeres.

Entonces codiciosa
No era la Musa hermosa
Ni por rüin salario se alquilaba;
Ni melosos encantos
De plateados cantos
Terpsícore á vender se sujetaba.
Mas hoy, el dicho altivo
Que, abandonado y pobre, el sabio Argivo
Triste lanzó, resulta harto verace:
Mortal, el oro, el oro todo lo hace.

Lo que yo canto, nuevo
No es para tí, mancebo,
Que eres sabio y prudente cual ninguno.
Celebro los laureles
Que dió por sus corceles,
En el Istmo, á Xenócrates, Neptuno.
La corona de Doria
En premio de su espléndida victoria
Al vencedor envió; luz de Agrigento,
En potros y cuadrigas opulento.

Febo lo ve clemente,
Y en Crisa, omnipotente,
De auréola sublime lo rodea:
En Atenas la rica
Sus triunfos multiplica
La gente cortesísima Erectea;
Do espléndida alabanza
A Nisómaco trajo su pujanza.
Nunca tu padre á más valiente auriga
Las riendas entregó de su cuadriga.

Los heraldos de Elea
Que anuncian la pelea
Y á Júpiter ofrecen libaciones,
Conocen al instante
Al príncipe triunfante
Que los colmó de hospitalarios dones;
Y danle dulce abrazo
Hoy que de la Victoria en el regazo
Cae, en su propia patria y su morada,
Selva de Jove Olímpico llamada.

Debieron á aquel suelo,
Los hijos de tu abuelo
Enesidamo, honores inmortales;
Que no es la vez primera
Que á tu familia entera
Regocijan los cánticos triunfales.
No hay camino escabroso
Para el mortal, que del varón famoso
Llegar hasta el alcázar ambiciona,
Seguido de las Nueve de Helicona.

¡Oh Trasibulo, cuánto,
Cuán lejos, de mi canto
El disco raudo que lanzar habría,
Para llegar al punto
Que á tu padre difunto
Sobre los hombres diera su hidalguía!
Ameno, culto, afable,
Entre los suyos era venerable.
Bellos potros nutría; y de los Griegos
Nunca faltaba á los divinos juegos.

Jamás brisa contraria
Su vela hospitalaria
Plegó, que iba de Fasis hasta el Nilo,
En verano, en invierno...
Tú, el mérito paterno
No dejes de ensalzar. Puedes tranquilo
En medio de envidiosos
Mis himnos repetir, que ponderosos
Cual estatuas no son. Y de ello en prueba,
Este á mi huésped, ¡Nicasipo! lleva.

ODA TERCERA.

Á MELISO DE TEBAS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

El hombre que no fía
En próspera fortuna ni riquezas;
Que nunca se gloría
De su poder ni atléticas proezas,
Merece que con manos
Frenéticas, le aplaudan sus hermanos.

¡Oh Jove poderoso!
De tí sus prendas el mortal recibe;
El varón religioso
Largos años, en paz, contento vive:
Quien de impiedad alarde
Se atreve á hacer, felicidad no aguarde.

Con fiestas y canciones
(De las Gracias favor) premiar es justo
Las ínclitas acciones,
Enalteciendo al vencedor augusto.
¡Meliso! Honor y gloria
A tí, que alcanzas hoy doble victoria.

Sin rival el gentío
En el Ístmico valle hora te aclama;
De jinete el umbrío
Bosque del gran León te ha dado fama:
¡Gózate, sí! que elevas
Al cielo el nombre de tu patria Tebas.

De tus progenitores
No hay miedo, no, que tu valor desdiga:
El carro mil honores
A Cleónimo dió; y en la cuadriga
(De tu madre parientes)
Los Labdaquidas fueron excelentes.

¡Ay! Nada su opulencia
Sirvió para evitar la del mudable
Tiempo, dura sentencia;
Que es sólo contra el Hado invulnerable
Quien tuvo la fortuna
Que un dios meciera su celeste cuna.

ODA CUARTA.

AL MISMO MELISO.

Con el favor divino,
Para cantar tus hechos hallo abierto
Multíplice camino.
¡Meliso afortunado! Rumbo cierto
A mi cítara diste,
Cuando el Ístmico lauro te ceñiste.

Hasta el fin de la vida,
La celestial virtud que tu alma alienta,
Todo Cleonimida
Por gracia de los Númenes fomenta.
Mas ¡ay! imprime el viento
A los hombres contrario movimiento.

Era de tus mayores
En Tebas preclarísima la gloria;
En los alrededores
De hospitalarios dejan la memoria,
Y la calumnia impía
Jamás con sus saetas los hería.

Su alto renombre excede
Cuanto la edad presente ó la pasada
Mostrar el mundo puede,
Y doquier su pujanza es celebrada.
Más gloria en vano pides:
A las Columnas llega ya de Alcides.

Espléndidos corceles
Fué su gusto nutrir. Darles solía
Mavorte mil laureles;
Mas bélico huracán en solo un día
A aquel hogar dichoso
Cuatro varones arrancó furioso.

Los tenebrosos meses
Pasaron ya del aterido invierno;
Y tras tantos reveses,
De las Deidades el consejo eterno
Manda cubrir de rosas,
Con la tierra, sus sienes victoriosas.

El Dios cuyo Tridente
Mueve la tierra; que en Onquesto mora,
Y en el marino puente

Que su muralla ve, Corinto adora,
De Cleónimo llama
A celebrar al vástago, á la Fama.

A la Fama, que yerta
Sobre su lecho ha tiempo desfallece;
Mas ved que se despierta,
Y con nuevo fulgor hoy resplandece,
Como en el cielo brila
Véspero, entre los astros maravilla.

En la Atica llanura
Cantó sus glorias: ella en los combates
De Adrasto, su bravura
Hizo encomiar á los antiguos vates.
De los héroes bizarros
Doquier brillaban los volantes carros.

Competir con los Griegos
De todas las comarcas, fué su gloria;
Vieron todos los juegos
Su lujo, y su anhelar por la victoria.
Jamás el orbe escucha
El nombre sin honor del que no lucha.

¡Y cuánta incertidumbre
Tiene hasta el lidiador, antes que ascienda
Del honor á la cumbre!
Da palmas y reveses la contienda,
Y al más robusto abate
Del más débil la maña, en el combate.

¿Qué Griego al fin ignora
De Ayax, guerrero cual ninguno fuerte,
Que en noche aterradora
Con su propio puñal se dió la muerte?
¡Suicidio que á la Helena
Gente que á Troya fué, de oprobio llena!

Mas Homero de gloria
Cubrió su nombre; y á la edad futura
Legó la bella historia
Del semidiós, que espléndido figura
En su inmortal poema,
De cantares sin fin eterno tema.

La diva Poesía
Da la inmortalidad á cuanto canta:
Hace que la bravía
Mar atraviese; al éter lo levanta,
Y con luz siempre nueva
Del mundo por el ámbito lo lleva.

Las Camenas su amparo
Me den, hoy que la antorcha luminosa
A encender me preparo,
De mis himnos: auréola preciosa
De Meliso en la frente,
De Telesiades vástago fulgente.

Cuando en la lid se ensaña,
De rugiente león su ardor semeja;
Cuando prudencia y maña

Quiere mostrar, parece la vulpeja,
Que supina se tiende,
Y del águila astuta se defiende.

Para salir triunfante
De todo ha menester, porque Natura
No le dió del gigante
Orïón la terrífica estatura.
La majestad le falta,
Mas ¡cuán terrible si al contrario asalta!

A Libia así (que llena
De trigo el mundo) á desafiar á Anteo
Vino el hijo de Alcmena
De la ciudad de Cadmo. Aunque pigmeo
Su cuerpo parecía
Junto al gigante, su valor crecía.

Y castigó su clava
Al monstruo vil, que el templo de Neptuno
Con cabezas techaba,
Y vivo no dejó huésped alguno.
De su trabajo el premio
Hoy tiene, de los dioses en el gremio.

Recorrió todo el mundo:
Penetrando en su seno, abrió á las naves
El piélago profundo;
Y ahora disfruta las caricias suaves
De Jove sempiterno,
De Hebe esposo feliz, de Juno yerno.

Nosotros entretanto
Cada año ornamos con coronas nuevas
El altar sacrosanto
Que en la puerta de Electra le alzó Tebas;
Y fúnebre convite
De Alcides en honor, se nos permite.

El día en que Aqueronte
Mandó los ocho infantes, que le diera
Megara, de Creonte
Hija infeliz, solemne se venera;
Y á la aurora, aún arde
La flama que brilló desde la tarde.

Toda la noche sube
El humo de las víctimas al cielo,
En olorosa nube;
Y cuando el nuevo sol alumbra el suelo,
El certamen se inicia,
Del luchador robusto honra y delicia.

En él, triple corona
De mirto ornó tus sienes: la primera
¡Meliso! galardona
La que niño ganaste, ardua carrera,
Merced á sabio auriga.
Os saluda á los dos mi musa amiga.

ODA QUINTA.

Á FILÁCIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

¡Madre ilustre del Sol, de quien el oro
Es rico emblema! Por honrarte ¡oh Thea!
Lo estima el hombre más que otro tesoro,
Y oro y más oro conquistar desea.

Por tí cruzan el ponto los bajeles,
Y por tí en las durísimas campañas,
Al carro se atan rápidos corceles
Y se admiran espléndidas hazañas.

A tí en los juegos de la gloria el sellc
Debe el atleta, que por fuerte mano,
O por rápida planta, su cabello
Ceñido muestra de laurel lozano.

Tan sólo á la divina Providencia
Debe el triunfo el valor. Dos bendiciones
No más, la vida endulzan: la opulencia,
Y el oir elogiar nuestras acciones.

Te bastan ¡oh mortal! goces mortales;
El Olimpo á escalar en vano aspiras;
Deseos contra el Hado son fatales:
Si ambicionas ser Júpiter, deliras.

Dos lauros ¡oh Filácides! ya tienes
Del Istmico *pancracio:* las Nemeas
Luchas, otro te dieron, que las sienes
Ornó también del ínclito Piteas.

Himnos tejer mi corazón no sabe
Si de Eaco la prole no menciona.
Hoy, que á los hijos de Lampón alabe
Quieren las Gracias, y á su patria Enona.

Y si para rendir justos honores
Hallo una senda abierta y expedita,
¿Por qué de antiguos héroes los loores
Quiere la Envidia que mi musa omita?

Celebrar á magnánimos guerreros
Con cítara y con flauta, es vieja usanza.
Merced á Jove, vates lisonjeros
Cantarán hoy y siempre en su alabanza.

Etolia así con víctimas venera
A los hijos intrépidos de Eneo;
Tebas al gran Yolao, en la carrera
Nunca vencido, y Argos á Perseo.

De Cástor y de Pólux la divina
Bravura, admira el cristalino Eurotas,
Y de Éaco y sus hijos canta Egina
El alma grande en armoniosas notas.

Dos veces por su brazo las murallas
De Ilión sagrada fueron demolidas:
Una, Hércules los guía á las batallas;
Siguieron, la segunda, á los Atridas.

Elévame del suelo en tu sublime
Cuadriga ¡oh Musa! y quién á Héctor valiente,
Quién á Cicno mató y á Memnón, díme,
Fiero caudillo de la Etiope gente.

¿Quién del Caíco atravesó en la orilla
A Telefo indomable con su acero?
¿Quién, sino aquellos por quien la isla brilla
De Egina, admiración del orbe entero?

Allí desde el principio alta se eleva
Excelsa torre, que las nubes hiende;
Y fuerte escala de virtudes lleva
Quien subir á su cúspide pretende.

De alabanza sin fin dardos certeros
Puede mi lengua disparar á Egina.
Te acaban de salvar sus marineros
¡De Ayax Ciudad, insigne Salamina!

Tragó la mar cadáveres sin cuenta;
Que el contrario poder Jove deshizo,
Fiero mandando bélica tormenta,
Como á la tierra asolador granizo.

A su gloria dará mejores mieses
De oportuno callar riego fecundo:
Que manda Jove triunfos y reveses;
Jove, Señor de cuanto encierra el mundo.

Mas ¿cuánto á la victoria satisface
Triste silencio? El héroe que pelea,
En cánticos triunfales se complace,
De más dulce sabor que miel Hiblea.

Venga ahora á luchar quien las hazañas
Sepa de la familia de Cleonico.
Su brillo ¡oh tiempo destructor! no empañas:
En esperanzas y oro el nieto es rico.

Viva también Piteas, que á su hermano
ió de la gloria en la difícil senda;
A correr lo adestró; formó su mano
Y á su ardor juvenil impuso rienda.

Llévale tu corona, y tu velluda
Cinta de lana; adórnenlo tus galas,
Y á tu hermano ¡oh Filácides! saluda,
Con este canto de ligeras alas.

ODA SEXTA.

Á FILÁCIDES, JOVEN LUCHADOR.

Cual requiere festivo convite,
Otra copa con himnos llenemos;
Y á salud del atleta brindemos,
Postrer hijo del grande Lapón.
La primera te dimos ¡oh Jove!
Cuando al ágil hermano Piteas,
Coronaron las luchas Nemeas
Con su lauro y mejor galardón.

Hoy que el Istmo á Filácides canta,
A vosotras, Nereidas cincuenta,
La segunda mi mano presenta,
Y á Neptuno, del Istmo Señor.

La tercera Castálide copa
Que reservo á las glorias de Egina,
Ya desde hora mi musa propina
Al Olímpico Dios Salvador.

El varón de los Dioses amado
Que trabajo y tesoros prodiga,
Y en su pecho magnánimo abriga
El valor y virtud celestial,
De la gloria si el árbol frondoso
La Fortuna ha plantado en su huerto,
Ancló ya de la dicha en el puerto
El bajel de tan sabio mortal.

Tal mostrarse hasta edad avanzada
Quiere el hijo del gran Cleonico,
Y en virtudes y méritos rico,
A la tumba, por fin, descender.
Y yo pido á las Parcas divinas,
Sobre todo, á la altísima Cloto,
Que se dignen al ínclito voto
De mi amigo querido acceder.

¡Oh Señores del carro dorado!
Si á tal isla ¡oh Eácidas! llego,
He probado que siempre la riego
Con encomios de plácido olor.
Hasta el Norte, y del Nilo á las fuentes,
Llevaré vuestros hechos divinos,
Por millares de largos caminos,
Que hay abiertos de cómodo anchor.

¿Quién conoce tan bárbaro pueblo,
Tan extraño al Heleno lenguaje,
Que á la fama no rinda homenaje,
Del gran héroe que á Tetis se unió?
De Ayax fuerte y su padre robusto
Con las glorias, la tierra está llena:
En sus naves el hijo de Alcmena
A luchar en Ilión los llevó.

Telamón del falaz Laomedonte
Corre alegre á vengar la perfidia;
Fiel aliado, con Hércules lidia,
Y penetran en Troya los dos.
Con las flechas que nunca descansan
Mata en Flegra al pastor (semejante
A montaña) á Alcioneo el gigante,
Y á los fieros Meropes en Cos.

Al partir á la guerra de Troya,
Telamón en gran cena se hallaba:
Entra Alcides, al hombro la clava,
Del león ostentando la piel.
Lo ve el héroe; y el brindis primero
Que pronuncie, á Anfitriónides ruega:
Copa de oro esculpida le entrega,
Con licor más sabroso que miel.

Elevando las manos al cielo,
Invencibles en cien y cien lides,
Majestoso á las preces Alcides
Da principio, y al brindis, así:

«¡Padre Jove! Mi súplica ardiente
Más que nunca hoy escucha propicio,
Si á tu Numen algún sacrificio
Agradable en un tiempo ofrecí.

»A este joven, mi huésped futuro,
Como el Hado inmutable desea,
Tal progenie le dé su Eribea
Que en valor no conozca rival.
»Cual la piel que me cubre, su carne
Penetrar no consiga el acero:
La arranqué (mi trabajo primero)
Al Nemeo león colosal.»

Así dice: y el águila augusta
Hace Dios que á la tierra descienda,
De las aves cual reina, y en prenda
De que ha oído su santa oración.
Se estremece de gozo al mirarla,
Y así clama en su gran regocijo
Con acento profético: «El hijo
A que aspiras, tendrás, Telamón.»

Y del águila el nombre le impone
En memoria del fausto prodigio
A Ayax fuerte, de inmenso prestigio
En la guerra, y de Marte secuaz.
Así el brindis Alcides termina:—
Mas volver á Piteas importa,
Y Eutimeno y Filácides; corta
Tus recuerdos, ¡oh musa locuaz!

A los hijos ilustres y al tío
Cantaré brevemente, á la Argiva:
Tres coronas de espléndida oliva
El *pancracio* en el Istmo les dió.
Otras tres la frondosa Nemea
En sus sienes impuso galante.
¡Qué cantares su gloria brillante
A los vates después inspiró!

Con el suave celeste rocío
De las Gracias, bañar les agrada
La familia gentil Psalaquiada,
De hijos ínclitos madre y nutriz.
De Temistio la casa dejando
Sobre sólida base construida,
En Egina, del cielo querida,
Residencia eligieron feliz.

El anciano Lampón, el trabajo
Con la industria acompaña de modo,
Que el axioma del vate Hesiódo
Con los hechos demuestra seguir.
Lo repite á sus hijos constante,
Y con voz paternal los excita
A dar gloria á su villa bendita
Con proezas y honesto vivir.

Su mansión se halla al huésped abierta·
Lo hace amar su gentil cortesía;
Y guardar la feliz medianía
Ha sabido, á que sólo aspiró.

Cual la piedra que, en Naxos criada,
Pulveriza los duros metales,
Es buscada entre cien pedernales;
Tal el mundo al anciano admiró.

Entre atletas sin cuento descuella;
Fiel la lengua interpreta su mente...
Yo de Dirce en la límpida fuente
Hoy sus copas intento llenar.
A las puertas de Tebas ilustre,
Las que á Jove alumbró Mnemosina
Dulces hijas, la fuente divina
A mis plantas hicieron brotar.

ODA SÉPTIMA.

Á ESTREPSIADES DE TEBAS,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

De los antiguos timbres de alta gloria
Con que tu patrio suelo resplandece,
¿Cuál ¡oh Tebas feliz! más te envanece?
¿Será quizá la historia
De Baco, tierno infante
De melena flotante,
Que diste tú á la luz, y es siempre al lado
De la ruidosa Ceres adorado?

¿Ó aquella noche en que con rica veste
De nieve de oro, Júpiter divino
De Anfitrïón á la morada vino,
Y progenie celeste

Vió germinar serena
La afortunada Alcmena?
¿Ó más de haber nutrido te glorías
A Tiresias, fecundo en profecías?

¿Por ventura en Yolao, de bridones
Ínclito domador, ó en los valientes
Que produjeron del dragón los dientes
Tus complacencias pones?
¿O la derrota aciaga
De Adrasto, más te halaga,
Cuando sólo, sin huestes ni laureles,
A Argos huyó, criadora de corceles?

¿Ó tu orgullo mayor, en la colonia
Dórica cifras, que de tu almo seno
Mandaste, y encontró firme terreno
Allá en Lacedemonia,
Cuando tu heroica raza
(Los Égidas) la plaza
De Amicla, conquistó tras largo sitio,
Según la predicción de Apolo Pitio?

Se adormece la fama en sólo un día,
Y olvidan los mortales cada hazaña
Que el rocío dulcísimo no baña
De ínclita poesía.
Unid á alegre canto
De danzas el encanto
En honor de Estrepsiades, cuya frente
Corona el Istmo en el *pancracio* ardiente.

Tremenda robustez, bella figura,
Y virtud no inferior el mozo ostenta:
De las bellas Piérides ya cuenta
Con la grata dulzura;
Y al tío, cuyo nombre
Lleva, inmortal renombre
El joven sabe dar; noble Tebano
Que en la guerra inmoló Marte inhumano.

Va del honor la intrepidez seguida;
Y el que en la nube de enemiga armada
Aleja la sangrienta granizada
De su patria querida,
Y la feroz tormenta
Que del hermano ahuyenta
Lleva al contrario, gloria, vivo ó muerto,
A su familia legará de cierto.

¡Hijo de Diodoto, del guerrero
Meleagro imitador, y del Tebano
Anfiarao rival, y Héctor Troyano!
Exhalaste el postrero
Aliento, de la vida
En la edad más florida,
Y en las primeras filas, do se lanza
El más bravo á lidiar sin esperanza.

De inefable dolor tu triste muerte
Llenó mi corazón; mas hoy la calma
Neptuno conmovido trae á mi alma
Tras vendaval tan fuerte.

Al són de mis cantares,
Coronas á millares
Tejeré al vencedor. ¡Mano enemiga
De adverso Numen ¡ay! no me persiga!

Si lejos de la guerra, consagrado
De las amenas Musas al cultivo,
En mi risueño hogar tranquilo vivo,
Así lo quiso el Hado.
Morir debemos todos;
Mas de diversos modos
Al sepulcro cada uno se encamina;
Ni cuál será su término, adivina.

Quien quiere más allá de su horizonte
Llegar, ve que son débiles sus alas
Para llegar á las etéreas salas.
Así á Belerofonte
Que penetrar desea
De Jove en la asamblea,
Y en su corcel subir al alto cielo,
El alado Pegaso arroja al suelo.

Del vedado placer tras la dulzura
Amarguísimo fin al hombre espera.
¡Oh tú, Señor de la áurea cabellera,
Que de la edad futura
Predices los arcanos!
Abre, Apolo, tus manos,
Y al que hoy celebro, da nueva corona
En tus sagrados juegos de Pitona.

ODA OCTAVA.

Á CLEANDRO DE EGINA.

Alguno de vosotros
¡Oh jóvenes poetas!
Vaya de Telesarco
A las doradas puertas,

Y de Cleandro su hijo
Las ínclitas proezas,
Celebre, consumadas
En juventud tan tierna.

Los cánticos triunfales
Organice, y la fiesta,
A sus trabajos arduos
Debida recompensa;

Y cante su victoria
En la Istmica palestra,
Y en los sagrados juegos
De la umbrosa Nemea.

Yo también, aunque mi alma
Cubre mortal tristeza,
A la áurea musa pido
Su inspiración excelsa.

Y ya que libre y salva
Se ve la patria nuestra,
De los grandes desastres
De la pasada guerra,

De cantos y coronas
No es justo que carezca,
Ni que la faz bañemos
Con lágrimas eternas.

Dejemos llanto inútil,
Y dulce cantilena
Después de tantos males
Nuestros oídos hiera,

Pues benéfico Numen
Ya de nuestra cabeza,
De Tántalo ha alejado
La aterradora piedra.

¡Ay! Sepultado habría
La enorme roca á Grecia;
Que á repeler no bastan
Su mole, humanas fuerzas.

Al huir los temores,
Huyó también mi pena:
Gocemos de los bienes
Tal como se presentan.

El insidioso tiempo
Con vorágine incierta,
Revuelve de la vida
Las aguas turbulentas.

Pero remedio fácil
A todas sus dolencias
Halla el hombre, si sólo
La libertad le queda.

Tiempo es que la esperanza
Nos llene lisonjera:
Es justo que yo en tanto,
Como educado en Tebas

(¿Quién elogiar no ha oído
Sus siete ilustres puertas?)
Las flores de las Gracias
Dócil á Egina ofrezca.

El mismo padre Asopo
Las engendró gemelas,
Y agradaron á Jove
Las dos hermanas bellas.

De la ciudad que baña
La pura agua Dircea,
(Célebre por sus carros)
El cetro donó á Teba.

A tí, Egina, de la isla
De Enopia te hizo reina,
Y allí la esposa fuiste
Del que en Olimpo impera.

Y ofreciste al Tonante
Un hijo, cuya ciencia
No han igualado cuantos
Habitan en la tierra.

Éaco fué, el divino,
Que hasta en las diferencias
De los Númenes, supo
Juzgar con vara recta.

Sus hijos semidioses
De majestad excelsa;
Sus nietos fueron héroes
Terribles en la guerra:

Y si en la lid brillaba
Como rayo su diestra,
Lucía en el consejo
Su altísima prudencia.

De los Númenes, todo
Recordó la asamblea,
De Tetis por la mano
En la viva contienda.

Codiciaban Neptuno
Y Jove su belleza,
Ambos de amor heridos
Por la gentil Nereida;

Mas de los Inmortales
La sabia providencia
Llevar no quiso á término
La suspirada empresa.

Consultan el oráculo,
Y su veraz respuesta,
La fatídica Temis
Así al Senado lleva:

«El hijo á quien dé vida
La marina doncella,
Del padre que lo engendre
Superará la fuerza.

»Si Jove, opondrá al rayo
Rayo de más potencia;
Si Neptuno, un tridente
Que su Tridente venza:

»Tal (dice) de los Hados
La voluntad decreta.
Vuestra amorosa lucha
Fin ¡oh Númenes! tenga.

»Dejadla que se enlace
Con un mortal, y vea
Al hijo de su vientre
Morir en lid horrenda,

»Aunque iguale su brazo
A Marte en fortaleza,
Y aunque su pie veloce
Relámpago parezca.

»Yo opino que al Eácida
Peleo, se conceda
La ninfa en matrimonio,
De gratitud en prenda,

»Porque es el más piadoso
Varón (la fama cuenta)
De cuantos asaltaron
De Jolcos las trincheras.

»De Quirón al instante
A la inmortal caverna,
Rápido mensajero
Corra á anunciar la nueva.

»De Nereo la hija
A ser causa no vuelva
De que la paz perturben
Disensiones acerbas;

»Y luego que en el cielo
Brille la luna llena,
Rómpase de su intacta
Virginidad la rienda.»

Así á los dos Saturnios
La Diosa habló severa,
Y aprobación mostraron
Con sus divinas cejas.

Del vaticinio el fruto
Germinó con presteza;
Que apresuró las bodas
Peleo, según cuentan.

De Aquiles, tierno vástago
De aquella unión, doquiera
Pregonó las hazañas
La voz de los poetas.

Él del vencido Télefo
Hizo la sangre negra
Correr entre las vides
De la Misia pradera.

A su robusto brazo
(Igual á puente férrea
Sobre la mar) debieron
Los Atridas su vuelta.

Él devolvió glorioso
La libertad á Helena,
Derribando su lanza
Las columnas soberbias

Que del Troyano campo
En las lides sangrientas,
A su marcha oponían
Impasable barrera:

A Memnón orgulloso,
A Héctor, rayo de guerra,
Y á mil otros caudillos
De indómita fiereza,

Que á la morada oscura
Do Proserpina reina,
Mandó de los Eácidas
El Rey y flor primera

Que á Egina y á su estirpe
Dió fama sempiterna,
Y en cuyo honor, los himnos
Ni aun en la tumba cesan.

Su pira circundaron
Las Vírgenes Pimpleas
Entonando elegías
De celestial cadencia.

Con tal ejemplo al hombre
Los Númenes enseñan,
Que cantar á los muertos
Es piadosa tarea.

Del carro de las Musas
No sin razón las ruedas,
Hoy del púgil Nicocles
Sobre la tumba vuelan.

Honradlo: que en el Istmo
Coronó su cabeza
El apio que germina
En las Dóricas glebas.

Después que á sus vecinos
En menores palestras,
Venció mil ocasiones
Con indómita diestra.

De su robusto primo
No desdice, de veras,
Quien hoy en el *pancracio*
Venció, joven atleta.

A Cleandro coronas
De verde mirto teja
Alguno de vosotros
¡Oh jóvenes poetas!

Que ya luchó de Alcato
Con éxito en la arena,
Y en Epidauro obtuvo
Magníficas preseas.

¿De elogio quién más digno
Que el joven que su tierna
Edad no gasta en ocio
Oscuro, y vil pereza?

FIN DE LAS ODAS.

NOTAS.

NOTAS A LAS OLIMPICAS.

JUEGOS OLÍMPICOS.

Los juegos Olímpicos tomaron su nombre de *Olimpia*, llamada también *Pisa*, ciudad de Elide; ó quizá de Júpiter Olímpico, á quien eran dedicados. Celebrábanse cada cinco años en la referida Olimpia, y de aquí vino la costumbre de computar el tiempo por Olimpiadas ó lustros. Se empezaban el undécimo día de *Hecatombeón*, mes griego que corresponde, poco más ó menos, á nuestro julio, y duraban los certámenes cuatro días, siendo en el cuarto el plenilunio que dividía el mes en dos partes iguales. El premio del vencedor consistía en una corona de oliva silvestre; pero su fama era tal que se le erigían estatuas y se cantaban y componían himnos en su honor.

Según nuestro Píndaro y Estrabón, Hércules fundó los juegos Olímpicos cuando, burlado por Augías, invadió la Elide y mató al infiel monarca.

ODA PRIMERA.

Está dedicada á Gerón, rey de Siracusa, vencedor en las carreras de caballos de silla. Algunos han creído que la carrera en el *celete* (κέλητι) se hacía sobre dos caballos en pelo, saltando el jinete con velocidad de uno á otro. La opinión general es que el tal *celete* era un solo corcel, que sin ser uncido á carro alguno, se montaba como hoy día nuestros caballos de silla. Se escribió esta Oda en la Olimpiada 77, año 1.°, 472 antes de J. C. Fué cantada en Siracusa en un banquete en el palacio del Rey.

Pág. 3, v. 1.—*Nada hay mejor que el agua*, etc.—Era opinión de Tales de Mileto, uno de los siete sabios de Grecia, que el agua era el primero de los elementos y el origen de los demás. Es como si dijera Píndaro: *Entre todos los juegos, los Olímpicos son los más eminentes, como el agua tiene el primer lugar entre los cuatro elementos, el oro entre los metales, el sol entre los astros.*

Pág. 4, v. 8.—*El arpa hiere*, etc.—Parece qué era costumbre en los banquetes presentar una arpa á los convidados: el no saberla tocar era señal de educación poco esmerada.

Pág. 4, v. 11.—*La cítara de Doria.*—Había tres clases de cantos entre los Griegos, el Dórico, el Lidio y el Eólico. En otra parte hablamos de ellos más extensamente. No sabemos si el *descolgar la lira* es aquí una simple figura, ó si terminado el *recitado* empezaba la música con este verso.

Pág. 4, v. 13.—*Del Alfeo y Ferénico la gloria.*—Ferénico era el nombre del famoso caballo de silla de Gerón. El río Alfeo nace en Arcadia, corre cerca de Pisa por el territorio Eleo, y entra en el mar Jonio.

Pág. 4, v. 20.—*Que Pélope de Lidia condujera.*—Pélope, y su padre Tántalo, rey de Sípilo en Lidia,

derrotados por Ilo, rey de Troya, fundaron una colonia en Grecia.

Pág. 4, vv. 24 y siguientes.—Alude Píndaro á la conocida fábula que supone que Tántalo sirvió á los Dioses en horrendo banquete los miembros de su hijo Pélope. La Parca Cloto volvió á formar el cuerpo del niño en la caldera que el Poeta llama *pura* en contraposición á la *impía* en que le coció el padre inhumano; pero Ceres, más hambrienta que las otras Deidades, había ya devorado un hombro de Pélope, y fué preciso hacérselo de marfil. El piadoso Píndaro desecha esta irreverente historia.

Pág. 6, v. 2.—Dice el original: μετὰ τριῶν τέταρτον πόνον, y leyendo de este modo he traducido conforme á la interpretación del Escoliasta. Otros leen τέταρτος, es decir: es el *cuarto* que sufre tan tremendo castigo, siendo los otros tres Ixión, Sísifo y Ticio.

Pág. 7, v. 19.—*Ya de Enomao trece corazones la lanza atravesó.*—Enomao, rey de Pisatis, prometió dar á su hija Hipodamia en matrimonio á aquel de sus amantes que lo venciera en las carreras de carros. Los caballos del suyo eran hijos del viento, y nadie antes de Pélope pudo vencerlo; antes bien, trece desdichados cayeron atravesados par la lanza del padre, demasiado amante de su hija, en el momento en que creían alcanzar la victoria.

Pág. 8, v. 14.—*Seis héroes le dió.*—Dos de estos semidioses, criados por las Virtudes, cual por celestes nodrizas (segun la fuerza intraducible del original), fueron Atreo, padre de Agamenón, y Tiestes.

Pág. 8, v. 17.—*Cabe su altar y túmulo.*—Hércules separó un terreno llamado el *Pelopion,* en que Pélope era venerado sobre todos los semidioses, del mismo modo que Júpiter sobre todas las Deidades.

Pág. 9, v. 16.—*De Cronio la región.*—Era el *Cronio* un monte cerca de la Olimpia, consagrado á *Cronos,* ó sea Saturno.

ODA SEGUNDA.

Dedicada á Terón, rey de Agrigento, vencedor en las carreras de carros. Fué escrita en la Olimpiada 76, año 1.°, 476 antes de J. C., y cantada, probablemente, en un banquete en Agrigento.

Pág. 12, v. 32.—*Lo que pasó, ni el tiempo á deshacer alcanza.*—Alude esta sublime sentencia á una disensión terrible entre las cortes de Agrigento y de Siracusa, y á la guerra que estuvieron á punto de declararse Gerón y Terón.

Pág. 13, v. 9.—*Aunque del rayo herida.*—Semele, madre de Baco (por otro nombre Lieo) y amada de Jupiter, se empeñó en que su divino amante dejara el *incógnito;* y pereció herida por uno de los rayos que tenían que acompañar á la descubierta majestad del Tonante.

Pág. 13, v. 18.—*Ino en el Ponto*, etc.—Ino, otra hija de Cadmo, fué esposa de Atamante, rey de Tebas, á quien Juno volvió loco. Ella desesperada se precipitó en el mar; pero Neptuno, rindiéndose á las súplicas de Venus, le convirtió en divinidad marina.

Pág. 14, v. 7.—*Desque el fatal Edipo.*—Conocida es la triste historia de Edipo. Predijo el oráculo Délfico que había de dar muerte á su padre Layo, y éste lo mandó matar en la infancia. Salvado el niño por un criado compasivo, y educado por un pastor, encontró más tarde al autor de sus días y lo mató sin conocerlo.

Pág. 14, v. 13.—*Erinis mira el crimen.*—Polinices y Eteocles, hijos de Edipo, convinieron en reinar en Tebas alternativamente. Al terminar Eteocles su período rehusó entregar el trono á su hermano, quien huyó á Argos y consiguió que Adrasto (con cuya hija Argía casó) y otros cinco caudillos vinieran con él á asaltar á Tebas al frente de numerosas huestes. Perecieron los dos hermanos, pero sobrevivió Tesandro,

hijo de Polinices y Argía, de quien, según Píndaro, era descendiente Terón.

Pág. 16, vv. 13 y sig.—Notable es todo este pasaje impregnado de las doctrinas pitagóricas, que han resucitado en nuestros días los llamados espiritistas.

Pág. 19, v. 2.—*Ingratos turbulentos.*—Fueron éstos dos primos de Terón, Capis é Hipócrates, que el rey había colmado de favores, y acaudillaron contra su bienhechor una rebelión que fracasó.

ODA TERCERA.

Dedicada al mismo, y probablemente por la misma victoria. Cantada verosímilmente en Agrigento en las fiestas Teoxenias en honor de Cástor y Pólux, llamados por antonomasia *los Gemelos.*

Pág. 22, v. 24.—*El juez Etolio.*—Los jueces en los juegos Olímpicos, llamados *Helanódicas*, eran todos Eleos. Aquí alude Píndaro á Oxilo, de Etolia, que llevó á los Heráclidas al Peloponeso, y fué rey de Elide y el primer juez de los juegos Olímpicos: de aquí el epíteto de *Etolio* se extendió á todos los Helanódicas.

Pág. 22, v. 25.—*Trajo de las umbrosas fuentes del Istro.*—Ni Píndaro ni los poetas antiguos en general eran muy peritos en geografía. No se admire, pues, el lector de ciertos viajes rápidos y extraordinariamente asombrosos que nuestro autor hace emprender á sus héroes, ni se maraville de que Hércules haya ido á las márgenes del Danubio y á las regiones más septentrionales á buscar la oliva que nosotros estamos acostumbrados á ver florecer en el Sur.

Pág. 23, v. 14.—*Pupila de la noche.*—A pesar de mi resolución de ser brevísimo en las notas, no puedo menos de llamar la atención del lector á este bellísimo epíteto de la luna.

Pág. 24, v. 25.—*A la tribu Emenida.*—Era la tribu de Terón, y le dió el nombre su abuelo Emenides, que destruyó la tiranía de Faláride.

ODA CUARTA.

Dedicada á Saumis, hijo de Acrón, de Camarina en Sicilia, vencedor el año 1 de la Olimpiada 82, 452 antes de Jesucristo. Cantada en Olimpia durante la procesión al altar de Júpiter.

Pág. 27, vv. 1 y sig.—En el original la expresión ἐλατὴρ βροντᾶς ἀκαμαντόποδος, tiene una fuerza que he procurado en lo posible darle en la versión. Nos representa á Júpiter agitando sus rayos á guisa de corceles de terrible cuadriga.

Pág. 27, v. 4.—*Ya volvieron tus Horas.*—Eran tres las *Horas* é hijas de Júpiter. Indica esta frase que había ya vuelto el tiempo prefijado para los juegos Olímpicos.

Pág. 28, v. 5.—*Las cien cabezas de Tifón rugiente.*—Era Tifón uno de los Gigantes que hicieron la guerra á Júpiter, por quien fué vencido y encadenado bajo el monte Etna, hoy Mongibelo.

Pág. 29, vv. 6 y sig.—Pasó esta escena durante la expedición de los Argonautas.

ODA QUINTA.

Dedicada al mismo Saumis, y cantada en Camarina en la procesión al regreso del vencedor.

Pág. 31, vv. 1 y sig.—Junto á Camarina había una laguna del mismo nombre, y es la que el poeta apellida *hija del Océano.* Aquí, como en otras mil ocasiones, Píndaro se dirige á la ninfa ó deidad protectora del lugar.

Pág. 31, v. 11.—*Los seis altares dobles.*—El vencedor en los juegos Olímpicos acostumbraba sacrificar á los dioses protectores de los mismos, en cuyo honor se habían construído seis altares, llamados *dobles* por-

que cada uno estaba consagrado á dos divinidades. El primero (según Herodoto) estaba dedicado á Júpiter y Neptuno, el segundo á Juno y Minerva, el tercero á Mercurio y Apolo, el cuarto á Baco y á las Gracias, el quinto al río Alfeo, y el sexto á Saturno y á Rhea.

Pág. 32, v. 5.—*Y á tu sede novísima.*—Camarina fué dos veces destruída por los Siracusanos, y Saumis contribuyó mucho á su reedificación.

Pág. 33, v. 3.—*Y al antro sacro Ideo.*—En esta caverna, situada en el monte Ida, en la isla de Creta, ocultó Rhea á Júpiter, que de otra manera habría sido devorado por Saturno.

ODA SEXTA.

Dedicada á Agesias, hijo de Sóstrato de Siracusa perteneciente á la tribu de los Yámidas, vencedor en la carrera de carros tirados por mulas. Era el gran sacerdote que sacrificaba en el grande altar de Júpiter en Olimpia. Fué cantada en Estinfalia, en Arcadia, probablemente en algún banquete de los Yámidas, y escrita, quizás, el año de 468 antes de Jesucristo, 1.º de la Olimpiada 78.

Pág. 35, vv. 1 y sig.—Permítame el lector llamarle la atención á este espléndido exordio.

Pág. 36, vv. 4 y 5.—*Tal coturno pones á tu divina planta.*—Creo haber traducido con suficiente elegancia una frase que á varios modernos ha parecido baja, pero que no lo es en griego.

Pág. 36, v. 15.—Anfiarao, hijo de Oicleo, profeta y guerrero, fué uno de los siete jefes que asaltaron á Tebas.

Pág. 36, v. 21.—*De Talayón el vástago.*—Es decir, Adrasto.

Pág. 37, vv. 10 y sig.—*¡Oh Fintis, ven!* etc.—Este arranque poético es encantador. Apostrofa el poeta á Fintis, cochero de Agesias, y le manda lo lleve á Pi-

tana, ciudad en las orillas del Eurotas, que el autor identifica luégo con Pitana la ninfa, hija del Eurotas cuya historia narra.

Pág. 38, v. 7.—*Y de la Arcadia al Príncipe.*—Es decir, á Epito.

Pág. 40, v. 2.—*Nombre inmortal.*—Ἴον, nombre de la violeta en griego, tiene alguna semejanza con *Yamo.*

Pág. 41, v. 6.—*De la adivinación la doble ciencia.*—Es decir, la *piromancía* y el *entusiasmo* (según Benedict), ó el arte de vaticinar y la piromancía (según Heyne), ó el privilegio de oir la voz de Apolo en esta ocasión y de oficiar después como sacerdote (según el Escoliasta).

Pág. 42, v. 16.—*¡Estinfalia Metope!*—Metope, hija del río Landón, cerca de Estínfalo, en Arcadia, fué esposa del Asopo, río Tebano. De Metope y Asopo nació Teba, ninfa que dió su nombre á Tebas, patria de Píndaro.

Pág. 43, v. 1.—*¡Vamos, Eneas!*—Se dirige al director del coro por quien fué cantada esta oda.

Pág. 43, v. 5.—*El viejo adagio.*—Βοιώτια ὗς, *Bœotia sus*, era el proverbio despreciativo con que se designaba á los habitantes de Beocia. Notemos que el nombre de este inmundo animal no tenía en griego el significado obsceno que en algunos idiomas modernos, y equivalía únicamente á nuestro *asno.*

Pág. 43, vv. 10 y sig.—Ceres y Proserpina eran deidades tutelares de Sicilia, y Júpiter era especialmente adorado sobre el Monte Etna.

ODA SÉPTIMA.

Dedicada á Diágoras de Rodas, vencedor en el pugilato. Escrita en la Olimpiada 79, año 1.°, 464 antes de J. C. Cantada en Yaliso, en un banquete público de los Eratidas. Esta oda se considera modelo acabado

de poesía lírica, y dícese que agradó tanto á los Rodios, que la hicieron grabar en letras de oro en el templo de Minerva Lindia, no sólo en honra de la isla y de su afortunado campeón, sino también del inmortal poeta.

Pág. 46, v. 25.—*Ninfa que el Sol augusto.*—Aquí, como en otros mil casos, identifica Píndaro á la *ninfa* con la *isla.*

Pág. 52, v. 1.—*Del Sol un hijo.*—Siete fueron los hijos que tuvo el Sol en la ninfa Rodas, á saber: Cercafo, Actis, Macareo, Tenages, Triopi, Faetonte y Oquimo. El primero fué el padre de los tres héroes mencionados en el texto, que dieron sus nombres á las tres célebres ciudades de la isla.

ODA OCTAVA.

Dedicada á Alcimedonte de Egina, vencedor en el certamen de pugilato entre los jóvenes. Escrita el año 1.º de la Olimpiada 80, 460 antes de Jesucristo. Cantada en la misma Olimpia en la procesión después de la victoria.

Pág. 55, v. 3.—*Reina de la verdad.*—Alude á las profecías del sacerdote, descendiente de Yamo, que oficiaba en el altar de Júpiter.

Pág. 55. vv. 4 y sig.—El corazón, el hígado y los demás intestinos de las víctimas, suministraban al augur medios para adivinar lo futuro. Parece que los atletas consultaban á éste antes de la lucha.

Pág. 56, v. 22.—*Allí Temis.*—Temis, madre de la Justicia, era hija del Cielo y de la Tierra. Tenía un templo en Tebas, y quizá por esto la menciona Píndaro tan á menudo.

Pág. 57, v. 10.—*Desde Eaco, la Dórica familia la gobernó.*—Muerto Eaco, Triacón tomó posesión de Egina con un ejército de Argivos, que eran de origen Dórico.

Pág. 57, v. 13.—*Al semidiós llamaron.*—De otra manera no habrían podido ser destruídos los muros de Troya, si sólo dioses inmortales los hubieran edificado.

Pág. 57, v. 23.—*La asaltan tres serpientes.*—Simbolizaron éstas los tres asaltos dados á Troya: el primero por Peleo y Telamón, el segundo por Aquíles, y el tercero por Pirro.

Pág. 58, v. 7.—*En la primera y cuarta generación.*—Peleo y Telamón pertenecían á la primera generación de Eaco, *exclusive;* Pirro á la cuarta, incluyendo á Eaco en el cómputo.

Pág. 58, v. 11.—*Y de las Amazonas,* etc.—Esta nación, real ó imaginaria, de belicosas mujeres, se hallaba en Capadocia, cerca del río Termodonte. No se dice por qué las visitó Apolo, ni menos cómo pasó por esas comarcas, yendo del Xanto (río llamado Escamandro por los Dioses, según Homero, y que corría cerca de Troya) al Danubio y á la región de los Hiperbóreos.

Pág. 59, v. 1.—*En el pancracio.*—Era el *pancracio* una especie de combate en que los atletas luchaban con todos los miembros y fuerzas de su cuerpo. Plutarco da á entender que era un certamen compuesto del pugilato y la lucha.

Pág. 59, v. 26.—*A los bravos Blepsiades.*—Eran una tribu de Egina, á la cual pertenecía Alcimedonte.

Pág. 60, v. 7.—*¡Oh Fama, de Mercurio hija!* No es á la *Fama* que conocemos á quien invoca el poeta, sino á Ἀγγελία, hija de Mercurio, ἄγγελος ó mensajero de los Dioses, encargado de llevar al Orco las almas de los muertos y de presidir los juegos. Algunos intérpretes latinos traducen esa palabra *Nunciatio.* ¿Quedaría bien expresada en castellano, por *Anunciación, hija del heraldo de los Dioses?* Puede ser; pero no me atreví á traducirla de tal modo, y preferí seguir á los intérpretes ingleses é italianos, y á nuestro Berguizas. Parece que los difuntos Ifión y

Calímaco, que más abajo se mencionan, eran el tío y el padre del vencedor.

Pág. 60, v. 19.—*A Némesis.*—Era Némesis diosa de la venganza, la más inexorable de todas las divinidades, y destinada á mezclar infortunios con la felicidad humana para apartar á los hombres de la insolencia y del orgullo.

ODA NOVENA.

Dedicada al luchador Efarmosto, de Opunte, capital de Locris. Escrita en la Olimpiada 81, año 1.°, 456 antes de J. C. Cantada á la luz de las antorchas en dicha ciudad, al volver el vencedor de coronar el altar de Ayax.

Pág. 61, v. 1.—*Bastante ha resonado*, etc.—Fué Arquíloco, poeta de Paros, célebre por sus versos yámbicos y por la acrimonia de su musa. Floreció trescientos años antes de Píndaro, y compuso un himno en honor de Hércules, que constaba de *tres* estancias, y que, según la costumbre que después se introdujo, *tres* veces se cantaba en los juegos olímpicos. Píndaro, con su oda compuesta *ad hoc*, hace callar esta triple melodía, que siendo *de communi*, no podía satisfacer á cada vencedor. Véase en la Olímpica I la historia de Hipodamía y Pélope, y no se olvide que el monte Cronio era una colina en Olimpia, consagrada á Saturno.

Pág. 62, vv. 7 y sig.—*¡Temis! En ella imperas, con Eunomia.*—Temis y Júpiter eran padres de las Horas, llamadas *Dice* ó la Justicia, *Irene* ó la Paz, y *Eunomia* ó la *Buena Ley*. Cerca del Alfeo estaba Olimpia, y junto á la fuente Castalia Delfos ó Pitona: la madre de los Locreses es Opunte, su capital.

Pág. 62, vv. 25 y sig.—*¿Sin ellos cómo pudo*, etc.—Hércules, muerto Traquinio, vino á Pilos por orden de Febo, para que Neleo, hijo de Neptuno, lo purifi-

case. Negóse Neleo, y riñó con él el semidiós, y con Neptuno, que acudió á la defensa de su hijo.

El mismo Hércules vino á Delfos á consultar al oráculo, y al respondérsele que Apolo no estaba en casa ni podía darle audiencia, airado derribó la trípode y se portó en el templo con desacato inaudito.

El mismo, cuando bajó al Infierno á sacar al Cerbero, tuvo antes que vencer á Plutón, que se oponía á la empresa. La *vara* que aquí se dice pertenecer á éste, generalmente se atribuye á Mercurio, á quien servía para conducir á las regiones infernales las almas de los difuntos.

Pág. 63, v. 13.—*De Protogenia la ciudad.*—Llámase así á la ciudad de Opunte, del nombre de Protogenia, madre del joven Opunte.

Pág. 63, vv. 16 y sig.—*Bajaron del Parnaso y de las piedras*, etc.—Pirra y Deucalión, salvados del diluvio en el monte Parnaso, consultaron el oráculo de Temis sobre la regeneración de la raza humana. Por su orden arrojaron piedras tras de sí, que se convirtieron en hombres y mujeres, y formaron un pueblo nuevo. En griego piedra es λᾶας, y de esta palabra se supone derivada la voz λαός, pueblo.

Pág. 64, vv. 7 y sig.—Oscuro es este pasaje en el original, y no me glorío de haberle dado claridad en la traducción. Consulte el curioso á Benedict, Heyne y el antiguo Escoliasta, á quien he seguido esta vez. Dirígese el poeta á los Locreses, descendientes de Júpiter y de Protogenia, hija de Deucalión (llamado también Opunte y nieto de Japeto) y esposa de Locro. ¿Se llenó éste de regocijo porque su consorte había concebido por obra del Rey de los Dioses, ó porque creyó que era propio el fruto divino? Benedict en su paráfrasis indica lo segundo.

Pág. 65, vv. 8 y sig.—*Cuyo vástago*, etc.—Patroclo, el amigo de Aquiles, era hijo de Menecio y de Esténele; Telefo lo era de Hércules y Auge. Teutrante (que aquí llamo *Teutrano)* era rey de Misia, en cuya costa

desembarcaron por error los Griegos en su expedición contra Troya.

Pág. 66, vv. 11 y sig.—No sólo había en Grecia los juegos Olímpicos, Píticos, Istmicos y Nemeos, sino que se celebraban en Atenas los Panateneos, en honor de Minerva; en Argos y Pelene otros en honor de Juno; en Maratona, en honor de Hércules; en Parrasia, ciudad de Arcadia, los Liceos, en honor de Júpiter Liceo. En Eleusis, Ceres y Proserpina eran honradas con los juegos Demetrios, Anaclipterios y Eleusinios; y en Tebas, donde estaba el monumento de Yolao, hijo de Ificles, el hermano de Hércules, celebrábanse fiestas en honor del mismo.

Pág. 67, v. último.—*Lleva al altar del vástago de Oileo.*—En Opunte había también juegos consagrados á Ayax, hijo de Oileo, caudillo de los Locreses en la guerra de Troya.

ODA DÉCIMA.

Dedicada á Agesidamo, hijo de Arquéstrato, de Locris Epizefiria ú Occidental, quien fué vencedor en el pugilato en la Olimpiada 74 según unos, en la 84 según otros. La oda fué escrita muchos años después, y para compensar al héroe de la tardanza, le promete pagar su deuda con *usura*, como lo hace dedicándole con este nombre también la oda siguiente.

Pág. 71, v. 2.—*Del inocente Cteato y de Eurito.*—Eran éstos hijos de Neptuno y de Moliona, que ayudaron á Augías en su guerra contra Hércules, cuando éste quiso hacer efectivo el precio estipulado por aquél, por la limpia de sus establos.

Quien haya leído atentamente las notas anteriores, comprenderá esta oda sin necesidad de más explicaciones, que omito *brevitatis causa.*

ODA UNDÉCIMA.

Constituye esta oda la ganancia ó usura prometida en la anterior.

ODA DUODÉCIMA.

Dedicada á Ergóteles, natural de Cnoso, en Creta, y vecino de Himera, en Sicilia, desde la sedición en que tomó parte y lo obligó á expatriarse. Fué vencedor en la *carrera larga* (es decir, recorriendo doce veces el estadio; ó, según Suidas, veinticuatro veces) en la Olimpiada 77, año 1, 472 antes de J. C. Fué cantada en Himera, en el templo de la Fortuna.

Pág. 77, v. 2.—*De Jove soberano.*—Perdóneme el lector por haber omitido, no permitiéndomelo el metro, el epíteto de *Libertador,* que aquí da el autor á Júpiter, y que le conviene admirablemente, ya por haber libertado á Ergóteles de los peligros que corrió en Creta, ya en memoria de la derrota que los Persas sufrieron en Platea, en Beocia.

Pág. 78, v. 9.—*Cual gallo altivo*, etc.—Lo que aquí expreso en una estrofa entera, Píndaro lo dice con una sola palabra: ἐνδομάχας. Las monedas de Himera tenían estampado un gallo, y naturalmente ocurrió al poeta esta bellísima comparación.

Pág. 78, v. 24.—*Das de las ninfas á la tibia fuente.*—Cuando Hércules llevaba por Sicilia las vacas de Gerión, Minerva hizo brotar esta fuente, cerca de Himera, para alivio del fatigado semidiós.

ODA DÉCIMOTERCERA.

Dedicada á Jenofonte de Corinto, que fué vencedor en la Olimpiada 79 año 1, 464 antes de J. C. Cantada

en Corinto, en la procesión formada al regreso del héroe. Su victoria fué doble, á saber: en la carrera á pie, y en el quíntuple ejercicio compuesto de salto, carrera, arrojar el disco, lanzar el dardo, y lucha. Este último llámase en griego πένταθλον, en latín *quinquertium*. Aunque el traductor italiano lo llama *pentatlo*, y nuestro Berguizas *quinquercio*, no me he atrevido á introducir estos nombres en castellano, y he preferido llamarle *cinco-juegos*, *cinco-lides* ó *cinco-luchas*.

Pág. 79, v. 9—*En donde Eunomia mora.*—Véanse las notas á la Oda IX.

Pág. 80, v. 9.—*Hijos del noble Aleta.*—Aleta ó Aletes, biznieto de Hércules, conquistó á Corinto al frente de un ejército de Dorios. Los Corintos, por tanto, se llaman aquí sus hijos.

Pág. 80, v. 18.—*Y el Báquico cantar.*—Era el *Ditirambo* una danza circular acompañada de un himno, inventada en Corinto, y acostumbrada en las fiestas de Baco. El premio del compositor era un toro que se inmolaba al dios.

Pág. 80, vv. 19 y 20.—*El instrumento que al rápido corcel lanza y enfrena*, etc.—Como veremos en esta misma oda, el freno fué inventado en Corinto, lo mismo que el arte de manejar caballos.

Pág. 80, v. 22.—*Con las águilas de oro.*—Sobre el pórtico de los templos griegos había unas águilas; adorno introducido por los Corintios.

Pág. 80, v. 27.—*A su lado Marte.*—Alude probablemente á la parte que los Corintios tomaron en las batallas de las Termópilas, Salamina y Platea.

Pág. 81, v. 30.—*Las Helótides arenas.*—Los juegos Helótides consistían en carreras con antorchas, y se celebraban en Corinto en honor de Minerva Helótide.

Pág. 82, v. 6.—*El bosque del león.*—Es decir, los juegos Nemeos.

Pág. 82, v. 23.—*De tu Sísifo.*—Fué rey de Corintio y abuelo de Belerofonte. Aunque condenado en el In-

fierno á estar rodando continuamente, del pie á la cumbre de una colina, una inmensa piedra, que volvía luego á caer, era muy estimado en su antiguo reino.

Pág. 82, v. 27.—*A la tierna Medea.*—Fué hija de Etas, rey de Cólquide. Cuando llegaron los Argonautas en busca del Vellocino de oro, ella, enamorada del caudillo Jasón, lo libró de las asechanzas de su padre, le hizo obtener el deseado vellón, y lo siguió á bordo del *Argo.*

Pág. 83, vv. 2 y 3.—*Al Efireo se miró ya sitiado, ya asaltante.*—Efira es el antiguo nombre de Corinto. Glauco, rey de Licia y nieto de Belerofonte de Corinto, combatió al lado de Príamo en el célebre sitio, mientras los Corintios, al mando de Agamenón, estaban de parte de los sitiadores. La fuente Pirene, célebre por sus aguas cristalinas, estaba al pie de la ciudadela de Corinto.

Pág. 83, vv. 16 y sig.—*¡Cuántas penas al Príncipe*, etc.—Belerofonte, hijo de Glauco (que no hay que confundir con el Glauco de que acabamos de hablar), domó á Pegaso, el caballo alado de las Musas, nacido de la sangre de Medusa, una de las tres Górgonas, cuando la degolló Perseo. El modo lo narra Píndaro en la oda presente.

Pág. 85, v. 9.—*A Quimera.*—Era Quimera un monstruo, cuya parte anterior era de león y la posterior de serpiente.

Pág. 85, v. 12—*A los Solimos.*—Habitaban la región entre Licia y Panfilia. Después que Belerofonte intentó subir al cielo sobre Pegaso, Júpiter mandó un tábano que hirió al corcel, el cual derribó á su jinete, y fué admitido en las caballerizas del cielo, convertido en constelación.

Pág. 85, v. 19.—*Oligetidas.*—El héroe de esta oda pertenecía á la tribu de los descendientes de Oligeto.

Pág. 86, v. 14.—*Su valor atestiguan*, etc.—Véanse las notas á las Odas VII y IX.

ODA DÉCIMOCUARTA.

Dedicada á Asópico de Orcómeno, vencedor en las carreras á pie en que competían niños, el año 1.° de la Olimpiada 76, 476 antes de J. C. Cantada en el templo de las Gracias en Orcómeno.

Pág. 87, vv. 1 sig.—*Gracias espléndidas*, etc.—Orcómeno, llamada también Minia, era una ciudad de Beocia bañada por el río Cefiso. En ella había un templo dedicado á las Gracias (cuyos nombres vemos más abajo); y las estatuas de las tres diosas se veían en el de Delfos, sentadas al lado de Apolo.

Pág. 88, v. 19.—*¡Eco! á Cleódamo la grata nueva.*—Es muy admirado este apóstrofe á Eco (ninfa que se enamoró de Narciso, hijo del Cefiso, cuyas aguas corrían á los pies del poeta) para que lleve la fausta noticia al difunto padre del vencedor.

NOTAS A LAS PITICAS.

JUEGOS PÍTICOS.

Eran los Juegos Píticos certámenes sagrados en honor de Apolo, que se celebraban cerca de Pitona, llamada después Delfos, al pie del monte Parnaso. Se honraba en ellos también á Diana y á Latona, y á semejanza de los mayores, había otros de inferior categoría en Magnesia, Sición y otros puntos.

Su institución se remontaba nada menos que al mismo Apolo, quien después de haber muerto á la serpiente Pitón (nacida del lodo de la tierra al retirarse las aguas del diluvio) los estableció siete días después de su victoria, para conmemorar tan fausto acontecimiento. Las Ninfas del Parnaso le ofrecieron entonces sus dones; y siendo nueve las Musas, se determinó que los juegos se celebrasen cada nueve años. Después se redujo el período á cinco años; su época era á la entrada de la primavera. Los primeros ejercicios fueron el *pancracio* y las *cinco-luchas* ó el *pentatlo* (de que se ha hablado en las notas á las Olímpicas); más tarde se admitieron todos los juegos de

Olimpia, con excepción de las carreras de cuadrigas, y por último también éstas. Había asimismo certámenes musicales y poéticos, que constituían el rasgo más prominente de los juegos Píticos, superiores bajo este punto de vista á los Olímpicos. Había además una especie de *exposición* de pinturas y esculturas. El premio consistía en una palma, y en una corona que primero fué de encino y después de laurel.

ODA PRIMERA.

Dedicada al mismo Gerón de la primera Olímpica, que aquí se titula *Etneo*, por haber fundado recientemente la ciudad de Etna en el lugar de Catania, á cuyos habitantes desterró. La victoria en el carro, que aquí se conmemora, fué obtenida probablemente, en la Pitiada 29, equivalente al año 3.º de la Olimpiada 76, 474 años antes de J. C. Cantada en Siracusa en un banquete en el palacio real.

Pág. 92, v. 22.—*Tifeo, el enemigo*, etc.—Fué este rebelde gigante el hijo menor de Tártaro y la Tierra, según Hesíodo.

Pág. 95, v. 7.—*Cual Filoctetes, militó doliente.*—Compara el poeta á Gerón con Filoctetes, no porque padeciese la misma enfermedad (que en aquél era el mal de piedra), sino por haber salido á campaña enfermo.

Pág. 96, v. 8.—*El sabio código Hilio.*—Hilo, hijo de Hércules, á la muerte de éste se retiró á la Atica con los demás descendientes de su padre, y fué, en una incursión al Peloponeso, muerto por Equemo de Tegea. Los Heráclidas se establecieron entonces entre los Dorios, bajo Egimio y su hijo Pánfilo, cerca del Pindo y el monte Eta. De allí hicieron otra incursión al Peloponeso y tomaron á Amicla (donde nacieron los divinos Gemelos, Cástor y Pólux); y por último se esta-

blecieron en Laconia y Mesenia, al pie del Taigeto. Con gente de estas regiones se colonizó Etna, y Gerón les dejó sus primitivas leyes.

Pág. 96, v. 22.—*Que cuantos del Amena.*—Era el Amena río de Sicilia, que corría junto á la ciudad de Etna.

Pág. 97, vv. 1 y siguientes.—Gerón y su hermano Gelón (hijos del viejo Dinomenes) derrotaron en Himera á Amílcar el Cartaginés, quien después de haber perdido en el mar sus caballos y carros, desembarcó en Palermo. Todos los Cartagineses, incluso Amílcar, perecieron ó cayeron prisioneros, salvo unos cuantos que se escaparon en veinte buques y poco después naufragaron. No sin razón comparan Píndaro y Diódoro esta gran batalla á las célebres de Salamina y de Platea (junto al monte Citerón), en que los Persas fueron vencidos. La batalla naval de Cumas fué ganada por Gerón en la Olimpiada 76, año 3.°

Pág. 99, vv. 1 y siguientes.—*No muere la memoria.* —Creso, el célebre rey de Lidia, se distinguió no menos por sus riquezas que por su liberalidad y por la protección que dispensó á Solón. Faláride era el tirano de Agrigento que se complacía en atormentar á sus víctimas, encerrándolas en un toro de metal calentado al efecto.

ODA SEGUNDA.

Dedicada al mismo Gerón; pero no convienen los intérpretes por qué victoria. Cantada en Siracusa.

Pág. 101, v. 9.—*A su natal Ortiga.*—Ortigia, que por licencia poética llamo aquí *Ortiga*, isla situada junto á Siracusa, donde algunos dicen que nació Diana.

Pág. 102, v. 11.—*De Cinira*, etc.—Era éste rey de Chipre, sacerdote del templo de Venus, hijo de Pafos

y Apolo. Dinomenes, el padre de Gerón, era oriundo de Chipre.

Pág. 102, v. 16.—*La Locrés doncella.*—Alude á la seguridad que dió Gerón á los Locreses, habitantes de Calabria, impidiendo que los asaltase Anaxilao, rey de Regio.

Pág. 102, v. 22.—*Del mísero Ixión*, etc.—Habiendo Ixión matado á su suegro, á pesar de la ira general de los Dioses, fué defendido por Júpiter, que tenía relaciones adúlteras con la mujer de aquél. Llevado al cielo, pagó á Júpiter sus favores de la manera que leemos en el texto.

Pág. 104, v. 13.—*Centauro se llamó.*—A pesar de este nombre, no fué el hijo de Ixión todavía el animal biforme que apellidamos *centauro.*

Pág. 105, v. 6.—*De Arquíloco mordaz.*—Vivió este poeta doscientos años antes de nuestro lírico.

Pág. 106, v. 13.—*La melodía Castorea.*—Es decir, una canción en honor del que ha vencido en las carreras de carros, por el estilo de las que Cástor cantaba.

Pág. 106, v. 19.—*Sírvate Radamanto de modelo.*—Radamanto, Cretense, hijo de Júpiter, célebre por su justicia en la tierra, fué constituído juez también en el Averno.

ODA TERCERA.

Dedicada al mismo Gerón, dos veces victorioso en las carreras de caballos de silla, en las Olimpiadas 73 y 74. Esta oda sólo se envió á Siracusa, en el aniversario de la victoria, Olimpiada 76, año 3.º, 474 antes de J. C.

Pág. 111, v. 16.—*A Lacerea.*—Ciudad de Tesalia, cerca del Monte Pelio.

Pág. 112, vv. 14 y sig.—*Aprovechado el discípulo fué*, etc.—Este pasaje es digno de llamar la atención

del lector, por la luz que nos da acerca de la medicina de los antiguos.

Pág. 113, v. 3.—*Arrebatar á Hipólito difunto.*—Hipólito, solicitado frecuentemente por su madrastra Fedra, resistió heroicamente á sus incestuosas asechanzas. La desdeñada mujer lo acusó entonces á Teseo, esposo de ella y padre de aquél, de haberla requerido de amores, y el crédulo marido maldijo al inocente joven, que fué arrojado poco después de su carro, asustados los caballos por un monstruo marino que envió Neptuno á darle muerte.

Pág. 113, v. 24.—*A magnánimos héroes atormenta.*—Alude á Gerón, afligido entonces por penosa enfermedad.

Pág. 114, v. 8.—*Conquistara en Cirra.*—Era Cirra el puerto de Delfos. Ferénico, no se olvide, era el nombre del caballo de Gerón.

Pág. 114, v. 13.—*A la gran Madre.*—Píndaro, piadoso en extremo, había erigido frente á su casa un templo á Rhea y á Pan.

Pág. 115, v. 26.—*A Tiona.*—Otro nombre de Semele, cuya historia se refiere varias veces en este libro.

ODA CUARTA.

Dedicada á Arcesilao, rey de Cirene, vencedor en las carreras de carros el año 3.° de la Olimpiada 78, 466 antes de Jesucristo. Cantada en un banquete en Cirene.

Pág. 117, v. 9.—*Entre las áureas águilas.*—Para saber cuál era el *Centro (umbilicus) de la Tierra*, Júpiter envió al mismo tiempo dos águilas de Oriente y Occidente, y se encontraron en Delfos. En memoria de este fausto acontecimiento, se erigieron en el templo de Apolo dos águilas de oro, entre las cuales se sentaba la sacerdotisa.

Pág. 117, v. 12.—*Bato*, fundador de la dinastía *Ba-*

tida, á que pertenecía Arcesilao, parece ser el asunto principal de esta oda, escrita con el objeto de lisonjear el amor propio del Rey de Cirene, para que perdonase al rebelde Demofilo.

Pág. 118, v. 6.—*Llegaba (dijo)*, etc.—Este vaticinio confirma el de Medea, que pocas líneas más abajo refiere íntegro el poeta. Fué dirigido á *Bato*, al consultar éste el oráculo Délfico, acerca del modo de curarse del defecto que tenía en la lengua y lo hacía tartamudo.

Pág. 118, v. 15.—*Honda raiz de almas ciudades.*—Refiérese al terrón milagroso de que se habla más adelante. Libia (la ninfa) fué hija del Argivo Epafo, y Libia (el continente) estaba consagrada á Júpiter.

Pág. 120, v. 12.—*Tenaro do del Orco está la entrada.*—Era el Tenaro un promontorio en la costa de Laconia, donde había en la tierra una abertura que los antiguos creyeron ser una de las puertas del Infierno.

Pág. 121, v. 11.—*Hijo de Polimnesto.*—Es decir, Bato, el tartamudo progenitor de Arcesilao.

Pág. 121, v. 24.—*Para los Minias.*—Llama el poeta Minias á los Argonautas, quizá porque muchos de ellos descendían de las hijas de Minias, hijo de Neptuno.

Pág. 123, v. 11.—*Ni Oto ser ni Efialtes podría.*—Eran hijos de Aloeo é Ifimedía, y á los nueve años tenían ya nueve varas de largo y nueve codos de ancho. Declararon guerra á los Dioses, y lograron encadenar á Marte, pero fueron muertos por Apolo.

Pág. 123, v. 14.—*De Artemis las flechas*, etc.—El gigante Ticio requirió de amores á Latona y fué castigado con la muerte por Diana.

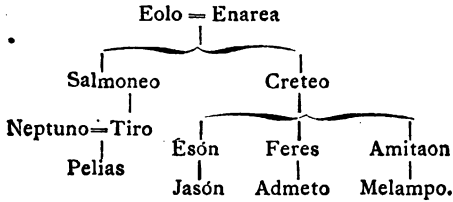
Pág. 123, v. 24.—*Que el pie derecho solitaria cubre.*—Perdió Jasón una sandalia al cruzar el río Anauro, cerca de Jolcos.

Pág. 124, v. 7.—*De Cariclea*, etc.—Era la esposa de Quirón.

Pág. 127, v. 17.—*De Neptuno Petreo*, etc.—Vínole

este epíteto de Petra, ciudad de Tesalia, donde era honrado con juegos.

Pág. 127, v. 26.—*A mi abuelo Creteo.*—Una errata de imprenta hizo poner *tu abuelo* en vez de *mi abuelo.* He aquí la genealogía de nuestros héroes:



Pág. 129, v. 4.—*Que saque me pide.*—Frixo, hijo de Atamante, perseguido por Ino, su madrastra, huyó con su hermana Hele sobre un carnero de vellón de oro, y se refugió cerca de Etas, rey de Cólquide, por quien fué muerto. Finge Pelias que el oráculo Délfico le manda aplacar los manes de Frixo y rescatar el vellocino de oro. Los antiguos tenían cierta idea de que el alma se enterraba con el cuerpo.

Pág. 132, v. 20.—*á la boca del Axino.*—Antiguo nombre del *Ponto Euxino*, por su fama de inhospitario (ἄξεινος).

Pág. 133, v. 9.—*A las Simplégades.*—Eran dos rocas flotantes, en el estrecho del Ponto Euxino. Envueltas en continua niebla y agitadas por los vientos, se juntaban á menudo aplastando cuanto entre ellas se encontraba. El *Argo* pasó por en medio, aunque con algunas averías, y desde entonces los islotes quedaron inmóviles.

Pág. 133, v. 20.—Iinge era una ninfa, hija de Eco, que con sus encantos hizo enamorar á Júpiter de Ío. La celosa Juno la transformó en el bullicioso pajarillo llamado *pezpita.*

Pág. 137, v. 10.—*Homicida falange de viudas.*—Las

mujeres de Lemnos asesinaron á todos los hombres, con excepción de Toante, padre de su reina Hipsípila. en castigo de la infidelidad de aquéllos. Celebraban los funerales de Toante, muerto después, cuando llegaron los Argonautas; y se aprovecharon las viudas de la ocasión para que no se despoblara la isla. La que se unió á Eufemo fundó así la dinastía real de Cirene.

Pág. 138, v. 23.—*Y viene á interceder por Demofilo.*—Si hemos de creer al Escoliasta, la oda agradó tanto al Rey, que levantó el destierro al rebelde Demofilo.

ODA QUINTA.

Al mismo Arcesilao, por la misma victoria. En la oda anterior ensalzó la dinastía; en la presente canta el poeta el triunfo del Rey y de su auriga Carroto, y celebra las glorias de los Dioses que lo protegieron.

Pág. 141, v. 9.—*La invernal tormenta.*—Alude á las recientes guerras civiles de Cirene

Pág. 142, estrofas 5.ª y 6.ª—Para hacer inteligible mi versión, me permití añadir, por vía de paráfrasis, las sentencias que se ven en letra cursiva. Epimeteo fué el personaje que aceptó de manos de Júpiter á Pandora, desechando los consejos de su previsor hermano Prometeo, á quien dirigió *excusas tardías* cuando el mal ya no tenía remedio.

Pág. 143, v. 19.—*Progenie de Alexibes.*—El príncipe y auriga Carroto.

Pág. 145, v. 14.—*De Antenor á la progenie.*—Los hijos del Troyano Antenor, después de la toma de Troya, se unieron á los Griegos que acompañaron á Helena, y se establecieron en Cirene.

ODA SEXTA.

En honor de Xenócrates, hermano de Terón de Agrigento y padre de Trasibulo, á quien está dedicada. La victoria en las carreras de carros que forma el asunto, fué obtenida en la Olimpiada 71, año 3.°, 494 antes de Jesucristo.

Pág. 149, v. 5.—*A los Emenidas.*—La familia de Terón.

Pág. 149, v. 7.—*Tesoro opulento.*—Compara el poeta sus himnos al tesoro del templo de Febo.

ODA SÉPTIMA.

Dedicada al Ateniense Megacles, de la tribu de los Alcmeónidas, por su victoria en las carreras de cuadrigas, obtenida el año 3.° de la Olimpiada 72, 490 antes de Jesucristo.

Pág. 153, v. 7.—*La ilustre ciudad de Erecteo.*—Fué Erecteo el sexto rey de Atenas.

ODA OCTAVA.

Dedicada al luchador Aristomenes de Egina. Su fecha es incierta: quizá fué escrita el año 478 antes de Jesucristo, dos años después de la batalla de Salamina, á la cual parece aludir el poeta.

Pág. 156, v. 7.—*Ignoraba Porfirio.*—Uno de los gigantes que, con Tifón, declararon la guerra á los Dioses.

Pág. 158, v. 3.—*Del gran hijo de Oicleo.*—Es decir, Anfiarao. Sobre su expedición contra Tebas, véase la la Olímpica VI. La predicción que en seguida se lee, se refiere á la segunda expedición contra Tebas, acau-

dillada por los *Epigones,* ó sea los descendientes de los siete jefes de la primera, entre ellos Alcmeón, hijo del mismo Anfiarao.

Pág. 158, v. 22.—*La ciudad de Abante.*—Argos, uno de cuyos reyes fué Abante, hijo de Linceo.

ODA NOVENA.

Dedicada á Telisicrates, hijo de Carniades, que en la Olimpiada 75, año 3.º, 478 antes de Jesucristo, obtuvo el premio en las carreras á pie, en que los competidores iban cubiertos de pesada armadura.

Pág. 163, v. 8.—*Ninfa bella.*—De la mención de la ciudad de Cirene, pasa el autor con poético arrojo á la historia de la ninfa Cirene, fundadora y numen tutelar de aquélla.

Pág. 164, v. 16.—Pongamos en forma y para mayor claridad, la genealogía que aquí traza Píndaro:

El mar Océano
|
El río Peneo=Creusa, Náyade ó sea ninfa de fuente.
|
Hipseo
|
Cirene.

Pág. 168, v. 22.—*Tebas del infierno salir lo vió.*—Yolao, el amigo de Hércules, obtuvo de éste el permiso de salir del Orco por un solo día para librar á los Heráclidas del tirano Euristeo, que después de arrojarlos del Peloponeso, los seguía amenazando de muerte.

Pág. 169, v. 11.—*Desde el dragón y los sembrados dientes.*—Una de las aventuras de Cadmo fué la muerte que dió al dragón que custodiaba el pozo de Marte. Por consejo de Minerva sembró el héroe los dientes de la alimaña, y de ellos nacieron hombres armados, que se destruyeron mutuamente con ex-

cepción de cinco, los cuales fueron progenitores de los Tebanos.

Pág. 170, v. 11.—*De Palas en la arena.*—Refiérese á los juegos Panateneos, que cada cinco años se celebraban en Atenas.

Pág. 171, v. 7.—*Recuerda de Danao*, etc.—El hecho narrado por el poeta pasó después que las cincuenta hijas de Danao habían degollado á sus maridos, con excepción de Hipernestra, que dejó vivir á Linceo, y de Amimona, prometida de Neptuno.

Pág. 172, v. 1.—*A la hueste de Nómades.*—Llamáronse así los habitantes de África que después se apellidaron Númidas.

ODA DÉCIMA.

Dedicada á Hipocles, de Pelineo en Tesalia, que en la Olimpiada 69, año 3.°, 502 antes de Jesucristo, triunfó en las carreras á pie llamadas *dobles* (δίαυλος) porque se recorría dos veces el estadio, del punto de partida á la meta, y de la meta al punto de partida.

Pág. 173, vv. 13 y 14.—No se olvide que los Anfictiones eran los jueces; que Delfos se hallaba junto al Parnaso, y Cirra en la costa cerca de Delfos.

Pág. 175, v. 4.—*Del Hiperbóreo*, etc.—Parece que esta frase es hiperbólica, semejante á la de *pasar más allá de las Columnas de Hércules*, ú otras de este género. Hércules, como se narra en la Olimpiada 3.ª, penetró en aquella región septentrional, de donde sacó el laurel para los vencedores en los juegos.

Pág. 175, v. 5.—*Sólo Perseo*, etc.—Fué Perseo hijo de Danae y de Júpiter, quien penetró, bajo la forma de lluvia ó nieve de oro, á la torre en que Acrisio había encerrado á su hija. Perseo y su madre fueron lanzados al mar por el mismo Acrisio, en una frágil barquilla que los llevó á la isla de Serifo, una de las Cícladas. Lo educó Polidectes, rey de la misma; pero

más tarde, queriendo deshacerse de él, lo invitó á un banquete á que cada uno de los convidados tenía que llevar como presente un caballo. No pudiendo cumplir Perseo con este requisito, ofreció llevar la cabeza de la Górgona Medusa, como lo hizo, precisamente en el momento en que Polidectes requería de amores á la madre de aquél. Dicha cabeza tenía la propiedad de convertir en piedras á cuantos la miraban, y así sucedió con Polidectes y sus compañeros.

Pág. 176, v. 14.—*Los habitantes de la bella Efira.*—No sólo Corinto, sino otras varias ciudades se llamaron al principio *Efira.* Aquí parece que se habla de Cranonia, en Tesalia.

ODA UNDÉCIMA.

Dedicada al joven Trasideo, de Tebas, vencedor en la carrera sencilla á pie en la Olimpiada 75, año 3.º, 478 antes de Jesucristo. Cantada en Tebas, en la procesión al templo de Apolo Ismeno.

Pág. 179, vv. 11 y sig.—*De Melia,* etc.—Fué Melia una Nereida, madre de Ismeno por obra de Apolo. Dió su nombre al río Ismeno, que bañaba á Tebas, y al templo que en sus orillas se edificó al divino padre del río.

Pág. 180, v. 19.—*De Pílades,* etc.—Fué éste rey de Focis, en cuyo territorio se celebraban los juegos Píticos.

Pág. 182, vv. 12 y sig.—*¡Oh Musa, si vendieras...*—Este es uno de los muchos pasajes de Píndaro, no sólo oscuros, sino que se prestan á versiones contradictorias. Yo he seguido á Heyne en su interpretación favorable al poeta; pero en el fondo de mi corazón creo que el gran lírico dijo, como otros traducen: *He alquilado mi musa al héroe de esta oda, y no me es lícito divagar elogiando á quien no me paga.*

Pág. 184, estrofa última.—Ya se ha hablado de Yo-

lao, sobrino y auriga de Hércules. Cástor y Pólux, como se verá más extensamente en la Nemea X, vivían alternativamente en el cielo y en Terapne, donde estaba su sepulcro.

ODA DUODÉCIMA.

Dedicada á Midas de Agrigento, que dos veces en los juegos Píticos y una en los Panateneos, ganó el premio en los certámenes musicales, como flautista. Escrita en la Olimpiada 72, año 3.º, 490 antes de Jesucristo. Cantada en Agrigento (la moderna Girgenti) al entrar en triunfo el vencedor.

Pág. 185, v. 2.—*Tú, de Proserpina.*—La isla de Sicilia fué concedida por Júpiter á Proserpina, como dote.

Pág. 186, v. 7.—*Las tres audaces Górgonas.*—Eran hijas de Forcis y Ceto.—Llamábanse Medusa, Euriala, y Esteno; sólo la primera era mortal; pero todas veían con los mismos ojos, de modo que al morir aquélla quedaron ciegas aun las inmortales. Véanse las notas á la oda anterior.

NOTAS A LAS NEMEAS.

JUEGOS NEMEOS.

Los Juegos Nemeos, una de las cuatro fiestas nacionales de primer orden entre los Griegos, se celebraban en Nemea, cerca de Cleona, en la Argólide. Fueron fundados por los siete caudillos de la primera expedición contra Tebas, y restablecidos por Hércules después que mató al terrible león de Nemea. Se consagraban á Júpiter, y al principio sólo guerreros, ó hijos de guerreros, podían tomar parte en los certámenes, todos de un género belicoso. Al último, todos los Griegos podían concurrir, y se admitieron toda clase de luchas, á saber: las carreras en el estadio, el disco, el salto, la lucha, el pugilato, el *pancracio,* el *quinquercio* ó los *cinco-juegos,* y las carreras de carros. Los jueces eran de Cleona, vestían togas negras, y daban por recompensa una corona, que al principio era de oliva y después de apio. La época de la celebración era cada tres años, en el mes *Panemo* según unos, en invierno según otros.

ODA PRIMERA.

Dedicada á Cromio, hijo de Agesidamo y cuñado del rey Gerón, vencedor en las carreras de carros, en la Olimpiada 76, año 3.°, 473 antes de J. C., poco después de la fundación de la ciudad de Etna. Cantada en la isla de Ortigia, en el vestíbulo del palacio del vencedor.

Pág. 191, v. 2.—*Ortigia sacra, que reposo á Alfeo.* —El río Alfeo, enamorado de la ninfa Aretusa, la fué siguiendo por debajo del mar hasta Sicilia; y en Ortigia, isla frente á Siracusa, fué donde primero se detuvo á respirar después de tan larga excursión. En la misma Ortigia nació Diana; en Delos (hasta entonces isla que erraba por los mares) nació su hermano Apolo.

Pág. 193, vv. 7 y 8.—

Que á todo pecho emprendedor alcanza
De cubrirse de gloria la esperanza.

El original dice: Κοιναὶ γὰρ ἔρχοντ' ἐλπιδες πολυπόνων ἀνδρῶν.

Puede significar precisamente lo opuesto, y traducirse:

Sin olvidar que á todos nos alcanza
Hondo temor de súbita mudanza.

Pág. 193, v. 12.—*Nuevo Everides.*—Tiresias, hijo de Evero. Véanse, su vaticinio en el Idilio XXIV de Teócrito, y las notas á mi versión del mismo.

ODA SEGUNDA.

Su fecha es incierta: fué cantada en Atenas y dedicada á Timodemo, hijo de Timonoo, vencedor en el

pancracio. No se olvide que el *pancracio* era un ejercicio doble, compuesto de lucha y de pugilato. El luchador nunca hería con los puños; el púgil nunca intentaba derribar á su adversario: al *pancraciasta* eran permitidas ambas cosas, y otras más, como pellizcar, morder, etc.

Pág. 198, v. 13.—*Orión así á las Pléyades.*—La constelación de Orión nace en marzo, poco después de la de las Pléyades. Timodemo, aunque Ateniense, se educó en Salamina, patria de Ayax.

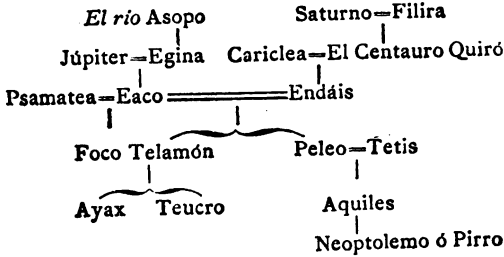
Pág. 198, v. 23.—*Arcania hijos magnánimos.*—Era Arcania uno de los 174 pueblos (δῆμοι) de la Atica.

Pág. 199, v. 14.—*En los juegos de Egioco.*—Es decir, Júpiter portador de la *Egida.*

ODA TERCERA.

En honor de Aristoclides, hijo de Aristófanes, de Egina. Fué compuesta mucho después de la victoria, enviada á Egina y cantada en conmemoración del mismo triunfo, al volver la época de las Nemeas.

Pág. 203, v. 19.—*A Eaco y á Egina,* etc.—La siguiente genealogía aclarará mucho ésta y otras odas.



La ninfa Egina dió su nombre á la isla.

Pág. 206, v. 2.—*Pobre primo de Heleno.*—Laome-

donte era padre de Heleno y de Titono, que lo fué de Memnón, el negro hijo de la Aurora, quien al frente de 10.000 guerreros vino al sitio de Troya.

Pág. 206, v. 20.—*La dignidad Teária.*—Era el *Teário ó Teório*, un lugar consagrado á Apolo Pitio, quien también se llamaba Teório. Parece que en Egina había una dignidad de este nombre, en que al sacerdocio de Apolo estaba unida la magistratura.

ODA CUARTA

Dedicada al joven Timasarco, hijo de Timócrito, de Egina, vencedor en la palestra, en la Olimpiada 80, año 456 antes de J. C. Cantada en Egina mientras la procesión triunfal pasaba por las calles de la ciudad.

Pág. 211, v. 3.—*En los Cleonios juegos.*—Es decir, los juegos Nemeos. Cleona distaba poco de Nemea.

Pág. 211, v. 8.—*Tebas, ciudad amiga.*—La ninfa Teba, lo mismo que Egina, era hija del río Asopo.

Pág. 213, v. 2.—*La nueva luz de Cintia.*—Los juegos Nemeos se celebraban en el novilunio.

Pág. 214, v. 9.—*Que grato vaya á Enona.*—Era Enona el antiguo nombre de Egina. En esta y las siguientes estrofas narra el poeta las vicisitudes de los descendientes de Eaco, y supone que rigen como deidades tutelares los pueblos donde reinaron en vida.

Pág. 215, estrofas 2.ª y siguientes.—Astidamía, llamada también Hipólita, esposa de Acasto, requirió de amores á su huésped Peleo. Desechada por éste, lo acusó ante su esposo (como casi siempre sucede en tales casos) de haber sido él quien atentó á su virtud. Bajo pretexto de una partida de caza, llevó el monarca al casto joven al monte Pelio, donde, atado á un árbol, lo expuso á ser devorado por las fieras. Libertado de ésta y otras asechanzas, tomó á Jolcos, ayudado por sus amigos, derrotó á Acasto y mató á Asti-

damía. Téngase esto presente al leer la oda que sigue.

Pág. 217, v. 9.—*Gozoso á los Teándridas.*—Tribu á que pertenecía el héroe de la oda.

ODA QUINTA.

Dedicada al niño Piteas, vencedor en el *pancracio*, algún tiempo antes de la batalla de Salamina. Cantada en un banquete de Egina, patria del vencedor.

Pág. 221, vv. 1.° y sig.—*Escultor no soy yo*, etc.—Cuéntase que pareciendo muy alto á los interesados el precio que pedía el poeta por su oda, respondieron que era más barata una estatua. Al fin se vieron obligados á ceder á las exigencias de Píndaro, que empezó su cantar con este magnífico exordio, verdadera profecía que todavía se cumple, aun en nuestra remota América, después de 2.362 años. Las estatuas que se erigieron al vencedor, mutiladas y rotas, si es que no sepultadas bajo tierra, ni se reconocen ni son visibles sino á uno que otro anticuario: los versos del príncipe de los líricos se cantan en todas las lenguas, y estampados en mil idiomas, circulan por todo el mundo, llevados, no sólo en las naves de Egina, sino en los rápidos vapores de todas las potencias navales modernas.

Pág. 222, v. 15.—*Al otro hijo de Endáis.*—Véanse las notas á la Nemea III. Una errata de imprenta hizo poner Perseo en vez de Peleo.

Pág. 222, v. 19.—*Me da vergüenza referir la fea*, etcétera.—Nosotros diremos lo que calló Píndaro. Endáis, repudiada por su esposo Eaco, por causa de la ninfa Psamatea, excitó á sus hijos á la venganza. Estos mataron á Foco, y se vieron obligados á emigrar, Telamón á Salamina y Peleo á Ftia, en Tesalia, de donde llegaron á ser reyes respectivamente.

Pág. 223, v. 22.—*De Hipólita*, etc.—Su otro nombre era Astidamía. Véanse las notas á la oda anterior.

Pág. 224, v. 23.—*De su fértil Ega.*—Era Ega una ciudad de Eubea, enfrente de Beocia y de Focis, donde había un templo consagrado á Neptuno.

Pág. 225, v. 15.—*El mes Delfino.*—Nuestro junio poco más ó menos.

Pág. 225, v. 16.—*La colina de Niso.*—Es decir, Megara, de que Niso fué rey.

Pág. 226, v. 4.—*Y si pidiereis que á Temistio alabe.*—Era abuelo materno de Piteas.

ODA SEXTA.

Dedicada al Egineta Alcímides, hijo de Teón y discípulo, en la lucha, de Melesias. Escrita en la Olimpiada 80, cantada en Egina, en un banquete de la familia Básida á que pertenecía el vencedor.

Pág. 229, v. 17.—*La fuerte mano armó con el cesto.*—Era el *cesto* una arma ofensiva y defensiva, inventada por Amico, rey de los Bébrices. Se componía de gruesas correas y tiras de cuero, á veces con alma de plomo, con que se armaba la parte exterior de la mano y se ligaba el brazo, unas veces hasta el codo, otras hasta el hombro.

Pág. 229, v. 27.—*En el marino puente.*—En esta y otras varias odas se llama al Istmo de Corinto, *puente de un mar á otro mar.*

Pág. 230, v. 4.—*De Fliunte.*—Ciudad en el territorio de Sición, cerca de Nemea. El *follaje del león Nemeo*, de que se habla al principio de la estrofa, es el *apio* con que se premiaba á los vencedores en los juegos.

ODA SÉPTIMA.

Dedicada á Sógenes de Egina, hijo de Tearión, vencedor en el *pentatlo*, ó *quinquercio*, ó los *cinco-juegos*

en el certamen de jóvenes, en la Olimpiada 79, año 4.°, 461 antes de Jesucristo. Cantada en Egina.

Pág. 234, v. 3.—*Hoy que en las cinco juveniles luchas.*—Pondremos aquí el verso de Simónides que enumera las cinco luchas del *quinquercio*, y el endecasílabo castellano en que lo he vertido.

Ἅλμα, ποδωκείην, δίσκον, ἄκοντα, πάλην.
Salto, carrera, disco, dardo, lucha.

Pág. 235, v. 11.—*¿Se hiriera acaso?*—A la muerte de Aquiles se disputaron sus armas el valiente Ayax y el astuto Ulises. La elocuencia ó maña del último hizo que fuera él el preferido por los Griegos. Ayax, despechado, se suicidó.

Pág. 239, v. 3.—*Antes que Febo*, etc.—Para tener tiempo de luchar en los cinco-juegos, empezaban los atletas muy de mañana. Sogenes se mostró tan fuerte y tan diestro, que terminó antes de salir el sol.

Pág. 240, estrofa última.—Habló el poeta de la desgraciada muerte de Pirro; y agitado por religiosos escrúpulos, vuelve al asunto, excusándose. Termina con un proverbio, entonces vulgar, ahora ininteligible en los idiomas modernos.

ODA OCTAVA.

Dedicada á Dinias de Egina, dos veces victorioso en el estadio ó carrera sencilla. Cantada en el templo de Eaco en Egina. La fecha de las victorias es incierta.

Pág. 245, v. último.—*Antes que Adrasto y las tebanas bodas.*—Adrasto, rey de Argos, indujo á los siete caudillos á asaltar á Tebas. Polinices, desterrado por su hermano Eteocles, se refugió en la corte de aquél, y se enlazó con su hija Argía. Las notas á las Nemeas que preceden, y la oda siguiente, hacen inútiles más explicaciones.

ODA NOVENA.

Aunque forma parte de las Nemeas, se refiere á la victoria que Cromio, gobernador de Etna, alcanzó en Sición en los juegos Píticos menores.

Pág. 248, v. 20.—*Y del fuerte Anfiarao la maldad.*—Adrasto, hijo de Talao, desterrado por Anfiarao en una guerra civil, se refugió en Sición en las riberas del Asopo, cuyo rey Polibo le dió por esposa á su hija y le entregó el reino.

Pág. 249, v. 1.°—*Y de amistad en prenda.*—Adrasto, para reconciliarse con Anfiarao (hijo de Oicleo), lo casó con su hermana Erífile. Esta, seducida con oro, descubrió después á su esposo que se había ocultado por no ir á una guerra, que sabía iba á ser desgraciada y en que él mismo pereció.

Pág. 250, v. 15.—*Del Siciliano aleja la guerra.*—Parece que los Cartagineses querían invadir á Sicilia.

ODA DÉCIMA.

Esta oda se refiere, igualmente, á juegos diversos de los Nemeos. Conmemora dos triunfos del Argivo Tiéo, en los juegos Hecatombeos que se celebraban en Argos. Para no multiplicar notas, referimos al lector á las odas y anotaciones anteriores, donde hallará explicadas muchas fábulas á que en la presente poesía se hace alusión.

Pág. 257, v. 20.—*De Adrasto en el recinto.*—Refiérese aquí á los juegos Nemeos.

Pág. 258, vv. 29 y 30.—Licaón edificó en la cumbre del monte Liceo una ciudad en honor de Júpiter. Dos de sus hijos, Teegeates y Clitor, fundaron otras dos ciudades á que dieron sus nombres.

Pág. 259, v. 2.—*Panfaes recibió.*—Era éste uno de

los progenitores de Tiéo. Sobre la historia que sigue, pueden verse mi versión del Idilio XXII de Teócrito, y mis notas al mismo.

ODA UNDÉCIMA.

Esta oda, en honor del gobernador Aristágoras, no se refiere á victoria alguna obtenida en los juegos. Fué cantada en el Pritaneo de Ténedos (por otro nombre Lirneso) al inaugurar sus funciones el nuevo magistrado.

Pág. 263, v. 4.—*Que imperas en el aula Pritanea.*—*Los Pritanes*, en Atenas, y quizá lo mismo en Ténedos, eran ciertos magistrados que presidían el Senado, y tenían el privilegio de convocar á los senadores. En el aula *Pritanea*, donde se reunían, ofrecían sacrificios, daban audiencia y deliberaban.

Pág. 265, v. 20.—*Por Melanipo audaz sangre de Tebas.*—Fué éste uno de los jefes que defendían las puertas de Tebas contra Adrasto y los Argivos, y cúpole el honor de matar á Tideo. Antes de espirar éste, mató Anfiarao á Melanipo y trajo su cadáver al jefe agonizante, quien le desgarró la cabeza con sus propios dientes. Irritada Minerva con este acto inhumano, lo privó de la inmortalidad.

NOTAS A LAS ÍSTMICAS.

JUEGOS ÍSTMICOS.

Los Juegos Ístmicos tomaron este nombre del Istmo de Corinto, donde se celebraban. En su parte más angosta, entre la costa del golfo Saronio y la falda occidental de los montes Eneos, se alzaba el templo de Neptuno, y cerca de él había un teatro de mármol blanco y un estadio. La entrada del templo estaba adornada con las estatuas de los vencedores, y con bosques de pinos. La institución de los juegos se debe á Sísifo: Teseo los restableció y los consagró á Neptuno. Celebrábanse cada tres años, en diversos meses; y se admitían toda clase de certámenes, lo mismo que en los demás juegos. El premio era una corona, primero de hojas de pino, y después de apio.

ODA PRIMERA.

Dedicada al Tebano Heródoto, hijo de Asopodoro, vencedor en las carreras de carros, tal vez el año 454 antes de Jesucristo. Escrita y cantada en Tebas, probablemente poco antes de la batalla de Tenagra.

Pág. 269, v. 5.—*Para cantarte dejo mis quehaceres.*—Píndaro, residente, á lo que parece, en la isla de Ceos, se hallaba ocupado en escribir un himno en honor de Ápolo y de la isla natal de este Numen.

Pág. 270, v. 14.—*Que á despecho del perro.*—El monstruo Gerión vivía en Gades, y guardaban sus bueyes el pastor Euritión y un perro de dos cabezas llamado Orto.

Pág. 271, v. 20.—*Las cinco lides de ordenanza.*—Al principio los cinco juegos: «*salto, carrera, disco, dardo, lucha,*» que constituyeron después el *pentatlo* ó *quinquercio*, eran premiados cada uno por separado.

Pág. 272, v. 1.—*Conciudadano de la sembrada grey.*—Ificles, padre de Yolao é hijo de Anfitrión, era de Tebas, y por lo mismo conciudadano ó descendiente de aquellos hombres que nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo, y que se llamaban generalmente *Sembrados*, Σπαρτοὶ.

Pág. 272, v. 4.—*Siempre en Terapne fijo.*—En Terapne estaba la tumba de Cástor.

Pág. 274, v. 7.—*¡Protesilao*, etc.—Fué rey de Filace, y el primero que saltó á la playa Troyana, siendo muerto en el acto, conforme á la predicción que él no ignoraba. En memoria de su heroica abnegación, se establecieron en Filace fúnebres juegos en su honor.

Pág. 274, v. 12.—*Hermes*, etc.—Es el nombre griego del dios Mercurio.

ODA SEGUNDA.

Dedicada á Xenócrates, hijo de Enesidamo, y hermano del rey Terón, de Agrigento. Después de la muerte del héroe, se le envió á su hijo Trasibulo por conducto de Nicasipo. La victoria en las carreras de carros que aquí se celebra, se obtuvo el año 476 antes de Jesucristo, 1.º de la Olimpiada 76: la oda se compuso cuatro ó cinco años más tarde.

Pág. 278, v. 8.—*El sabio Argivo.*—Aristodemo, que habiendo perdido sus riquezas, se vió abandonado de sus amigos.

Pág. 280, v. 1.—*Jamás brisa contraria*, etc.—Compárase la hospitalaria mesa de Xenócrates á una nave que camina á toda vela, del Norte, figurado por el Río Fasis, hasta el extremo Sur, figurado por el Nilo.

ODA TERCERA.

Dedicada al Tebano Meliso, vencedor en las carreras de cuadrigas. Su fecha es incierta.

Pág. 282, v. 10.—*Bosque del gran León.*—Es decir, los Juegos Nemeos.

Pág. 282, v. 18.—*Los Labdaquidas.*—Meliso pertenecía por su madre á la real prosapia de Edipo y de Layo, descendientes de Lábdaco, rey de Tebas. Cleónimo parece haber sido el abuelo paterno del héroe.

ODA CUARTA.

Dedicada al mismo Meliso. Algunos la juzgan parte de la oda anterior, y yo traduje ambas en el mismo metro.

Pág. 284, v. 26.—*Que en Onquesto mora.*—Tenía Neptuno un célebre templo en la ciudad de Onquesto,

que se veía desde el cercano Istmo de Corinto, llamado, como ya se ha dicho, puente de un mar á otro mar.

Pág. 286, v. 1.—*¿Qué Griego el fin ignora de Ayax?* Véase la oda Nemea VII.

Pág. 288, v. 7.—*El dia en que á Aqueronte.*—Hércules, en un ataque de locura, mató á sus propios hijos.

ODA QUINTA.

Dedicada á Filácides de Egina, hijo de Lampón y hermano de Piteas, vencedor en el *pancracio*, probablemente dos años después de la batalla de Salamina, es decir, el año 478 antes de Jesucristo.

Pág. 289, v. 1.—*Madre ilustre del Sol,* etc.—También de la Luna era emblema la plata, de Marte el hierro, y así á cada cuerpo celeste se atribuía un metal.

Pág. 291, v. 2.—*A los hijos intrépidos de Eneo.*—Era Eneo rey de Calidona, en Etolia. Los más célebres de sus hijos fueron Meleagro, uno de los héroes de la expedición Argonáutica, y Tideo, padre de Diomedes.

ODA SEXTA.

Dedicada al mismo Filácides, y escrita quizá, como algunos suponen, antes que la oda precedente.

Pág. 296, v. 22.—*Si á tal isla,* etc.—La isla de Egina.

Pág. 298, v. 21.—*Y del águila el nombre le impone.*—En griego el nombre de Ayax, Αἴας, algo se parece al del águila, αἰετός.

Pág. 299, v. 2.—*Cantaré brevemente, á la Argiva.*—Los Argivos eran no menos célebres que los Lacones, por esa concisión que después se ha llamado *laconismo.*

Pág. 299, v. 19.—*El axioma del vate Hesiodo.*—A saber: *Crece el trabajo juntamente con la industria.*

Pág. 300, v. 11.—*Dulces hijas.*—Las Musas.

ODA SÉPTIMA.

Dedicada al Tebano Estrepsiades, vencedor en el *pancracio*, tal vez el año 456 antes de Jesucristo, seis meses después de la batalla de Enofita, perdida por los Tebanos.

Pág. 301, v. 8.—*De la ruidosa Ceres.*—Llámase así por haber recorrido la tierra en busca de su hija, sonando cascabeles, panderos y otros ruidosos instrumentos.

Pág. 301, v. 10.—*Nieve de oro.*—No hay que confundir la venida de Júpiter á la estancia de Alcmena, madre de Hércules, para la cual tomó la figura de su propio esposo Anfitrión, con la visita á Danae, madre de Perseo, bajo la forma de lluvia de oro. La *nieve de oro*, ó *fulgor de blanco y oro*, que aquí se menciona, es como la auréola del Padre de los Dioses, de que se despojó al entrar en la casa de la matrona á quien iba á engañar.

Pág. 303, v. 9.—*Hijo de Diodoto.*—Tío del vencedor, llamado también Estrepsiades.

ODA OCTAVA.

Dedicada á Cleandro de Egina, vencedor en el *pancracio*. Escrita pocos meses después de la batalla de Platea, año 479 antes de Jesucristo. Cantada en Egina.

Pág. 311, v. 9.—*Y luego que en el cielo brille la luna llena.*—El curioso lector podrá ver en las notas á la traducción italiana de Borghi una larga disertación sobre los motivos para que las bodas de Tetis fuesen en el plenilunio.

FIN DE LASNOTAS.

ÍNDICE.

		Págs.
Carta-prólogo á D. Marcelino Menéndez Pelayo.		v
Vida de Píndaro.		xxi

ODAS OLÍMPICAS.

Oda	I. Á Gerón, Rey de Siracusa.	3
—	II. Á Terón, Rey de Agrigento.	11
—	III. Al mismo Terón.	21
—	IV. Á Saumis de Camarina.	27
—	V. Al mismo Saumis.	31
—	VI. Á Agesias de Siracusa.	35
—	VII. Á Diágoras de Rodas.	45
—	VIII. Á Alcimedonte de Egina.	55
—	IX. Á Efarmosto de Opunte.	61
—	X. Á Agesidamo de Locris.	69
—	XI. Al mismo Agesidamo.	75
—	XII. Á Ergóteles de Himera.	77
—	XIII. Á Jenofonte de Corinto.	79
—	XIV. Á Asópico de Orcómeno.	87

ODAS PÍTICAS.

Oda	I. Á Gerón Etneo, Rey de Siracusa. . .	91
—	II. Al mismo Gerón.	101
—	III Al mismo Gerón.	107

Págs.

— IV. Á Arcesilao, Rey de Cirene. 117
— V. Al mismo Arcesilao. 141
— VI. Á Xenócrates de Agrigento. 149
— VII. Á Megacles de Atenas. 153
— VIII. Á Aristomenes de Egina. 155
— IX. Á Telesicrates de Cirene. 163
— X. Á Hipocles de Tesalia. 173
— XI. Á Trasideo de Tebas. 179
— XII. Á Midas de Agrigento. 185

ODAS NEMEAS.

Oda I. Á Cromio Etneo. 191
— II. Á Timodemo de Atenas. 197
— III. A Aristoclides de Egina. 201
— IV. Á Timasarco de Egina. 209
— V. Á Piteas de Egina. 221
— VI. Á Alcímides de Egina. 227
— VII. Á Sógenes de Egina. 233
— VIII. Á Dinias de Egina. 241
— IX. Á Cromio Etneo. 247
— X. Á Tieo, hijo de Ulio. 255
— XI. Á Aristágoras. 263

ODAS ÍSTMICAS.

Oda I. Á Heródoto de Tebas. 269
— II. Á Xenócrates de Agrigento. 277
— III. Á Meliso de Tebas. 281
— IV. Al mismo Meliso. 283
— V. Á Filácides de Egina. 289
— VI. Á Filácides, joven luchador. 295
— VII. Á Estrepsiades de Tebas. 301
— VIII. Á Cleandro de Egina. 305

NOTAS.

Págs.

Notas á las Olímpicas. 317
Juegos Olímpicos. . . . . Ibid.
Oda I. 318
Oda II. 320
Oda III. 321
Oda IV.. 322
Oda V. . . . . Ibid.
Oda VI.. 323
Oda VII. 324
Oda VIII.. 325
Oda IX.. 327
Oda X. 329
Oda XI.. 330
Oda XII. . . . . Ibid.
Oda XIII.. . . . . Ibid.
Oda XIV. 333
Notas á las Píticas. 335
Juegos Píticos. . . . . Ibid.
Oda I.. 336
Oda II. 337
Oda III.. 338
Oda IV.. 339
Oda V. 342
Oda VI.. 343
Oda VII. . . . . Ibid.
Oda VIII.. . . . . Ibid.
Oda IX.. 344
Oda X. 345
Oda XI.. 346
Oda XII. 347
Notas á las Nemeas. 349
Juegos Nemeos. . . . . Ibid.
Oda I.. 350
Oda II. . . . . Ibid.

Págs.

Oda III.. 351
Oda IV.. 352
Oda V. 353
Oda VI.. 354
Oda VII. . . . . Ibid.
Oda VIII.. 355
Oda IX.. 356
Oda X. . . . . Ibid.
Oda XI.. 357
Notas á las Istmicas. 359
Juegos Istmicos.. . . . . Ibid.
Oda I.. 360
Oda II. 361
Oda III.. . . . . Ibid.
Oda IV.. . . . . Ibid.
Oda V.. 362
Oda VI.. . . . . Ibid.
Oda VII. 363
Oda VIII.. . . . . Ibid.

FE DE ERRATAS.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
127	26	tu abuelo.	mi abuelo
222	15	Perseo.	Peleo
265	20	Y por.	Por
323	5	al río Alfeo. . . .	á Diana y al río Alfeo